

El Arte de Morir

Émile Zola

EL CAPITÁN BURLE

I

Ya eran las nueve. La pequeña ciudad de Vauchamp acababa de meterse en la cama, muda y oscura, bajo la glacial lluvia de noviembre. En la calle de Récollets, una de las más estrechas y menos transitadas del barrio de Saint-Jean, una ventana seguía iluminada, en el tercer piso de una vieja casa, cuyos desvencijados canalones dejaban caer torrentes de agua. Madame Burle velaba junto a un endeble fuego de tocones de viña, mientras su nieto Charles hacía los deberes bajo la pálida claridad de una lámpara.

El apartamento, alquilado por ciento sesenta francos al año, se componía de cuatro enormes habitaciones que nunca lograban calentar en invierno. Madame Burle ocupaba la más amplia; su hijo, el capitán-tesorero Burle, había elegido la habitación que daba a la calle, cerca del comedor; y el pequeño Charles, con su catre de hierro, se perdía al fondo de un inmenso salón cubierto de mohosas tapicerías que ya no se utilizaba como tal. Los escasos enseres del capitán y de su madre, muebles estilo Imperio de caoba maciza, abollados y con los apliques de cobre arrancados tras los continuos cambios de guarnición, desaparecían bajo la alta techumbre de la cual se desprendía como una fina oscuridad pulverizada. Las baldosas, pintadas de un rojo frío y duro, helaban los pies. Entre las sillas tan sólo había pequeñas alfombrillas raídas, tan desgastadas que tiritaban en medio de ese desierto barrido por todos los vientos, que se filtraban por las puertas y las ventanas dislocadas.

Cerca de la chimenea, Madame Burle se arrellanaba dentro de su sofá de terciopelo amarillo, observando ensimismada cómo se consumía el último tocón, con esa mirada fija y vacía de los ancianos perdidos en sus recuerdos. Era capaz de pasar así días enteros, con su figura desgarbada y su larga cara siempre seria, cuyos delgados labios jamás sonreían. Viuda de un coronel, fallecido en vísperas de ser nombrado general, madre de un capitán del que no se había separado ni siquiera durante sus campañas militares, mostraba una severidad castrense; se había contagiado de las ideas de deber, honor y patriotismo que la hacían inflexible, como si se hubiera secado bajo la rudeza de la disciplina. Era raro que dejara escapar una queja. Cuando su hijo se quedó viudo, tras cinco años de matrimonio, aceptó por supuesto encargarse de la educación de Charles, labor que desempeñaba con la severidad de un sargento encargado de instruir a los reclutas. Vigilaba estrechamente al niño, sin tolerarle ni un capricho, ni una falta, obligándolo, si era necesario, a

permanecer despierto hasta medianoche, velando ella también, hasta que acabara todos sus deberes. Charles, de temperamento delicado, crecía descolorido bajo esta disciplina implacable, con su cara iluminada por dos hermosos ojos, demasiado grandes y demasiado claros.

En sus largos silencios, una única idea fija rondaba a Madame Burle: su hijo había traicionado sus esperanzas. Esto bastaba para mantenerla ocupada, rememorando su existencia, desde el nacimiento del pequeño, que a sus ojos marcaba el momento álgido de la carrera de su hijo, en medio de toda suerte de pompa y gloria, hasta esta estrecha vida de garita, estos días tediosos e indistinguibles, este descalabro a un puesto de capitán-tesorero del que jamás saldría, en el que se había apoltronado. Sin embargo, sus comienzos la habían henchido de orgullo; durante unos instantes, hasta había creído ver sus sueños realizados. Apenas había salido su hijo de la Escuela de Saint-Cyr, tuvo la oportunidad de distinguirse en la batalla de Solferino, tomando junto a un puñado de hombres toda una batería enemiga. Fue condecorado, los periódicos comentaron su heroísmo y era conocido como uno de los soldados más bravos del ejército. Pero, poco a poco, el héroe fue engordando, hundiéndose bajo su grasa, volviéndose espeso, feliz, relajado y cobarde. En 1870 tan sólo era capitán; capturado en la primera escaramuza, regresó furioso de Alemania, jurando que jamás volvería al campo de batalla, que era una estupidez. Pero como no podía abandonar el ejército, al carecer de oficio, logró el nombramiento de capitán-tesorero; un nicho, decía, donde al menos lo dejarían reventar tranquilo. Ese día, Madame Burle sintió un gran desgarró en su interior. Era el final, y desde entonces nunca había abandonado su actitud severa, nunca había dejado de apretar los dientes.

El viento barrió la calle de Récollets, una oleada de lluvia se abatió con rabia en las ventanas. La anciana alzó la mirada de la chimenea, que se estaba extinguiendo, para asegurarse de que Charles no se hubiera dormido sobre su traducción en latín. Este niño de doce años se había convertido en su última esperanza, a la que se aferraba en su tozuda obsesión por la gloria. Al comienzo, lo detestaba, con todo el odio que sentía hacia su madre, una pequeña obrera modosita, linda y delicada, que el capitán deseaba con locura y con la que cometió la estupidez de casarse, al no poder convertirla en su amante. Una vez muerta la madre, con el padre sumido en el vicio, Madame Burle había rehecho sus sueños con el pobre niño enfermizo, que apenas si lograba sacar adelante. Quería que fuera fuerte, que fuera el héroe que Burle se había negado a ser; y, bajo su fría severidad, observaba ansiosa cómo crecía, palpándole los miembros, infundiéndole coraje en la cabeza. Poco a poco, cegada por su pasión, creyó tener por fin delante de ella al hombre de la familia. El niño, de naturaleza dulce y soñadora, en realidad sentía un horror físico hacia el oficio de las armas; pero como tenía auténtico pavor a su abuela, y puesto que era muy dócil y obediente, repetía lo que ella decía,

resignándose a convertirse en militar algún día.

Madame Burle se dio cuenta que el niño no avanzaba en su traducción. Charles, aturdido por el ruido de la tormenta, estaba en realidad dormido, con la pluma en la mano y la mirada plantada en el papel. Entonces ella golpeó con sus dedos reseco el borde de la mesa y el niño pegó un respingo, abrió el diccionario y se puso a buscar febrilmente. Sin decir ni una palabra, la vieja mujer se acercó a los tocones e intentó reavivar el fuego, sin lograrlo.

Cuando aún tenía fe en su hijo, se había dejado arruinar por éste, que se había comido sus pequeños ahorros en vicios que ella ni siquiera quería conocer. Y aún ahora, el capitán Burle seguía liquidando la casa, todo se iba esfumando poco a poco; estaban en la miseria, las habitaciones estaban vacías y la cocina siempre fría. Pero ella jamás le hizo ni un comentario, pues, disciplinada como era, seguía considerándolo el dueño de todo. Tan sólo a veces sentía un escalofrío, pensando que Burle podía llegar un día a cometer alguna tontería que impidiera a Charles entrar en el ejército.

Se levantó para ir a buscar algún sarmiento a la cocina, cuando se abatió sobre la casa una terrible borrasca que sacudió las puertas, arrancó una persiana y arrastró el agua de los reventados canalones, inundando las ventanas con sus torrentes. En medio de este estrépito, escuchó un inesperado timbrazo. ¿De quién podía tratarse a tales horas y con este tiempo? Burle no acostumbraba a volver nunca antes de medianoche, si es que volvía antes de amanecer. Abrió la puerta. Apareció ante ella un oficial, calado hasta los huesos, jurando en arameo. «¡Por todos los diablos!... ¡Ah!, ¡tiempo de perros!»

Era el mayor Laguitte, un bravo anciano que había servido al mando del coronel Burle en los buenos viejos tiempos. Comenzó como enfant de troupe, pero, gracias a su bravura, mucho más que a su inteligencia, había alcanzado el grado de comandante, hasta que una enfermedad —un acortamiento de los músculos de un muslo, producido por una herida— lo obligó a aceptar el puesto de mayor. Incluso cojeaba levemente, pero no convenía recordárselo cara a cara, pues se negaba a aceptarlo.

—¡Es usted, mayor! —exclamó Madame Burle, cada vez más sorprendida.

—¡Sí, maldita sea! —gruñó Laguitte—. Y hay que quererla a usted no poco para echarse a las calles con esta condenada lluvia... ¡Con este tiempo no salen ni los curas!

Sacudía todo el cuerpo, sus botas rebosaban de agua formando una charca en el suelo. Se puso entonces a mirar a su alrededor.

—Necesito impepinablemente ver ahora mismo a Burle... ¿Acaso ya se ha acostado, el muy gandul?

—No, aún no ha regresado —respondió la vieja mujer con dureza.

El mayor se mostró exasperado. Exclamó, en un arrebato de ira:

—¡Cómo! ¿Que aún no ha vuelto? ¡Pero entonces, me han hecho buena chifla en su café!; ¡donde la Mélanie, ya sabe! Acabo de pasar por ahí y una criada se ha reído en mis barbas diciéndome que el capitán acababa de irse a acostar. ¡Ah, pardiez! ¡Ya me parecía a mí! ¡De buena gana le hubiera dado yo un buen tirón de orejas!

Se fue calmando, pataleando por la habitación, indeciso, con aire alterado. Madame Burle lo miraba fijamente.

—¿Necesita usted hablar con el propio capitán en persona? —preguntó, por fin.

—Sí.

—¿Y no puedo yo transmitirle el asunto?

—No.

La anciana no insistió, pero permaneció ahí mismo, observando al mayor que no acababa de decidirse a partir. Al final, tuvo un nuevo arrebato de ira:

—¡Qué más da! ¡Maldita sea!... Ya que he venido hasta aquí, pues se lo voy a contar a usted, vaya que sí... Tal vez sea lo mejor.

Se sentó ante la chimenea, tendiendo hacia ella sus embarradas botas, como si flambeara un buen fuego tras los morillos. Madame Burle iba a retomar su sitio en el sofá cuando se dio cuenta de que Charles, derrotado por la fatiga, acababa de deslizar la cabeza entre las páginas abiertas del diccionario. En un primer momento, la llegada del mayor lo había despabilado; pero en cuanto se dio cuenta de que no se ocupaban de él, no pudo resistirse al sueño. Su abuela se dirigía ya a la mesa para darle un cate en sus endebles manitas que palidecían bajo la lámpara, cuando el mayor la retuvo.

—No, no, déjelo dormir, al pobre pequeño... No se trata de nada muy divertido, que digamos, como para que lo escuche.

Así que la anciana regresó a su asiento. Ambos se miraron durante unos instantes, en silencio.

—¡Pues vale, ya está! —exclamó por fin el mayor y subrayó su siguiente frase con un furioso gesto de mentón—. ¡El muy cerdo de Burle ya nos la ha vuelto a jugar!

A Madame Burle no le tembló ni un músculo pero palidecía, cada vez más estirada en su sofá. El otro prosiguió:

—No, si ya me lo estaba yo oliendo, todo esto... Tenía incluso la intención de comentárselo a usted algún día. Burle no paraba de derrochar dinero, con un aire idiota que me tenía escamado. ¡Ay, pardiez! ¡Hay que ser medio tonto para hacer semejantes asquerosidades!

Y se puso a lanzarse furiosos puñetazos a la rodilla, enmudecido por la indignación. Finalmente, la anciana tuvo que hacerle una pregunta directa:

—¿Ha robado?

—Si es que no se lo va usted a creer, no... ¡Yo nunca he comprobado las cosas! Apruebo las cuentas; echo la firma. Ya sabe usted cómo funcionan las cosas en el consejo. Sólo cuando se acercaba una inspección, como el coronel es muy quisquilloso, yo le decía: «Amigo, cuidado con la caja, que soy yo el que responde por ella». Y me quedo tranquilo... Pero desde hace un mes, como se comportaba de forma extraña y me llegaron rumores feos, comencé a mirar más atentamente sus registros, a mirar con lupa sus apuntes. Pero todo parecía correcto, impecable...

Tuvo que interrumpirse, embargado por tal arrebató de furia que no pudo evitar desahogarse inmediatamente:

—¡Maldito sea! ¡Maldito sea!... Si no es tanto su pillería lo que me enoja, es más su repugnante comportamiento hacia un amigo como yo. ¡Se ha cachondeado bien de mí! ¡Como lo oye, Madame Burle!... ¡Maldito sea! ¿Acaso me toma por un viejo imbécil?

—¿Ha robado, entonces? —volvió a preguntar Madame Burle.

—Hoy —prosiguió el mayor, un poco más tranquilo—, según salgo de cenar, aparece Gagneux... ¿Lo conoce usted?, es el carnicero que está en la esquina de la Place aux Herbes. Otro bribón de la peor especie, el Gagneux éste, que ha logrado la adjudicación de la carne ¡y que alimenta a nuestros hombres con todas las vacas que revientan de viejas por los alrededores!... ¡Vale!, pues lo recibo como a un perro, como lo que es, cuando me desvela todo el pastel. ¡Ay, menudo tinglado! Parece ser que Burle tan sólo le pagaba anticipos; ¡unos chanchullos de cuidado!, ¡un lío de cifras que ni el diablo las comprende! Vamos, que Burle le debe dos mil francos y el carnicero amenaza con ir a soltar todo el cuento al coronel si no se le paga inmediatamente... Y lo peor de todo es que el muy cerdo de Burle, para liarme a mí, me entregaba cada semana un recibo falso que él mismo firmaba directamente como Gagneux... ¡Hacerme eso a mí!... ¡Esa farsa, a su viejo amigo! ¡Maldito sea mil veces!

El mayor se alzó esgrimiendo los puños hacia el techo y se desplomó en la silla. Madame Burle se limitó a insistir:

—Entonces, ha robado.

Tras lo cual, sin una sola palabra de reproche y condena hacia su hijo, añadió simplemente:

—Pero no tenemos dos mil francos; como mucho, tendremos treinta, ahora mismo.

—Me lo temía —dijo Laguitte—. ¡Y adivine usted a dónde ha ido a parar todo el dinero! Pues a la Mélanie, una buena lianta que tiene a Burle medio atontado... ¡Ay, las mujeres! ¡Le tengo bien dicho que van a acabar con él! ¡No sé de qué madera está hecho, el muy animal! Sólo tiene cinco años menos que yo y sigue desatado. ¡Menuda naturaleza!

Se produjo un nuevo silencio. La lluvia arreciaba fuera y se podía oír, en la pequeña ciudad dormida, el estrépito de los tubos de chimenea y de las tejas de pizarra que la ventisca estrellaba contra el adoquinado de las calles.

—Venga —dijo el mayor levantándose—. De nada sirve quedarse aquí pasmado... Ya lo sabe usted todo; me voy.

—¿Qué hacer? ¿A quién recurrir? —murmuraba la anciana.

—No se desespere, ya se verá... ¡Si yo tuviera dos mil francos...! Pero ya sabe usted que no soy rico.

Se calló, un tanto avergonzado. Él, solterón, sin mujer ni hijos, se bebía escrupulosamente su paga en coñac y absentaba y perdía en el écarté lo que hubiera sobrado. Por lo general, es cierto, todo de forma muy honesta.

—¡No pasa nada! —prosiguió cuando ya se hallaba en el umbral de la salida—. Voy a husmear un poco en casa de la doncella, a ver si encuentro ahí a nuestro canalla. Removeré Roma con Santiago... ¡Burle, el hijo de Burle, condenado por robo! ¡Venga ya! ¡Eso no es posible! Sería el fin del mundo. Antes volaría toda la ciudad en pedazos... ¡Pardiez!, no se apene. ¡Todo esto resulta mucho más hiriente para mí!

Le dio a la anciana un vigoroso apretón de manos y desapareció por la sombra de la escalera, mientras ella lo iluminaba alzando su lámpara. Cuando volvió a posarla en la mesa, en medio del silencio y de la desnudez del amplio cuarto, permaneció unos instantes inmóvil, ante Charles que seguía durmiendo con la cara entre las páginas del diccionario. Con sus largos cabellos rubios, parecía la pálida cabeza de una muchacha que estuviera soñando; cierta ternura asomó en el rostro endurecido y cerrado de la abuela; pero no fue sino un rubor pasajero, pues la máscara retomó enseguida su fría tozudez. Aplicó un golpe seco en la mano del pequeño, diciendo: «¡Charles!, ¡tu traducción!».

El niño se despertó sobresaltado, tiritando de frío, y se puso de nuevo a hojear rápidamente el diccionario. En ese preciso instante, el mayor Laguitte,

que acababa de dar un buen portazo en la salida a la calle, recibió tal bolsa de agua procedente de los canalones, que pudieron escuchar perfectamente sus juramentos entre la barahúnda de la tormenta. Tras lo cual, ya no se oyó otra cosa más que el estrépito de la lluvia y el leve chirrido de la pluma de Charles garabateando el papel. Madame Burle retomó su asiento frente a la chimenea, estirada, con los ojos clavados en el fuego muerto, con su inflexibilidad e inalterabilidad de todas las noches.

II

El Café de Paris, de la viuda Madame Mélanie Cartier, estaba situado en la Place du Palais, una gran plaza irregular, llena de pequeños olmos polvorientos. En Vauchamp se solía decir: «¿Vamos a donde la Mélanie?». Al final de la primera sala, bastante amplia, había otra sala, que llamaban «el diván»; muy estrecha, con los muros flanqueados de banquetas de moleskine y cuatro mesas de mármol en las esquinas. Ahí era donde Madame Cartier, desertando de la barra, que dejaba a cargo de su criada Phrosine, pasaba las soirées con algunos clientes habituales, los más íntimos, los que eran llamados en la ciudad: «Los caballeres del diván». Era algo que daba renombre; los demás se dirigían a ellos con sonrisas llenas de desdén y de sorda envidia.

Madame Cartier había enviudado a los veinticinco años. Su marido, un carpintero carretero, había dejado boquiabierto a toda la ciudad al hacerse cargo del Café de Paris tras la muerte de un tío suyo. Un buen día volvió de Montpellier —a donde viajaba cada seis meses para proveerse de licores— con Mélanie bajo el brazo. Estaba mejorando el negocio y, junto a sus suministros, se trajo igualmente a una mujer a su gusto, seductora y que atrajera clientela. Nunca se supo de dónde la había sacado; pero en cualquier caso, no se casó con ella hasta probarla durante seis meses detrás de la barra. Las opiniones, sin embargo, estaban divididas en Vauchamp: según unos, Mélanie era estupenda; según otros, eran un gendarme. Era un mujerón, con las facciones acentuadas y un cabello fuerte que caía sobre sus cejas. Pero nadie podía negar su habilidad para «enredar a los hombres». Tenía unos hermosos ojos de los que abusaba plantándolos sobre sus caballeres, que palidecían y se sentían más ligeros. Además, se decía que tenía un cuerpo soberbio y eso gusta mucho en el Midi.

Cartier murió de una manera un tanto extraña. Se rumoreó de una pelea entre esposos, de un absceso derivado de un puntapié propinado en el vientre. En cualquier caso, Mélanie se vio de repente en apuros, pues el café no prosperaba precisamente. El carretero se había bebido en absenta y jugado al

billar el dinero heredado de su tío. Durante un tiempo, pareció que se iba a ver obligada a venderlo. Pero le gustaba la vida de café y el lugar parecía ideal para ser regentado por una dama. Tan sólo le faltaba algunos parroquianos fieles; que la gran sala estuviera siempre vacía no le importaba demasiado. Se limitó pues a empapelar el diván con papel blanco y dorado y a renovar el moleskine de sus banquetas. El primer parroquiano a quien dar compañía fue un boticario, al que siguieron un fabricante de fideos, un abogado y un magistrado jubilado. Así que el café permaneció abierto, a pesar de que el garçon no llegaba a servir ni veinte consumiciones al día. Las autoridades toleraban el lugar porque se guardaban las formas y, al fin y al cabo, mucha gente respetable se hubiera visto comprometida en caso de ser cerrado.

En la sala grande aún se reunían cuatro o cinco pequeños rentistas del vecindario que pasaban las tardes entre partidas de dominó. No parecieron notar la muerte de Cartier ni el cambio de ambiente del Café de Paris y mantuvieron sus hábitos. Pero el garçon cada vez tenía menos quehaceres así que Mélanie acabó despidiéndolo. Phrosine se encargaba de encender una sola lámpara en un rincón, donde los rentistas echaban la partida. De vez en cuando alguna bandada de jóvenes, atraídos y excitados por las historias que se contaban sobre Mélanie, invadía la sala, con risotadas escandalosas e intimidadas. Pero eran acogidos con aires de fría dignidad y la patrona, o bien no hacía acto de presencia o, si se hallaba en la sala, los aplastaba con un desprecio de mujer hecha y derecha que los reducía a balbuceos. Mélanie era demasiado inteligente como para dejarse llevar por chiquilladas. Mientras la sala grande permanecía sumida en la oscuridad, tan sólo iluminada en el rincón donde los rentistas movían mecánicamente sus fichas de dominó, ella misma se ocupaba de servir a los caballeros del diván, sin reparar en gentilezas, permitiéndose incluso, en las horas de mayor abandono, la libertad de apoyarse en el hombro de alguno de ellos para seguir con atención alguna jugada fina de écarté.

Una tarde, estos caballeros, que finalmente se habían habituado a tolerarse entre ellos, tuvieron una desagradable sorpresa al hallar al capitán Burle instalado en el diván. Parece ser que había entrado casualmente por la mañana a tomarse un vermú y, estando solo con Mélanie, se pusieron a charlar. Cuando volvió por la tarde, Phrosine en seguida lo hizo pasar al diván.

Dos días después, Burle ya era el dueño y señor del lugar, sin que por ello dejaran de asistir el boticario, el fabricante de fideos, el abogado o el viejo magistrado. El capitán, pequeño y ancho, adoraba a los mujeronos. En el regimiento lo habían apodado «Alzafaldas», debido a su insaciable hambre de mujeres, a sus incontenibles apetitos que satisfacía en cualquier lugar y de cualquier forma, tanto más violenta cuanto más carne hubiera a la que hincarle el diente. Cuando los oficiales, e incluso los simples soldados, se topaban con

un buen odre reventón de carne prieta, cuyos encantos desbordaban en rolliza grasa, exclamaban, ya estuviera cubierta de harapos o de terciopelo: «¡Ésta es para el condenado Alzafaldas!»». Y todas acababan pasando por sus manos; por la noche, en los barracones, muchos predecían que algún día las mujeres lo reventarían. Por lo que Mélanie, con toda la lozanía de su cuerpo de mujer, se hizo totalmente con él, con un poder irresistible. Él se rindió y se abismó en ella. Al cabo de quince días, había caído en un atolondramiento de gordinflón enamorado que se vacía por dentro sin dejar por ello de estar inflado. Sus ojillos, perdidos en medio de su abotagado rostro, seguían a la viuda a todas partes, con una mirada de perro apaleado. Este mujerón de fuerte pelambreira lo mantenía perdido en un continuo éxtasis. Por miedo a que lo pusiera a dieta, como él mismo decía, toleraba a los caballeres del diván y entregaba hasta el último céntimo de su paga. Fue un sargento el que halló la expresión más acertada para describir la situación: «Alzafaldas ha encontrado su agujero y ya no va a salir de ahí». ¡Era un hombre enterrado!

Ya eran casi las diez cuando el mayor Laguitte irrumpió furiosamente en el Café de Paris. Tras la puerta, violentamente batida de par en par, se pudo ver durante unos instantes la Place du Palais, oscura, convertida en un pantano de fango líquido, en ebullición bajo la tremenda lluvia. El mayor, calado ya hasta los huesos, dejó tras de sí el rastro de un río según se dirigía al mostrador, donde Phrosine estaba leyendo una novela.

«¡Mala pécora! —gritó—. ¿Cómo te atreves a burlarte de un militar...? ¡Merecerías...!» Y alzó la manaza, amagando un tortazo de los que tumbarían a un buey. La pequeña criada reulaba, aterrada, mientras los rentistas burgueses miraban boquiabiertos, sin comprender nada. Pero el mayor no quiso entretenerse; empujó la puerta del diván y se dio de bruces con Burle y Mélanie, justo cuando ésta se dedicaba a dar zalameramente cucharaditas de ponche al capitán, como una gallina llenando el buche de su polluelo favorito. Esa noche tan sólo se habían dejado caer por ahí el magistrado jubilado y el boticario y ambos, poco animados, se habían retirado temprano. Así que Mélanie, que necesitaba trescientos francos para el día siguiente, aprovechaba la ocasión para ponerse mimosa. «Vamos, a ver ese pico... una por mamá, otra por papá... ¡A que está rico, gordito!» El capitán, sonrosadote, repantigado, con los ojos en blanco, chupaba la cucharilla con profundo deleite.

«¡Maldita sea! —berreó el mayor, plantado en el umbral—. ¡Así que ahora te dedicas a esconderte tras las faldas! ¡Me dicen que te has ido, me echan a la puerta, y mientras tú estás aquí, regodeándote!» Burle se sobresaltó, apartando el ponche. Mélanie, con un gesto de irritación, se adelantó, como para protegerlo con su cuerpo. Pero Laguitte clavó en ella su mirada, con ese aire tranquilo y resuelto bien conocido por las mujeres cuando ven venir una bofetada.

«Déjenos», dijo simplemente el mayor. Ella vaciló durante unos instantes, pero creyó sentir en su rostro la brisa de un tortazo así que, pálida de rabia, fue a reunirse con Phrosine en la barra.

Cuando por fin se quedaron a solas, el mayor Laguitte se plantó delante del capitán Burle con los brazos en jarra e, inclinándose, le gritó en plena cara: «¡Cerdo!». El capitán, desconcertado, quiso enfadarse pero no le dio tiempo. «¡A callar!, ¡que buena me la has jugado! ¡Hacer esto a un amigo! Me has colado recibos falsos que bien podrían dar con nuestros huesos en galeras. ¿Te parece todo esto normal? ¿Te parece normal hacerme esta jugarreta, a mí, que nos conocemos desde hace treinta años?»

Burle se desplomó en su silla con el rostro lívido. Un escalofrío febril estremecía todos sus miembros. El mayor prosiguió vociferando y descargando puñetazos en las mesas mientras daba vueltas por la sala.

—¡Así que ahora te dedicas a sisar, como un vulgar ratero de poca monta, y todo por esta mulastra!... Si todavía hubieras robado por tu madre, sería otra cosa. Pero ¡demontre!, lo que me saca realmente de quicio es que nos distraigas dinero para venir a traerlo a este cuchitril... ¡Dime!: ¿qué tienes en la mollera para liarle, a tu edad, con semejante sargentaza? ¡Y no me mientas, que acabo de pillaros haciendo cochinaditas!

—Pues tú tampoco te quedas corto con tu vicio del juego... —tartamudeó el capitán.

—¡Sí, diablos, soy un podrido jugador! —replicó el mayor, más furioso aún ante la impertinencia—. ¡Yo me juego hasta los calcetines y no es precisamente algo que aporte gran gloria al ejército francés! Pero ¡maldita sea!, ¡yo juego, no robo!... ¡Revienta tú, si es lo que quieres!, ¡deja morir de hambre a tu vieja y al mocosol, ¡pero respeta la caja y no metas en líos a tus amigos!

Se calló. Burle mantenía la mirada fija, con aspecto de imbécil. Durante un momento, tan sólo se oían los taconeos del mayor.

—¡Y encima estás sin blanca! —prosiguió éste con enojo—. ¿Qué te parecería verte rodeado de gendarmes? ¡Ay, cretino!

Por fin se calmó y lo levantó, tomándolo por la muñeca.

—¡Venga, ven! Hay que hacer algo inmediatamente; no quiero acostarme con todo esto rondándome la cabeza... Tengo una idea.

En la sala grande, Mélanie hablaba muy exaltada, aunque en voz baja, con su criada. Cuando vio salir a los dos hombres, se atrevió a acercarse para decirle a Burle, con tono aflautado:

—¿Cómo, capitán, ya nos deja usted?

—¡Sí, ya se va! —respondió Laguitte con brutalidad—. ¡Y estate segura que jamás volverá a poner los pies en tu sucio antro!

La pequeña criada, asustada, tiró del vestido de su ama. Ésta tuvo la desafortunada idea de murmurar «Borrachuzo». El mayor lanzó de repente el bofetón que le ardía en la mano desde hacía un tiempo. Pero ambas mujeres se agacharon oportunamente, así que tan sólo golpeó el moño de Phrosine, aplastando el bonete y rompiendo su peine. Los pequeños rentistas lanzaron una exclamación de indignación. «¡Diablos, larguémonos de aquí!» dijo Laguitte, empujando a Burle a la calle. «Como me quede un rato más, me lío a tortazos con todos ahí dentro.»

Una vez fuera, para atravesar la plaza tuvieron que chapotear hasta los tobillos. La lluvia, empujada por el viento, chorreaba por sus rostros. Mientras el capitán avanzaba en silencio, el mayor se puso a reprocharle sus tejemanejes aún con mayor viveza. ¡Linda noche para andar callejeando!, ¿no le parecía? Si no hubiera hecho tantas tonterías, ambos estarían ya calentitos en sus camas, en vez de estar chapoteando por ahí. Tras lo cual, se puso a despotricar contra Gagneux. ¡Un cretino cuya carne estropeada ya había provocado tres cólicos a todo el regimiento! Dentro de ocho días terminaba el contrato con él. ¡No volverían a adjudicárselo ni aunque fuera el propio diablo!

«¡Depende de mí!, ¡yo escojo a quien quiero! —rugía el mayor—. ¡Prefiero que me corten un brazo antes que ese envenenador gane un ochavo más a nuestra costa!» Y se tropezó, cayendo en un riachuelo que lo cubría hasta las rodillas; con la voz ahogada entre juramentos, añadió: «¿Sabes lo que te digo? Que voy a subir a su casa... Tú me esperas en la puerta... ¡A ver si ese crápula tiene lo que hay que tener y todavía se atreve a ir mañana a hablar con el coronel, como ha amenazado!... ¡Con un carnicero, demonios!, ¡mira que comprometerte con un carnicero! ¡Ah, estarás orgulloso! ¡Esto no te lo perdono en la vida!».

Llegaron a la Place aux Herbes. La casa de Gagneux estaba a oscuras, lo que no impidió a Laguitte propinar violentos aldabonazos en la puerta hasta que le abrieron. El capitán Burle se quedó solo en la espesa noche, pero ni siquiera se le ocurrió ponerse a cubierto. Permaneció plantado en una esquina del mercado, de pie bajo una lluvia torrencial, con un zumbido en la cabeza que le impedía pensar. No se aburrió, porque había perdido la percepción del tiempo. La casa, con su puerta y sus ventanas cerradas, parecía muerta; él simplemente la miraba. Cuando el mayor salió, al cabo de una hora, al capitán le pareció que apenas acababa de entrar.

Laguitte, con aspecto sombrío, no dijo nada. Burle no se atrevió a preguntarle. Durante unos instantes se buscaron en las tinieblas, intuyendo

dónde estaba cada uno, tras lo cual retomaron el paso por las calles oscuras donde el agua corría como si se tratara del lecho de un río. Andaban así uno junto a otro, lejanos y enmudecidos; el mayor, sumido en su silencio, ya ni siquiera lanzaba juramentos. Sin embargo, como volvieron a pasar por la Place du Palais y el Café de Paris seguía iluminado, palmeó el hombro de Burle diciéndole:

—Como vuelvas a entrar en ese antro...

—¡No te preocupes! —respondió el capitán, antes de que acabara la frase.

Y le tendió la mano, pero Laguitte replicó:

—No, no, te acompaño hasta la puerta de tu casa. Así me aseguro que por lo menos esta noche no vuelves ahí.

Continuaron andando hasta la calle de Récollets, donde ambos ralentizaron el paso. Ya frente a su puerta, el capitán, tras haber sacado su llave del bolsillo, por fin se decidió a preguntar:

—¿Y bien?

—¡Y bien! —repitió el mayor con rudeza—. Soy tan canalla como tú... Sí, he cometido una canallada... ¡Ay! ¡Maldita sea! ¡Vete al diablo! Nuestros soldados seguirán comiendo vaca podrida durante los próximos tres meses.

Y le explicó que Gagneux, el muy sinvergüenza, era un sibilino que, poco a poco, se había llevado el gato al agua: no iba a ir a hablar con el coronel, incluso iba a perdonar los dos mil francos sustituyendo los recibos falsos por verdaderos firmados por él, a cambio de que el mayor le garantizara la próxima adjudicación del suministro de carne. El asunto estaba cerrado. «¿Qué te parece? —lanzó Laguitte—. ¡Ya tiene que ganar, el muy canalla, para soltarnos tan alegremente dos mil francos!»

Burle, mudo de emoción, había aferrado las manos del mayor. Tan sólo fue capaz de balbucear unos confusos agradecimientos. La indecencia que acababa de cometer su amigo para salvarlo le había llegado al corazón.

El mayor gruñó: «Es la primera vez que hago algo parecido. Pero había que hacerlo... ¡Qué diablos! Mira que no tener ni dos mil francos ahorrados... Es para cogerle asco al juego y no volver a tocar ni una carta. ¡Peor para mí! Si es que no tengo ni donde caerme muerto... Pero escucha: ¡como vuelvas a hacer algo parecido, la próxima vez no te va a ayudar ni el propio Belcebú!».

El capitán lo abrazó y entró en su casa. El mayor permaneció un momento ante su puerta para asegurarse de que se acostara. Sonaron las doce y la lluvia seguía barriendo la oscura ciudad, así que se dirigió dificultosamente hacia su casa. Estaba apenado por la suerte de sus hombres. Se detuvo para decir en alto, en un tono lleno de piadosa ternura: «¡Pobres diablos! ¡Van a tener que

comer vaca reseca por dos mil francos!».

III

En el regimiento, la noticia cayó como una bomba. ¡Alzafaldas había roto con la Mélanie! Al cabo de una semana, la cosa parecía comprobada, innegable: el capitán ya ni se asomaba por el Café de Paris; se decía que el boticario había ocupado su sitio aún caliente, para mayor desgracia del viejo magistrado. Y, lo que aún resultaba más increíble, el capitán Burle vivía enclaustrado en la calle de Récollets. Efectivamente, se recogía pronto y pasaba las veladas junto a la chimenea, tomando la lección al pequeño Charles. Su madre, que no le había insinuado ni una palabra sobre sus tejemanejes con Gagneux, mantenía ante él su severa rigidez, pero sus miradas decían que lo creía curado.

Quince días después, el mayor Laguitte se hizo invitar a cenar. Se sentía algo incómodo ante la idea de volver a encontrarse con Burle, no tanto por él mismo sino más bien por el propio capitán, pues temía despertar en él malos recuerdos. Sin embargo, puesto que Burle parecía reformado, quería darle un buen apretón de manos y tomar algo juntos. Era algo que le apetecía hacer.

Burle estaba en su habitación cuando llegó Laguitte. Fue Madame Burle la que lo recibió. Tras decir que venía a probar la sopa, añadió en voz baja:

—¿Y?

—Todo bien —respondió la anciana.

—¿Nada sospechoso?

—Nada en absoluto. Se acuesta a las nueve, nunca se ausenta y parece feliz.

—¡Ah, diantre! ¡Qué bien! —exclamó el mayor—. Ya sabía yo que bastaba con un buen empujón. Todavía le queda corazón, al muy bruto.

Cuando Burle apareció, le apretó las manos hasta casi hacerle daño. Ante la chimenea, antes de ir a la mesa, charlaron tranquilamente, ponderando las plácidas alegrías hogareñas. El capitán aseguraba que no cambiaba su casa ni por un reino, una vez que se había quitado los tirantes, puesto las pantuflas y tendido en su sofá. El mayor asentía, examinándolo detenidamente. Sin duda, la vida decente no lo ayudaba precisamente a adelgazar, pues estaba aún más inflado, con los ojos hinchados y los labios reventones. Hablaba como medio adormilado, bien aposentado en sus carnes, repitiendo: «¡No hay como la vida en familia!... ¡Ah, la vida en familia!».

—Eso está muy bien —dijo el mayor, inquieto al verlo tan apoltronado—, pero tampoco exageremos. Haz un poco de ejercicio; déjate caer, de vez en cuando, por algún café...

—¿Un café?, ¿a qué fin? Aquí tengo todo lo que necesito. No, no, yo prefiero quedarme en mi casita.

Mientras Charles recogía sus libros, entró una criada para poner la mesa, lo que sorprendió a Laguitte.

—¡Vaya! ¿Ha cogido usted a alguien? —preguntó a Madame Burle.

—No me ha quedado otra —respondió ésta, suspirando—. Mis piernas ya no me aguantan y la casa estaba patas arriba... Por suerte, el viejo Cabrol me ha confiado a su hija. ¿Conoce usted a Cabrol, ese viejito que se encarga de barrer el mercado? No sabía qué hacer con Rose. La estoy enseñando un poco de cocina.

La criada salió.

—¿Qué edad tiene? —preguntó el mayor.

—Apenas diecisiete años. Es tonta y sucia, pero se conforma con diez francos al mes y no come más que sopas.

Cuando Rose regresó con un montón de platos, Laguitte, que no solía fijarse demasiado en las muchachas, la siguió sin embargo con la mirada, sorprendido de ver a una tan poco agraciada. Era pequeña, muy oscura, ligeramente jorobada; su cara era un tanto simiesca, con la nariz aplastada, una boca enorme y unas rendijas donde brillaban unos ojillos verduzcos. Una amplia riñonada y sus largos brazos le daban un aspecto muy sólido.

Según volvió a salir a por la sal y la pimienta, Laguitte, animado, exclamó:

—¡Pardiez! ¡Menudo adefesio!

—¡Bah! —murmuró Burle distraídamente—. Es muy dispuesta, hace todo lo que la pidas. Para lo que tiene que hacer, es suficiente.

La cena fue un éxito. Hubo puchero y ragú de cordero. Le pidieron a Charles que contara historietas de su colegio. Madame Burle, para demostrar lo encantador que era, le hizo varias preguntas: «¿No es cierto que quieres ser militar?». Una sonrisa se dibujaba en sus pálidos labios cuando el pequeño respondía, con la sumisión asustadiza de un perrillo amaestrado: «Sí, abuela». El capitán, con los codos plantados en la mesa, mascaba pausadamente, absorto. El calor ascendía; la única lámpara que iluminaba la mesa dejaba los rincones de la amplia sala sumidos en una vaga oscuridad. Flotaba un espeso bienestar, una intimidad de personillas poco afortunadas que no cambiaban de plato todos los días y que una fuente llena de natillas servidas en el último

momento resultaba suficiente para colmar de felicidad.

Rose, cuyos fuertes pisotones ponían la mesa en danza mientras se afanaba detrás de los comensales, aún no había abierto la boca, hasta que se plantó cerca del capitán y le preguntó con un tono ronco:

—¿Monsieur va a querer queso?

—¿Eh?, ¿cómo? —Burle pegó un respingo—. ¡Ah! Sí, queso... ¡Pero coge bien el plato!

Cortó un trozo de queso de gruyer mientras la muchacha, ahí plantada, lo contemplaba desde sus rendijas. Laguitte se reía. Desde el comienzo de la cena, Rose le parecía una gran fuente de diversión. Bajó el tono de voz para susurrarle al capitán al oído: «No, en serio, ¡es pasmosa! Esa nariz y esa boca son lo nunca visto... Un día tienes que llevarla al coronel, para que la vea un rato. Eso lo distraerá un poco».

Su fealdad despertaba en él un entusiasmo paternal. Quería verla más de cerca. «Oye, hijita, ¿y yo? También yo quiero queso».

Se acercó con el plato y el mayor, con el cuchillo plantado en el gruyer, se extasiaba contemplándola, lanzado risillas al descubrir que una de las aletas de su nariz era más grande que la otra. Rose, imperturbable, se dejaba observar, a la espera de que el invitado terminara de reírse.

Recogió la mesa y desapareció. El capitán se quedó en seguida dormido, cerca de la chimenea, mientras el mayor y Madame Burle charlaban. Charles había retomado sus deberes. Flotaba una enorme paz por toda la sala, esa paz de las familias burguesas bien avenidas reunidas en torno al fuego. A las nueve, Burle se despertó bostezando y declaró que iba a acostarse; se disculpó, pero, muy a su pesar, los ojos se le cerraban. Cuando el mayor ya marchaba, media hora después, Madame Burle buscó en vano a Rose, para que lo acompañara con una lámpara hacia la salida, pero debía ya de haber subido a su habitación. Una auténtica gallina, la muchacha, que podía estar doce horas roncando a pierna suelta.

«No moleste a nadie —dijo Laguitte, ya en el rellano—. No es que mis piernas sean mejores que las tuyas, pero con el pasamanos no me romperé nada... En fin, estimada madame, estoy feliz. Por fin se han acabado sus penurias. He estudiado detenidamente a Burle y le aseguro que no oculta ninguna triquiñuela... ¡Diantre! ¡Ya era hora que se liberara de las faldas! Cada vez iba a peor.»

El mayor se marchó encantado. Un hogar de gente decente, con los muros de cristal, donde no había manera de ocultar cochinas.

De todo el encuentro, en el fondo lo que más le gustaba era que ya no

tendría que verificar las cuentas del capitán. No había nada que lo fastidiara tanto como el papeleo. En la medida en que Burle volviera a ser de confianza, él podría dedicarse a fumar sus pipas y a firmar papeles con los ojos cerrados. A pesar de lo cual, aún mantuvo un ojo abierto durante un tiempo. Pero los recibos eran auténticos, los saldos estaban perfectamente equilibrados, no había nada irregular. Al cabo de un mes, ya se dedicaba tan sólo a hojear rápidamente los recibos y a comprobar los saldos finales, como siempre había hecho.

Pero una mañana, de repente, su mirada se detuvo en una suma, no por desconfianza sino porque estaba encendiéndose la pipa; se percató que el total había sido forzado en trece francos para equilibrar el saldo; y no se trataba de un error de transcripción de cifras, pues las cotejó con los recibos. Le dio mala espina, pero no le dijo nada a Burle sino que se propuso repasar las sumas. A la semana siguiente, nuevo error: diecinueve francos de menos. Esta vez, la inquietud lo asaltó: se encerró con las cuentas y dedicó toda una agónica mañana a rehacerlo todo, recalculando todas las sumas, sudando la gota gorda, lanzando terribles juramentos, con la cabeza a reventar de números. Y, a cada nueva suma, constataba el miserable siseo de unos pocos francos: diez aquí, ocho allá, once acullá; en las últimas operaciones, menos aún: tres o cuatro francos; en una de ellas incluso, Burle había distraído tan sólo un franco y cincuenta céntimos. Desde hacía dos meses, el capitán se dedicaba pues a roer miguitas de la caja. Cotejando fechas, el mayor dedujo que la celebrada reunión tan sólo lo había refrenado durante apenas ocho días. Este descubrimiento fue la gota que colmó el vaso.

«¡Mil diablos endemoniados!» vociferaba solo, descargando puñetazos sobre las cuentas. «¡Esto es aún más asqueroso! Lo de los recibos falsos de Gagneux, por lo menos, tenía su audacia. Pero esto... ¡demonstre!, es más bajo que una criada sisando dos céntimos de la compra. ¡Mira que dedicarse a arañar las cuentas! ¡Para embolsarse franco y medio!... ¡Pardiez! ¿Dónde queda tu orgullo, miserable? ¡Hubiera preferido que te llevaras la caja entera y que te la fundieras en una noche de juerga con actrices!»

El siseo de poca monta le resultaba aún más indignante. También estaba furioso por haber sido burlado de nuevo por un medio tan simple y tonto como el falsear las cuentas. Se levantó y estuvo una hora dando vueltas en su gabinete, sin saber qué hacer, lanzando voces.

«Esto ya es definitivo; es un hombre acabado. Hay que hacer algo... Aunque le pegara un buen susto cada mañana, eso no iba a evitar que luego por la tarde se embolsara una monedita de tres francos... Pero ¡diablos!, ¿qué hace con ese dinero? ¡Si ya no sale, se acuesta a las nueve y todo parece tan decente y tranquilo en su casa! ¿Acaso el muy cerdo tiene nuevos vicios desconocidos?»

Volvió a su mesa y contó las cantidades distraídas, que sumaban quinientos cuarenta y cinco francos. ¿De dónde sacar tal cantidad de dinero? La inspección precisamente iba a ser dentro de poco. Bastaba que al maniático del coronel se le ocurriera comprobar alguna suma para que se descubriera el pastel. Esta vez Burle estaba acabado.

Esta idea calmó al mayor. Ya no lanzaba juramentos, estaba helado, imaginándose a Madame Burle, estirada y desesperada ante él. Estaba también tan angustiado por su propia suerte, que el corazón parecía a punto de salirse del pecho.

«Veamos —murmuró—, lo primero que hay que hacer es aclarar qué historietas hay detrás de todo esto. Luego, ya habrá tiempo de actuar.»

Se dirigió al despacho de Burle. Desde la acera de enfrente, atisbó una falda que desaparecía por el hueco de su puerta. Pensando que estaba a punto de descubrir todo el pastel, se deslizó detrás y se puso a la escucha. Se trataba de Mélanie, reconoció su tono aflautado de mujerón. Se quejaba de los caballeros del diván, hablaba de una letra que no sabía cómo iba a poder pagar; que los alguaciles ya estaban llamando a la puerta de su casa, que iba a tener que venderlo todo. Pero como el capitán apenas decía nada, salvo que no tenía ni un céntimo, acabó deshaciéndose en lágrimas. Se puso a tutearlo, llamándole «mi niño favorito». Pero por mucho que desplegara sus mayores encantos, éstos no parecían surtir ningún efecto, pues la voz sorda del capitán seguía repitiendo: «¡Imposible! ¡Imposible!». Al cabo de una hora, Mélanie por fin se fue, hecha una furia. El mayor, estupefacto por el giro de los acontecimientos, esperó un momento antes de entrar en el despacho, donde el capitán se había quedado solo. Lo halló perfectamente tranquilo así que, a pesar de sus ganas de mandarlo tres veces al infierno, se contuvo, decidido como estaba a llegar antes hasta el fondo del asunto.

No había nada sospechoso en el despacho. Delante de la mesa de madera negra, sobre el asiento de rejilla del capitán, había un decente cojín de cuero; en un rincón, la caja del dinero parecía sólidamente cerrada, sin una sola muesca. El verano se acercaba y por la ventana se escuchaba el trino de un canario. Todo estaba en un orden impecable; de las cajas de cartón emanaba un olor a legajos que inspiraba confianza.

—¿No era la fulana de la Mélanie ésa que acaba de salir? —preguntó Laguitte.

Burle alzó los hombros y murmuró:

—Sí. Ha venido haciéndose la zalamera a ver si lograba trincharme doscientos francos... Pero no le he dado ni un franco, ¡ni diez céntimos!

—¡Vaya! —replicó el mayor, sondeándolo—. Pues me habían comentado

que habíais vuelto a arrejuntaros...

—¿Cómo?... ¡Qué va, para nada! Ya estoy harto de todas esas pelanduscas.

Laguitte se retiró, más estupefacto aún. ¿Qué había hecho pues con los quinientos cuarenta y cinco francos? ¿Acaso, el muy rastroso, había dejado las faldas para pasarse al vino y a la bebida? Se propuso intentar sorprender a Burle en su propia casa, esa misma tarde; tal vez pegando la hebra con él y con su madre lograra descubrir algo. Pero esa misma tarde su pierna comenzó a dolerle de una forma intolerable; no iba nada bien desde hacía algún tiempo, incluso se había tenido que resignar a usar un bastón, para no ir por ahí a trompicones, como un cojitranco. Pero el bastón lo desesperaba; solía decir, con rabia contenida, que ya era un inválido. A pesar de todo, juntó toda su fuerza de voluntad, se levantó del sofá y se puso en manos de su bastón para arrastrarse por la oscura noche hasta la calle de Récollets. Sonaron las nueve cuando llegó. El portal estaba entreabierto. Iba resoplando por el tercer piso cuando escuchó ruido de voces en el piso superior. Creyó reconocer la voz de Burle y se acercó con curiosidad. Al fondo del pasillo, a la izquierda, una puerta dejaba pasar un haz de luz; al ruido de sus pisadas, la puerta se cerró y se encontró de repente sumido en la oscuridad más absoluta.

«¡Qué bobada! —se dijo—. Alguna cocinera que se va a acostar...»

A pesar de todo, se acercó lo más cautelosamente posible hasta la puerta para pegar el oído a la misma. Se oían dos voces charlando. Se quedó boquiabierto: se trataba del cerdo de Burle y del monstruo de la criada, Rose.

—Me prometiste tres francos —decía la criada con rudeza—. Dámelos.

—Cariñito, te los traeré mañana —insistía Burle, suplicante—. Hoy no ha podido ser... Ya sabes que siempre cumplo mis promesas.

—O me das tres francos o ya estás saliendo de aquí.

Ya debía de haberse desvestido y de estar sentada en el borde de su cama de correas, pues crujía a cada uno de sus movimientos. El capitán, de pie, pataleaba, hasta que se acercó.

—Sé buena, anda. Hazme un sitio.

—¡Quieres dejarme en paz! —gritó Rose, con tono torcido—. A que me pongo a gritar y le cuento todo a la vieja... ¡No hay sitio hasta que no me des tres francos!

No había manera de que cambiara de opinión; parecía una bestia tozuda que se negaba a avanzar.

Burle se enfadó, lloró y, finalmente, para ablandarla, sacó de su bolsillo un

tarro de confitura que había cogido del armario de su madre. Rose lo aceptó y lo vació de inmediato, sin pan, con el mango de un tenedor que había en su cómoda. Estaba delicioso. Pero cuando el capitán creía haberla conquistado, volvió a rechazarlo con el mismo obstinado gesto: «¡No hay confituras que valgan! ¡Yo quiero los tres francos!».

Tras esta última exigencia, el mayor alzó su bastón como para partir la puerta en dos. Estaba a punto de estallar. ¡Mil demonios! ¡Maldita buscona! ¡Hacer tal cosa a un capitán del ejército francés! Ya se había olvidado de la falta de Burle, tan sólo pensaba en estrangular a ese horror de mujer, a esa descarada. ¡Cómo se atrevía a andar con exigencias, semejante adefesio! ¡Era ella la que tenía que pagar! Finalmente, se retuvo para seguir escuchando.

—Me apena mucho lo que me haces —repetía el capitán—. Yo que he sido tan bueno contigo... Te he regalado un vestido, unos pendientes y un pequeño reloj. Pero ni siquiera te pones mis regalos.

—¡Vaya! ¿Para qué? ¿Para estropearlos? Papá se encarga de guardar bien mis cosas.

—¿Y todo el dinero que me has sacado?

—Papá me lo guarda también.

Se produjo un silencio. Rose estaba meditando.

—Escucha, si me prometes que mañana me traes seis francos, te hago un sitio. Ponte de rodillas y jura que mañana me traes seis francos... ¡No, no, de rodillas!

El mayor, estremecido, se alejó de la puerta y se quedó en el rellano, adosado al muro. Las piernas se le iban solas y blandía su bastón como si fuera un sable, en la oscura noche de la escalera. ¡Ay, diantre! ¡Ahora entendía por qué el cochino de Burle ya no salía de casa y se acostaba a las nueve! ¡Bonita conversación, ya te digo! ¡Y con una sucia pécora que ni el último de la tropa recogería de un montón de basura! «¡Pero, maldita sea! —exclamó el mayor—. ¡Para esto, mejor que se hubiera quedado con Mélanie!»

¿Y ahora qué? ¿Entraba y los molía a palos a ambos? Ésta fue su primera idea, pero en seguida se apiadó de la pobre anciana de la madre. Lo mejor era dejarlos con sus marranadas. El capitán ya era un caso perdido. Cuando un hombre caía tan bajo, ya no se podía hacer nada por él, salvo echarle una paletada de tierra encima para acabar de enterrarlo, como a una bestia podrida, para que no contamine al resto del mundo. Y por mucho que alguien le hundiera la nariz en su propia mierda, volvería a lo mismo al día siguiente; acabaría sisando céntimos para comprar dulces que ofrecer a pordioserillas pulgosas. ¡Mil demonios! ¡Con el dinero del ejército francés! ¡Y el honor de la

bandera! ¡Y el apellido Burle, hasta ahora respetado, él lo estaba arrastrando por las cloacas! ¡Mil diablos endemoniados, esto no podía acabar así!

Pero un instante después, el mayor ya se había ablandado. ¡Si por lo menos tuviera él los quinientos cuarenta y cinco francos! Pero no tenía nada. La noche anterior, en la cantina de la pensión militar, tras haberse emborrachado con coñac como un cadete, lo había perdido todo en el juego. ¡Se le estaba bien merecida la cojera! ¡Lástima que no hubiera reventado!

Dejó a los dos tortolitos que retozaran, descendió y llamó a Madame Burle. Pasaron unos buenos cinco minutos hasta que la anciana vino a abrirle.

—Discúlpeme —dijo—. Pensaba que esa marmota de Rose seguía por aquí... Tendré que ir a sacudirla un poco de su cama.

Pero el mayor la retuvo.

—¿Y Burle? —preguntó.

—¡Oh! Ese lleva roncando desde las nueve... ¿Quiere usted ir a llamar a la puerta de su dormitorio?

—No, no... Tan sólo quería darle a usted las buenas noches.

En el comedor, Charles, sentado como siempre ante la mesa, acababa de terminar su traducción. Pero parecía aterrorizado; sus manitas blancas temblaban. Su abuela, antes de enviarlo a la cama, le leía relatos de batallas, para desarrollar en él el espíritu heroico familiar. Esa noche, la historia del Vengeur, una nave repleta de moribundos tragada por el vasto océano, a punto estuvo de provocar en el niño una crisis nerviosa, llenándole la cabeza de horribles pesadillas.

Madame Burle pidió al mayor que asistiera al final de la lectura. Tras la misma, cerró el libro con gran solemnidad con las palabras del último marinero: «¡Viva la República!». Charles estaba más pálido que una sábana.

—¿Lo has oído? —dijo la anciana—. El deber de todo soldado es el de morir por la Patria.

—Sí, abuela.

Dio un beso en la frente de Madame Burle y se fue, tembloroso, a acostarse en su enorme habitación, donde el mínimo crujido de la madera le provocaba sudores fríos.

El mayor se había quedado escuchando con gravedad. Sí, ¡diablos!, el honor era el honor; no podía dejar que el cretino de Burle deshonrara a la pobre vieja y al mocosito. Puesto que el chaval sentía tanta afición por la vida militar, tenía que poder entrar en la Escuela de Saint-Cyr con la cabeza bien alta. Sin embargo, el mayor no acababa de decidirse a intentar un plan de lo

más audaz que lo rondaba tras haber escuchado ahí arriba la historia de los seis francos, cuando Madame Burle tomó la lámpara para acompañarlo. Según pasaban ante la habitación del capitán, ella se sorprendió al ver la llave en la puerta, lo que no era habitual. «Entre usted pues a verlo —le dijo ella—, no es bueno que duerma tanto, se está embruteciendo.» Y antes de que se lo pudiera impedir, abrió la puerta y se quedó helada al hallar el dormitorio vacío. Laguitte se ruborizó, mostrándose tan avergonzado, que ella lo comprendió todo de golpe, conectando mil pequeños detalles. «¡Usted lo sabía! ¡Usted lo sabía! —tartamudeaba—. ¿Por qué no me advirtió?... ¡Dios santo! ¡En mi casa, al lado de su hijo, con esa lavandera, con ese monstruo! ¡Ha vuelto a robar!, ¿no es así? Lo presiento.» Se quedó estirada, blanca, rígida; añadió, con un tono duro: «¿Sabe lo que le digo?, ¡que preferiría que estuviera muerto!».

Laguitte tomó sus dos manos y las mantuvo durante un momento apretadas entre las suyas. Tras lo cual desfiló, pues un nudo le atravesaba la garganta y a punto estaba de echarse a llorar. ¡Ay, mil demonios, ahora ya estaba decidido a intentarlo!

IV

La inspección general estaba programada para finales de mes. El mayor contaba pues con diez días. Al día siguiente, se arrastró a trompicones hasta el Café de Paris, donde pidió una caña. Mélanie palideció al verlo y Phrosine se resignó a servirle la cerveza con miedo a recibir una bofetada. Pero el mayor no parecía buscar guerra; pidió una silla para estirar su pierna, tras lo cual se tomó la caña con la tranquilidad de cualquier cliente sediento. Llevaba una hora ahí cuando vio pasar por la Place du Palais a dos oficiales, al jefe de batallón Morandot y al capitán Doucet. Los llamó, agitando escandalosamente el bastón. «¡Venid a tomaros una cañita conmigo!», les gritó en cuanto se acercaron un poco. Los oficiales no se atrevieron a negarse. Cuando la criada ya les había servido, Morandot preguntó al mayor:

—¿Así que ahora usted para por aquí?

—Sí, la cerveza no está nada mal.

El capitán Doucet guiñó los ojos con travesura.

—¿Pertenece usted al diván, mayor?

Laguitte se echó a reír, pero no respondió. Entonces comenzaron a bromear sobre Mélanie, mientras el mayor alzaba los hombros con aire inocente. Al fin y al cabo, no dejaba de ser toda una mujer y muchos de los que fingían

desdeñarla hubieran hecho en realidad muchas tonterías por tenerla. El mayor se giró hacia la barra y, con tono de buen chico, dijo: «¡Madame, más cañas!».

Mélanie estaba tan sorprendida que se levantó para servirles ella misma las cervezas. Cuando ya estaba ante la mesa, el mayor la retuvo; incluso se permitió la libertad de darle unas palmaditas en una mano que ella había posado en el respaldo de una silla. Acostumbrada como estaba a las carantoñas y caricias, se puso zalamera, pensando que el viejo escombros —como acostumbraba a llamarlo con Phrosine— ya chocheaba. Doucet y Morandot no paraban de intercambiar miradas. ¡Será posible! ¡El bueno del mayor había ocupado el lugar de Alzafaldas! ¡Ah, caramba, lo que se iban a reír en el regimiento!

De repente Laguitte, que a través de la puerta abierta vigilaba de refilón la Place du Palais, exclamó:

—¡Mirad, ahí va Burle!

—Sí, es su hora —dijo Phrosine, acercándose ella también—. El capitán pasa por ahí todas las tardes, al salir de la oficina.

El mayor, a pesar de su pierna, se levantó, tropezó con varias sillas y gritó: «¡Eh, Burle! ¡Ven para acá! ¡Tómame a una cañita, hombre!».

El capitán, estupefacto, incapaz de comprender qué podía hacer Laguitte en el café de Mélanie, con Doucet y Morandot, se dirigió hacia allá mecánicamente. Acababan de derrumbársele un montón de ideas hechas. Se detuvo en el umbral, aún dubitativo.

—¡Otra caña! —pidió el mayor, y girándose—. ¿Qué te pasa? ¡Entra pues y siéntate! ¡Que no te vamos a comer!

Cuando el capitán se sentó se produjo un momento de incomodidad general. Mélanie trajo la caña con un ligero temblor en las manos, torturada por el continuo temor a que se produjera una escena que supusiera el cierre del local. Ahora, la galantería del mayor la inquietaba. Trató de esquivar la invitación a tomar algo con los caballeros, pero el mayor, como si fuera el dueño de la casa, ya había pedido un anisete a Phrosine y Mélanie se vio obligada a sentarse entre él y el capitán. Repetía, de forma tajante: «Ante todo, respeto a las damas... ¡Seamos caballeros franceses, pardiez! ¡A la salud de madame!».

Burle, con los ojos clavados en su jarra, mostraba una sonrisa forzada. Los otros dos oficiales, superados por la situación, intentaron irse. Afortunadamente, la sala estaba vacía. Tan sólo estaban los pequeños rentistas en su mesa, echando la partida de la tarde, mirando de refilón a cada juramento, escandalizados de que hubiera tanta gente y dispuestos a amenazar

a Mélanie con irse al café de la estación antes que tener que soportar una invasión de la tropa. Las moscas zumbaban, atraídas por la suciedad de las mesas, que Phrosine tan sólo limpiaba los sábados. Instalada en la barra, la pequeña criada había retomado su novela.

«¿Y bien? ¿No brindas con madame? —dijo con rudeza el mayor a Burle—. ¡Un poquito de educación, por favor!» Y, como Doucet y Morandot volvían a hacer amago de levantarse, prosiguió: «¡Esperad, demontre! Nos vamos juntos... ¡Por culpa de este animal, que nunca ha sabido comportarse!».

Los dos oficiales permanecieron de pie, sorprendidos por la brusca ira del mayor. Mélanie intentó poner paz, con su risa de mujer complaciente, tomando los brazos de ambos hombres. Pero Laguitte prosiguió: «No, déjeme... ¿Por qué no quiere brindar? ¡No dejaré que la insulte, madame!, ¿está claro? ¡Ya empiezo a estar harto de este cerdo!».

Burle, muy pálido tras el último insulto, se levantó y dijo a Morandot: «¿Pero qué le pasa? ¿Me hace venir para insultarme?... ¿Acaso está borracho?».

«¡Mil diablos endemoniados!», vociferó el mayor. Se puso de pie, temblando sobre sus piernas, y sacudió un buen tortazo al capitán. Mélanie tuvo el tiempo justo de agacharse para evitar que la alcanzara de pasada. Se montó un buen jaleo. Phrosine comenzó a lanzar gritos desde la barra, como si la estuvieran pegando a ella. Los pequeños rentistas se atrincheraron detrás de su mesa, temiendo que todos esos soldados desenfundaran sus sables y comenzaran a masacrarse. Pero Doucet y Morandot habían tomado al capitán por los brazos, impidiéndole que saltara a la garganta del mayor y lo condujeron poco a poco hacia la salida. Una vez fuera, lograron calmarlo un poco, echando toda la culpa a Laguitte. El coronel mismo decidiría sobre el asunto, pues se comprometieron a ir a someterlo a su criterio, en calidad de testigos del mismo. Cuando lograron que Burle se marchara, regresaron al café donde estaba Laguitte, muy emocionado, con los ojos llenos de lágrimas, pero fingiendo tranquilidad, apurando su caña.

—Escuche, mayor —dijo el jefe de batallón—, lo que acaba de hacer está muy mal... El capitán no tiene su mismo rango, por lo que sabe que no le permitirán batirse en duelo con usted.

—Bueno, eso ya lo veremos —respondió el mayor.

—¿Pero qué le ha hecho a usted? Si ni siquiera ha dicho nada... Dos viejos camaradas, ¡es absurdo!

El mayor hizo un gesto vago.

—¿Qué más da? Me irrita.

No pudieron sacarle más información; jamás se supo nada más sobre los

motivos, pero no por ello el escándalo fue menos enorme. En suma, todo el regimiento acabó opinando que la Mélanie, enrabiada por haber sido abandonada por el capitán, había hecho que el mayor lo abofeteara, pues también había caído bajo sus garras y debía de haberle contado historietas abominables sobre Burle. ¿Quién lo hubiera dicho de ese pellejo de Laguitte, que siempre decía horrores de las mujeres? Y ahora era él el que había caído. A pesar del alzamiento general contra Mélanie, el suceso en realidad la hizo más popular y fascinante que nunca, temida y deseada a la vez, de manera que sus negocios comenzaron a ir viento en popa.

Al día siguiente, el coronel convocó al mayor y al capitán. Los sermoneó con dureza, reprochándoles por deshonar al ejército al frecuentar tugurios infames. ¿Cómo resolver el entuerto, puesto que no podía autorizarlos a batirse en duelo? Ésta era la cuestión que desde el día anterior se debatía apasionadamente en todo el regimiento. Unas simples excusas parecían inaceptables, debido al tortazo; sin embargo, puesto que Laguitte apenas se tenía en pie por su cojera, se pensaba que tal vez se impusiera una reconciliación, si el coronel así lo exigía.

—Veamos —prosiguió el coronel—, ¿me aceptan ustedes como árbitro?

—Perdón, mi coronel —interrumpió el mayor—. Vengo a traer mi dimisión... Hela aquí. Esto lo soluciona todo. Fije usted el día del duelo.

Burle lo miró estupefacto. Por su parte, el coronel se creyó en el deber de realizar algunas observaciones: «Esta determinación que usted toma es muy grave, mayor... No le quedan más que dos años para su retiro...».

Pero de nuevo Laguitte lo interrumpió, diciendo con rudeza:

—Eso es asunto mío.

—Indudablemente... ¡Pues vale! Voy a tramitar su dimisión y, en cuanto sea aceptada, fijaré un día para el duelo.

Este desenlace dejó a todo el regimiento patidifuso. ¿Qué pasaba por la cabeza del diablo del mayor como para querer rebanarse el cuello con su viejo camarada Burle? Así que se volvió a hablar de Mélanie y de su imponente atractivo femenino; todos los oficiales fantaseaban ahora con ella, encendidos ante la idea de que debía de estar muy bien para lograr que un viejo duro de pelar como Laguitte se embalara así por ella. El jefe de batallón, Morandot, coincidió con el mayor y no le ocultó sus inquietudes. Si no moría en el encuentro, ¿cómo iba a vivir?, pues carecía de fortuna y la pensión por la cruz de oficial y el dinero de su jubilación, reducido a la mitad, apenas le alcanzarían para comer. Mientras Morandot hablaba de esta guisa, Laguitte mantenía sus grandes ojos abiertos y plantados en el vacío, sumido en su muda tozudez de cráneo estrecho. Cuando el otro le preguntó sobre su odio contra

Burle, repitió su frase, acompañada de un gesto vago: «Me irrita. ¿Qué más da?».

Cada mañana, en la cantina de la pensión de oficiales, la primera pregunta siempre era: «¿Y bien? ¿No ha llegado ya esa dimisión?». Había gran expectativa en torno al duelo, se debatía especialmente sobre su posible desenlace. La mayor parte pensaba que Laguitte sería ensartado en apenas tres segundos, pues resultaba absurdo pretender batirse a su edad, con una pierna paralizada que no le permitiría ni lanzarse en ataque. Pero otros hacían un gesto con la cabeza. Ciertamente, Laguitte nunca había sido ningún prodigio de inteligencia; era incluso famoso desde hacía dos décadas por su estupidez, pero eso no quitaba que antaño fuera uno de los mejores espadachines del regimiento. Habiendo comenzado su carrera como enfant de troupe, había logrado ganarse sus galones de jefe de batallón gracias a su bravura de hombre de sangre caliente que desdeñaba cualquier peligro. Burle, muy al contrario, era un espadachín mediocre y tenía fama de cobarde. En fin, todo estaba por ver. La emoción iba aumentando pues la maldita dimisión no acababa de llegar.

El que estaba más inquieto, más alterado, era sin duda el propio mayor. Habían pasado ya ocho días; la inspección general iba a comenzar pasado mañana. Y seguía sin llegar nada. Temblaba sólo ante la idea de haber abofeteado a su viejo amigo y de haber presentado su dimisión para nada, sin lograr retrasar el escándalo ni un minuto. Si moría en manos de Burle, se libraría de tener que asistir al lamentable asunto; y si era él el que mataba a Burle, como esperaba, taparían el escándalo en seguida; salvaría así el honor del ejército y el pequeño podría ingresar en Saint-Cyr. Pero ¡diablos!, ¡esos chupatintas del ministerio tenían que despabilarse un poco! El mayor ya no podía tenerse quieto; podía vérselo rondando por correos, acechando a las cartas, interrogando al personal de guardia del coronel. Ya no dormía, todo le daba igual, se desesperaba sobre su bastón, cojeaba horriblemente.

En víspera de la inspección, iba de nuevo a visitar al coronel cuando se quedó paralizado al ver, a tan sólo unos pasos, a Madame Burle, que llevaba a Charles al colegio. No la había vuelto a ver y ella, por su parte, se había enclaustrado en su casa. Sintió un vahído y se apartó a un lado de la acera, para dejársela entera a ella. Ninguno de los dos se saludó, lo que hizo que el niño lo mirara con ojos llenos de sorpresa. Madame Burle, fría, altiva, rozó al mayor sin inmutarse. Él, cuando ya se alejaban, los miraba con una mezcla de aturdimiento y de enternecimiento.

«¡Diablos! ¡Ya no soy nada!», gruñó, tragándose las lágrimas.

Según iba a entrar en el despacho del coronel, un capitán le dijo:

—¡Pues bien! Ya está, el papel acaba de llegar.

—Ah... —murmuró él, muy pálido.

Y volvía a ver a la anciana alejándose, con el niño cogido de la mano, con su implacable rigidez. ¡Diantre! ¡Y pensar que llevaba ocho días esperando tan ardientemente la llegada de ese trozo de papel y que ahora le revolvía por dentro todas las entrañas!

El duelo tuvo lugar a la mañana del día siguiente, en el patio del cuartel, detrás de un murete. Corría un aire vivificador bajo un reluciente sol. Casi tuvieron que llevar en brazos a Laguitte. Llegó apoyándose en el hombro de uno de sus testigos y en su bastón. Burle, con el rostro inflado y amarillento, parecía dormir de pie, como quien no ha pegado ojo durante la noche de bodas. Nadie intercambió ni una palabra; todos querían que el asunto terminara cuanto antes.

Fue el capitán Doucet, uno de los testigos, el que dio la señal de comienzo. Retrocedió y dijo: «¡Caballeros! ¡Adelante!».

Burle atacó en seguida, con la idea de tantear a Laguitte y saber qué esperar de la situación. Desde hacía diez días, este asunto se había convertido en una pesadilla absurda para él; estaba casi totalmente perdido. Algún atisbo de sospecha lo rondaba a veces, pero lo descartaba enseguida con un escalofrío, pues era a la muerte a lo que se enfrentaba y se negaba a creer que un amigo pudiera jugarle esta mala pasada para intentar arreglarlo todo. Por otro lado, la horrible cojera de Laguitte le daba un poco de aliento. Lo heriría en el hombro y asunto terminado.

Durante un par de minutos, sus hierros se cruzaron con el típico chasquido metálico. De repente, el capitán hizo un quiebro y lanzó un ataque. Pero el mayor, recuperando su muñeca de antaño, hizo una terrible parada de quinta; si hubiera contraatacado, el capitán hubiera resultado ensartado de parte a parte. Éste retrocedió precipitadamente, lívido, sintiéndose en manos de su rival, que acababa de perdonarle la vida... por el momento. Ahora lo entendía: se trataba efectivamente de una ejecución.

Sin embargo Laguitte, plantado sobre sus piernas lisiadas, esperaba como una estatua de piedra. Los dos adversarios se observaron en silencio. En los ojos enturbiados de Burle apareció una súplica, un ruego de gracia; ya sabía por qué iba a morir y, como un niño, juraba que nunca lo volvería a hacer. Pero la mirada del mayor permaneció implacable; el honor era el dueño de la misma y asfixiaba toda su ternura de buen hombre.

«¡Acabemos!», murmuró entre dientes.

Esta vez fue él quien atacó. Se vio un relámpago, su sable flambeó cruzando de derecha a izquierda, volvió y se plantó, con una estocada recta y fulgurante, en el pecho del capitán, que se desplomó como un peso muerto, sin

un solo grito.

Laguitte soltó el sable, contemplando al pobre cebón de Burle tendido patas arriba, con la panza al aire. El mayor repetía una y otra vez, enfurecido y roto por la emoción: «¡Mil diablos endemoniados!».

Sus dos testigos tuvieron que llevárselo en brazos, pues sus piernas ya no le respondían y no podía andar ni con el bastón.

Dos meses más tarde, el anciano mayor se arrastraba por una soleada y desierta calle de Vauchamp, cuando volvió a toparse frente a frente con Madame Burle y el pequeño Charles. Ambos vestían un estricto luto.

Quiso evitarlos, pero las piernas no le respondían y se dirigieron directamente hacia él, sin frenar ni acelerar el paso. Charles seguía con su dulce rostro asustado de niña. Madame Burle mantenía su rígida altivez, más dura y seca que nunca. Como Laguitte se apartó, metiéndose en el ángulo de una puerta cochera, para despejar su camino, ella se detuvo bruscamente ante él y le tendió la mano. El mayor dudó un instante pero acabó estrechándola, pero se puso a temblar de pies a cabeza, sacudiendo el brazo de la anciana. Intercambiaron en silencio miradas enmudecidas.

«Charles —dijo por fin la abuela—, da la mano al mayor». El niño obedeció sin comprender. Laguitte estaba muy pálido, apenas osaba rozar los delicados dedos del pequeño. Entonces, comprendiendo que debía decir algo, tan sólo se ocurrió lo siguiente:

—¿Sigue usted pensando en que vaya a Saint-Cyr?

—Claro, en cuanto tenga la edad —respondió Madame Burle.

A la semana siguiente, una fiebre tifoidea se llevó a Charles. La víspera, su abuela le había vuelto a leer la batalla del Vengeur, para aguerrirlo; durante la noche el delirio se amparó de él. Murió de miedo.

LAS CARACOLAS DE MONSIEUR CHABRE

I

La gran pena de Monsieur Chabre era no tener hijos. Se había casado con una Catinot, de la familia Desvignes et Catinot, con la rubia Estelle, hermosa muchacha de dieciocho primaveras. Llevaba cuatro años buscando descendencia, ansioso, consternado, herido en su amor propio por la inutilidad

del esfuerzo.

Monsieur Chabre era un comerciante de grano ya retirado. Había amasado una bonita fortuna. Aun habiendo llevado una vida contenida y austera de burgués obsesionado con hacerse millonario, a sus cuarenta y cinco años se arrastraba ya como un anciano. Su rostro macilento, desgastado por las preocupaciones comerciales, era tan anodino y banal como un mostrador. Se desesperaba, pues un hombre que ha ganado unas rentas de cuarenta y cinco mil francos tiene, qué duda cabe, todo el derecho del mundo a extrañarse de que resulte más difícil ser padre que ser rico.

La linda Madame Chabre tenía entonces veintidós años. Era encantadora, con su tez de melocotón maduro y sus cabellos dorados como un sol derramándose por la nuca. Sus ojos verdiazulados parecían balsas de agua tan serenas como perturbadoras. Cuando su marido se lamentaba de la esterilidad de su unión, ella estiraba su flexible abdomen, acentuando aún más sus turgentes caderas y pechos; la sonrisa que arqueaba levemente sus labios decía claramente: «¿Acaso es culpa mía?». En sus círculos de relaciones, Madame Chabre era considerada una persona con una educación impecable y una reputación sin mácula, moderadamente devota y bien disciplinada en los buenos hábitos burgueses por una madre inflexible. Tan sólo las finas aletas de su blanca naricita delataban a veces unas palpitaciones estremecidas que hubieran puesto en alerta a cualquier otro marido.

El médico de la familia, el doctor Guiraud, hombre rechoncho, de fino ingenio y siempre sonriente, ya había mantenido varias conversaciones privadas con Monsieur Chabre. Le explicó hasta qué punto la ciencia aún está atrasada en estas cuestiones. ¡No, hombre, no!, ¡hacer un niño no es tan sencillo como plantar un árbol! Sin embargo, siempre optimista, le había prometido estudiar su caso. Así que, una mañana de julio, le vino a decir:

—Debería usted ir a tomar unos baños, estimado amigo... Sí, resultan excelentes. Y sobre todo, coma usted muchas caracolas, no coma otra cosa más que caracolas.

Monsieur Chabre vio renacer la esperanza y le preguntó con viveza:

—¿Caracolas, doctor? ¿Usted cree que las caracolas...?

—¡En efecto! Es un tratamiento que está teniendo mucho éxito. Como oye: coma todos los días ostras, mejillones, almejas, erizos de mar, lapas, incluso bogavantes y langostas.

Y, según se retiraba, añadió distraídamente, desde el umbral de la puerta: «No se entierren ustedes. Madame Chabre es joven y necesita distracciones... Vayan a Trouville. Ahí el aire es muy bueno».

Tres días después, la pareja Chabre partía de viaje. Si bien el comerciante retirado consideró que no valía la pena ir a Trouville, donde se iba a gastar una locura de dinero. Se podía comer caracolas en muchos otros sitios; en cualquier rincón perdido resultarían incluso más abundantes y baratas. En cuanto a las distracciones, sobraban. Al fin y al cabo, no se trataba de un viaje de placer.

Un amigo había aconsejado a Monsieur Chabre la pequeña playa de Pouliguen, cerca de Saint-Nazaire. Tras un viaje de doce horas, el día que pasaron en Saint-Nazaire le resultó tremendamente aburrido a Madame Chabre; se trataba de una ciudad naciente, con sus calles nuevas trazadas con escuadra y cartabón, aún llena de canteras de construcción. Fueron a visitar el puerto, merodearon por las calles, con sus panaderías a mitad de camino entre los oscuros colmados de pueblo y las enormes pastelerías lujosas de ciudad. En Pouliguen, por otro lado, no quedaba ya ni una sola casa para alquilar. Las pequeñas villas de planchas y yeso que rodeaban la bahía como barracas de feria, pintarrajeadas de colores chillones, ya estaban invadidas por los ingleses y por ricos comerciantes de Nantes. Por otro lado, Estelle hizo una mueca ante tales arquitecturas, en las que artistas aburguesados habían dado rienda suelta a su imaginación.

Aconsejaron a los viajeros buscar alojamiento en Guérande. Llegaron el domingo al mediodía y Monsieur Chabre sintió en seguida un arrebató de exaltación, aunque no fuera precisamente de naturaleza poética. Se quedó maravillado a la vista de esta joya medieval tan bien conservada, con su recinto fortificado y sus profundos portalones, coronados de matacanes. Estelle contempló la silenciosa villa rodeada de paseos arbolados y en las balsas de agua de sus ojos sonrieron mil ensoñaciones. El coche seguía rodando, el caballo pasó al trote bajo una puerta y las ruedas danzaron sobre el agudo adoquinado de las callejuelas. Los Chabre aún no habían intercambiado una palabra al respecto.

«¡Vaya agujero! —murmuró por fin el comerciante retirado—. Los puebluchos de las afueras de París están mejor contruidos...»

Según el matrimonio descendía del coche delante del hotel Commerce, situado en el centro de la ciudad, al lado de la iglesia, justo salieron de la misma los asistentes a la misa dominical. Mientras su marido se ocupaba de las maletas, Estelle se acercó unos pasos, interesada por el desfile de feligreses, muchos de los cuales iban ataviados de forma muy original. Se veían paludiers, con sus blusas blancas y sus pantalones bombachos, que viven en el vasto desierto de marismas que se extiende entre Guérande y Le Croisic. Había también aparceros, una raza aparte, con su corta chaqueta de trapo y su amplio sombrero redondo. Pero Estelle se quedó sobre todo fascinada por el rico atavío de una jovencita. Una cofia puntiaguda ceñía sus sienes, su corsé

rojo, con amplias mangas abiertas, lucía una pechera de seda ornada de vistosas flores. Un cinturón con bordados dorados y plateados ceñía sus tres faldas de tela azul superpuestas y de pliego prieto, mientras un largo delantal de seda naranja descendía dejando al descubierto sus medias de lana roja y sus pies cubiertos por unas pequeñas chinelas amarillas.

«¡Cualquier cosa!» exclamó Monsieur Chabre, que acababa de plantarse detrás de su mujer. «No hay como venir a Bretaña para ver semejante carnaval.»

Estelle no contestó. Un gran mozo de una veintena de años salía de la iglesia, dando su brazo a una anciana dama. Su tez era muy blanca, su aspecto altivo y lucía una melena rubia leonina. Era un gigante, de amplias espaldas y brazos musculosos, a pesar de lo cual parecía todo ternura y delicadeza, con su rostro barbilampiño y sonrosado como una muchacha. Como Estelle lo estaba observando fijamente, admirada por su gran hermosura, giró la cabeza, la miró durante un segundo y se ruborizó.

—¡Vaya! —murmuró Monsieur Chabre—. He aquí uno por lo menos con aspecto de persona. Podría ser un magnífico carabinero.

—Es Monsieur Hector —comentó la sirvienta del hotel, que lo había oído—. Acompaña a su mamá, Madame de Plougastel... ¡Oh, es un chaval bien dulce y decente!

Durante la comida en la mesa del hotel, los Chabre asistieron a una encendida discusión. El registrador de la propiedad, que acostumbraba a comer en el hotel, se puso a ensalzar las virtudes de la vida patriarcal imperante en Guérande, sobre todo la decencia moral de la juventud. Según él, la educación religiosa era la principal garante de la inocencia de los habitantes de la comarca. Y citaba ejemplos, aportaba hechos. Pero un viajante de comercio, llegado por la mañana con un cargamento de bisutería, se burlaba contando cómo había visto, a lo largo del camino, a los mozos y mozas retozando detrás de las cercas. Ya le gustaría a él ver la reacción de los paisanos del lugar si les pusieran ante las narices a damas de buen ver. Acabó bromeando sobre la religión, los curas y las monjas, hasta que el registrador de la propiedad arrojó la servilleta y se marchó, soliviantado. Los Chabre comieron sin decir palabra, el marido furioso por las cosas que se llegaban a oír en los hoteles y la esposa tranquila y sonriente, como si no hubiera comprendido nada.

Dedicaron la tarde a visitar Guérande. En la iglesia Saint Aubin hacía un fresco delicioso. Se pasearon pausadamente, levantando la mirada hacia sus altas bóvedas, bajo las cuales los haces de columnillas se lanzaban como cohetes. Se detuvieron a observar las pintorescas esculturas de los capiteles, que mostraban a verdugos serrando en dos a sus víctimas o asándolos en

parrillas, que alimentaban con enormes fuelles. Tras lo cual recorrieron las cinco o seis calles de la villa y Monsieur Chabre se reafirmó en su juicio: definitivamente, era un agujero, sin actividad comercial ninguna, una de esas antiguallas medievales que tarde o temprano sería demolida. Las calles estaban desiertas, bordeadas de casas de tejados a dos aguas, apretujadas las unas contra las otras, como viejecitas cansadas. Tejados puntiagudos, atalayas cubiertas de placas de pizarra clavadas, torretas haciendo esquina, restos de esculturas desgastadas por el tiempo, formaban rincones silenciosos como museos descansando al sol. Estelle, que desde que se había casado devoraba novelas románticas, lanzaba miradas lánguidas hacia las ventanas de vidrieras. Soñaba con Walter Scott.

Cuando los Chabre salieron de la ciudad para rodearla, asintieron con la cabeza; había que admitir que era realmente encantadora. Las murallas de granito no mostraban ni una brecha, doradas al sol, intactas como el primer día. Pendones de hiedra y de madreselva se descolgaban de los matacanes. En las torres que flanqueaban la muralla habían crecido arbustos, retamas doradas y alhelíes flamígeros, cuyos penachos de flores ardían en la claridad celeste. Alrededor de la villa se extendían paseos umbríos entre grandes árboles, olmos centenarios, bajo cuyo frescor la hierba crecía. Se caminaba suavemente, como sobre una alfombra, siguiendo los antiguos fosos, aquí colmados, allá convertidos en estanques cuyas musgosas aguas dibujaban extraños reflejos. Los abedules lanzaban sus troncos blancos contra la muralla. Capas de plantas exhibían sus verdes melenas. Haces luminosos perforaban el follaje haciendo brillar rincones misteriosos, cavidades de poternas, donde tan sólo las ranas, con sus brincos bruscos y confusos, turbaban el silencio macerado de los siglos muertos.

«¡Hay diez torres, las he contado!», exclamó de repente Monsieur Chabre, cuando regresaron a su punto de partida.

Estaba impresionado sobre todo por las cuatro puertas de la ciudad, con sus estrechos y profundos portales por donde no podían pasar dos coches a la vez. ¿No resultaba acaso ridículo mantenerse encerrados de esa manera en pleno siglo diecinueve? Si por él fuera, arrasaría todas esas puertas y esas murallas de ciudadela fortificada, perforadas de arpilleras, ¡cuyos muros eran tan espesos que se podría construir en su lugar dos edificios de seis alturas!

«¡Sin hablar —añadía— de todo el material que se obtendría de la demolición del murallón!»

Llegaron al Mail, amplio paseo elevado que trazaba un cuarto de círculo, desde la puerta Este hasta la puerta Sur. Estelle permanecía sumida en ensueños, frente al admirable horizonte que se extendía a leguas vista, más allá de los tejados de la villa. Primero se desplegaba una banda de naturaleza

poderosa, de pinos retorcidos por los vientos marinos, arbustos nudosos, toda una oscura vegetación; tras la cual se extendía un desierto de marismas, la inmensidad desnuda, con sus espejos cuadrados y las motas blancas de montoncitos de sal que se incendiaban sobre la capa grisácea de la arena. Más lejos, confundiéndose con el cielo, el Océano profundo y azul. Había tres velas que parecían tres golondrinas blancas.

«He aquí de nuevo el mozo de esta mañana —dijo de repente Monsieur Chabre—. ¿No te recuerda al pequeño de los Larivière? Si tuviera una joroba, sería exactamente como él.»

Estelle se giró suavemente. Pero Hector, plantado en el borde del Mail, con aire absorto también ante las vistas del mar lejano, no pareció darse cuenta de que lo estaban observando. Entonces, la muchacha retomó su paseo, lentamente. Usaba su larga sombrilla a modo de bastón. Al cabo de una decena de pasos, el lazo de la sombrilla se desató. Los Chabre oyeron entonces una voz detrás de ellos.

—Madame, madame...

Era Hector que había recogido el lazo.

—Mil gracias, monsieur —dijo Estelle, con su tranquila sonrisa.

Parecía muy dulce y muy honesto, el buen mozo. En seguida se ganó la simpatía de Monsieur Chabre, que le confesó que no tenían claro qué playa elegir e incluso le pidió consejo. Hector, extremadamente tímido, balbuceó: «No creo que hallen ustedes lo que buscan ni en Croisic ni en el burgo de Batz —decía, mostrando en las lejanías los campanarios de dichos pueblos—. Les aconsejo que vayan a Piriac...».

Y aportó más detalles. Piriac se hallaba a tres leguas. Tenía un tío que vivía en los alrededores. Ante las preguntas de Monsieur Chabre, afirmó que las caracolas abundaban por aquella zona.

La muchacha daba golpecitos en la hierba con la punta de su sombrilla. El mozo no osaba alzar la vista hacia ella, como si su presencia lo perturbara enormemente.

—Guérande es una villa encantadora, monsieur —dijo por fin Estelle, con su voz aflautada.

—¡Oh, sí, realmente deliciosa! —balbuceó Hector, devorándola de repente con la mirada.

Una mañana, tres días después de que el matrimonio se instalara en Piriac, Monsieur Chabre, sobre la plataforma del malecón que protege al pequeño puerto, vigilaba plácidamente el baño de Estelle, que estaba haciendo la plancha. El sol calentaba ya mucho, así que, adecuadamente cubierto con un redingote negro y un sombrero de fieltro, se protegía bajo una sombrilla de turista, forrada de verde.

—¿Está buena? —preguntó para dar la impresión que se interesaba por el baño de su mujer.

—¡Muy buena! —respondió Estelle, dándose la vuelta.

Monsieur Chabre nunca se bañaba. Tenía verdadero pánico al agua, que disimulaba diciendo que los médicos le habían prohibido terminantemente darse baños. Cuando se hallaba en una playa y una ola se acercaba a las suelas de sus zapatos, retrocedía dando un respingo, como si una fiera le hubiera mostrado los dientes. El agua perturbaba su impecable corrección, le parecía sucia e inconveniente.

«Entonces, ¿está buena?», repitió aturdido por el calor, sintiendo una somnolencia que le inquieta al hallarse en un extremo del malecón.

Estelle no respondió, batiendo el agua con los brazos, chapoteando más que nadando. Con una audacia varonil, se bañaba durante horas, para mayor consternación del marido, que pensaba que, por decencia, tenía que esperarla en la orilla. Estelle había hallado en Piriac un lugar de baño muy a su gusto. Desdeñaba las playas en cuesta, donde había que avanzar mucho para lograr hundirse hasta la cintura. Acudía al extremo del malecón, envuelta en su albornoz de muletón blanco, lo dejaba deslizarse por los hombros y se zambullía tranquilamente de cabeza. Necesitaba seis metros de profundidad, según ella, para no darse contra las rocas. Su traje de baño de una sola pieza, sin falda, perfilaba su estilizada figura; el largo cinturón azul, ceñido a su talle, arqueaba su cuerpo cuando balanceaba las caderas con un movimiento rítmico. En el agua clara, con los cabellos recogidos bajo un gorro de caucho, del cual se escapaban algunos alocados mechones, hacía gala de la sinuosidad de un pez azulado con cabeza de mujer, inquietante y sonrosada.

Monsieur Chabre llevaba ahí un cuarto de hora, bajo el ardiente sol. Ya había consultado su reloj tres veces. Finalmente, se aventuró a comentar tímidamente:

—Llevas ya demasiado tiempo ahí, querida... Deberías salir, los baños tan largos te fatigan.

—¡Pero si apenas acabo de entrar! —gritó la muchacha—. Se está como en una taza de caldo.

Volviéndose a poner boca arriba, prosiguió:

—Si te aburres, te puedes ir... No te necesito.

Él protestó meneando la cabeza, ¡en cualquier momento podía suceder una desgracia! Y Estelle sonreía, pensando: ¡valiente ayuda podía aportar su marido en caso de que le diera un calambre! Pero, bruscamente, miró hacia el otro lado del malecón, hacia la bahía que se abría a la izquierda del pueblo.

«¡Vaya! —dijo—. ¿Qué pasa por ahí? Voy a ir a ver.» Y se deslizó velozmente, con brazadas largas y regulares. «¡Estelle! ¡Estelle! —gritó Monsieur Chabre—. ¿Quieres no alejarte tanto? Ya sabes que detesto las imprudencias.»

Pero Estelle ya no lo oía, por lo que tuvo que resignarse. Alzándose sobre sus pies para poder seguir la mancha blanca del sombrero de paja que llevaba su mujer, se limitó a pasar de una mano a otra su sombrilla, bajo la cual el aire sobrecalentado le resultaba cada vez más sofocante.

«¿Qué habrá visto, pues? —murmuraba—. ¡Ah, sí!, eso que flota ahí... Alguna inmundicia, claro: un montón de algas o un barril... ¡Ah, pues no!, ¡si se mueve!» De repente, identificó el bulto. «¡Pero si es un hombre nadando!»

Mientras tanto Estelle, tras algunas brazadas, también se dio cuenta de que se trataba de un hombre. Así que dejó de nadar directamente hacia él, pues le parecía indecoroso. Pero, por coquetería y audacia, tampoco regresó al malecón y siguió nadando hacia alta mar. Avanzaba suavemente, afectando no ver al nadador. Éste, como escorado por una corriente, se iba desviando hacia ella. Así que cuando Estelle dio media vuelta, como para regresar al malecón, tuvieron un encuentro que pareció totalmente fortuito.

—Madame, ¿está usted bien? —preguntó educadamente el hombre.

—¡Vaya! ¡Si es usted, monsieur! —dijo alegremente Estelle y añadió, con una leve sonrisa—. ¡Qué casualidad, también, que nos volvamos a encontrar!

Se trataba del joven Hector de Plougastel. Ahí estaba en el agua, tímido, fornido y sonrosado. Durante unos instantes, siguieron nadando sin hablar, a una distancia decente. Pero Estelle creía necesario mostrarse educada, aunque, para entenderse, tenían que alzar la voz.

—Le agradecemos que nos haya recomendado Piriac... Mi marido está encantado.

—Su marido es aquel caballero que está ahí solo en el malecón, ¿no? —preguntó Hector.

—Sí, monsieur —respondió ella.

Y volvieron a callarse. Miraban al marido como si fuera un insecto negro

flotando sobre el mar. Monsieur Chabre, intrigado, se estiraba aún más, preguntándose a qué conocido podía haberse encontrado su esposa en pleno océano. Pues era indudable que estaba charlando con el hombre. Los veía mirarse el uno al otro. Debía de tratarse de alguna de sus amistades de París. Pero por mucho que pensara, no se le ocurría a nadie entre sus conocidos que osara aventurarse así. Así que se puso a esperar, haciendo girar su sombrilla como una peonza, para distraerse.

—Sí —explicaba Hector a la hermosa Madame Chabre—, he venido a pasar unos días con mi tío, cuyo castillo podéis ver allí, en mitad de la costa. Así que todos los días me baño, parto de esa punta, frente al escollo y voy hasta el malecón. Dos kilómetros en total. Es un ejercicio excelente... Pero usted, madame, es bien valiente. Nunca he visto a una dama tan valiente.

—¡Bah! —dijo Estelle—. Siempre he chapoteado, desde muy pequeña... El agua me conoce bien. Somos viejas amigas.

Se fueron aproximando poco a poco, para no tener que gritar tanto. En esa cálida mañana, el mar dormía como un amplio faldón de muaré. Se extendían paños de satén y bandas que parecían telas plisadas, se alargaban y se ampliaban, transmitiendo el leve estremecimiento de las corrientes. Cuando ya estaban cerca el uno del otro, la conversación se hizo más íntima.

¡Espléndida mañana! Hector se puso a señalarle a Estelle varios puntos en la costa. Ahí, ese pueblo a un kilómetro de Piriac es Port-aux-Loups; en frente se halla el Morbihan, cuyos blancos acantilados destacan con la precisión de una pincelada de acuarela; al otro lado, mar adentro, la isla Dumet es esa mancha gris en medio del agua azul. Estelle, a cada indicación, seguía con la vista el dedo de Hector y se paraba un instante a observar. Le divertía ver esas costas lejanas, con los ojos a ras del agua, en el límpido infinito. Cuando se giraba hacia el sol, todo se inflamaba, el mar parecía transformarse en un Sáhara infinito, con la reverberación cegadora del astro sobre la inmensidad descolorida de la arena. «¡Qué hermoso! —murmuraba—. ¡Qué hermoso!»

Se puso de espaldas para descansar. Ya no se movía, con los brazos en cruz y la cabeza hacia atrás, abandonándose. Sus piernas blancas y sus blancos brazos flotaban.

—¿Así que ha nacido usted en Guérande, monsieur? —preguntó.

Para charlar con mayor comodidad, Hector se puso también de espaldas.

—Sí, madame —respondió—. Tan sólo he visitado Nantes una vez.

Aportó detalles sobre su educación. Había crecido con su madre, muy devota y fiel seguidora de las tradiciones de la antigua nobleza. Su preceptor, un cura, le había enseñado más o menos lo mismo que en los colegios pero

añadiendo mucho catecismo y mucha heráldica. Montaba a caballo, practicaba esgrima así como muchos ejercicios gimnásticos. Parecía de una inocencia virginal, pues comulgaba cada ocho días, nunca leía novelas y, en cuanto cumpliera la mayoría de edad, debía casarse con una prima que era un adefesio.

—¿Cómo? ¿Apenas tiene usted veinte años? —exclamó Estelle, lanzando una mirada sorprendida a ese coloso de muchacho.

Se volvió maternal. Esa flor de la fornida raza bretona le parecía muy interesante. Como ambos estaban de espaldas, con las miradas perdidas en la transparencia celeste, olvidándose de la tierra, se fueron aproximando tanto debido a las ondulaciones que él acabó rozándola.

«¡Oh, perdón!», se disculpó Hector. Se zambulló, reapareciendo a cuatro metros de distancia. Ella se puso a nadar entre risas. «¡Al abordaje!», gritaba.

Él se había ruborizado, pero se acercaba, mirándola solapadamente. Le parecía deliciosa; bajo su sombrero de paja sólo se veía su cara, cuyo hoyuelo en el mentón se hundía en el agua. De los mechones rubios que sobresalían de su gorro caían algunas gotas como perlas atrapadas en el terciopelo de sus mejillas. No había nada más exquisito que su sonrisa y su rostro de linda muchacha que avanzaba en un susurro dejando tras de ella una estela plateada.

Hector se ruborizó aún más cuando se dio cuenta que Estelle se sabía observada y se reía ante su timidez.

—Su señor marido parece impacientarse —dijo él, para reanudar la conversación.

—¡Oh, qué va! —respondió ella plácidamente—. Está acostumbrado a esperarme cuando me tomo un baño.

En realidad, Monsieur Chabre no se tenía quieto. Daba cuatro pasos adelante, los desandaba y los volvía a andar, haciendo pivotar su sombrilla con la esperanza de darse un poco de aire. La charla de su esposa con el nadador desconocido comenzaba a sorprenderlo.

Estelle pensó de repente que tal vez su esposo no hubiera reconocido a Hector. «Voy a decirle que se trata de usted», dijo.

Así que, en cuanto pudieron ser escuchados desde el malecón, alzó la voz:

—Querido, se trata del caballero de Guérande que ha sido tan amable con nosotros, ¿sabes?

—Ah, muy bien, muy bien —gritó a su vez Monsieur Chabre.

Se quitó el sombrero y saludó.

—¿Está buena el agua, monsieur? —preguntó educadamente.

—Muy buena, monsieur —respondió Hector.

El baño prosiguió bajo la mirada del marido, que no osaba ya quejarse, aunque tuviera los pies cocidos por las ardientes piedras. Al final del malecón, el mar presentaba una transparencia soberbia. Se podía ver perfectamente el fondo, a cuatro o cinco metros, con su arena fina, las motas negras o blancas de algunos guijarros y las leves hierbas que balanceaban su larga melena. Ese agua cristalina divertía mucho a Estelle. Nadaba suavemente para no agitar demasiado la superficie y se inclinaba metiendo la cara en el agua y mirando bajo sí misma el desfile de arena y guijarros en las profundidades misteriosas. Las hierbas le provocaban un leve estremecimiento cuando pasaba sobre ellas. Eran capas verdosas, como vivas, en las que se agitaban hojas parecidas a un hormigueo de patas de cangrejo; algunas de ellas eran cortas y recogidas, agazapadas entre rocas, otras desgarradas, largas y sinuosas como serpientes.

Lanzaba grititos para anunciar sus descubrimientos: «¡Oh, mirad esa piedra enorme! Parece como si se moviera... ¡Ah, un árbol! Un auténtico árbol, con ramas y todo... ¡Anda, un pez! Ha salido disparado...». De repente, exclamó: «¿Y eso qué es? ¡Un ramo de novia!... ¿Cómo es posible? ¡Hay ramos de novia en el mar!... ¿Pues no parecen flores blancas? Es precioso, precioso...».

Hector se zambulló de repente. Reapareció con un puñado de hierbas blanquecinas que cayeron y se marchitaron nada más salir del agua. «Muchas gracias —dijo Estelle—. No tenía usted que haberse molestado... Maridito, ¡ahí va!, guárdame esto.»

Y lanzó el puñado de hierbas a los pies de Monsieur Chabre. Todavía durante un momento, ambos muchachos siguieron nadando. Provocaban una ebullición de espuma, avanzando a brazadas frenéticas. Pero, de repente, su nado pareció adormecerse, se dejaron llevar con lentitud, formando a su alrededor círculos que oscilaban y morían. Era como una intimidad discreta y sensual, dejarse llevar de esta manera por las mismas ondulaciones. Hector, a medida que el agua se cerraba sobre el huidizo cuerpo de Estelle, intentaba deslizarse en la estela marcada tras ella, envolviéndose en el hueco y en la calidez dejadas por su cuerpo. A su alrededor, el mar se había calmado aún más, adquiriendo un tono azul cuya palidez se acercaba al rosa.

—Querida, vas a enfriarte —murmuró Monsieur Chabre, que sudaba la gota gorda.

—Ya salgo, querido —respondió ella.

Y en efecto salió, subió ágilmente por el talud oblicuo del malecón agarrándose a una cadena. Hector acechaba su salida, pero cuando alzó la cabeza, al escuchar la lluvia de gotas provocada por la misma, y vio que la

muchacha ya se hallaba en el malecón, envuelta en su albornoz, tuvo un gesto de sorpresa y de contrariedad que ella respondió con una sonrisa, mientras tiritaba un poco. Y siguió tiritando porque se sabía encantadora, así, recorrida por un estremecimiento mientras se recortaba en el cielo su esbelta silueta cubierta.

Al mozo no le quedaba otra que partir.

«Un placer volver a verlo, monsieur», dijo el marido.

Y mientras Estelle se puso a correr por las losas del malecón, siguiendo desde fuera del agua la cabeza de Hector que se dirigía a atravesar de nuevo la bahía, Monsieur Chabre aceleraba el paso detrás de ella, sin perder la seriedad, sujetando en una mano las hierbas marinas recogidas por el muchacho, con el brazo tendido para no mojarse el redingote.

III

Los Chabre habían alquilado en Piriac el primer piso de un caserón cuyas ventanas daban al mar. En el pueblo tan sólo había fondas bastante vulgares, por lo que se vieron obligados a emplear a una vecina para que les cocinara. Pero sus platos eran un tanto singulares: asados reducidos a cenizas y salsas de colores sospechosos, ante los cuales Estelle prefería comer tan sólo pan. Pero, como decía Monsieur Chabre, no habían ido ahí en busca de placeres gastronómicos. Él, de hecho, tampoco probaba nunca los asados ni las salsas. Se atiborraba de caracolas, mañana y tarde, tan concienzudamente como un enfermo tomándose su medicamento. Lo peor es que detestaba a todos esos bichos que eran nuevos para él, con sus formas extrañas, habituado como estaba a la cocina burguesa, sosa y relavada, conservando aún un gusto infantil por los dulces. Las caracolas, saladas, picantes, sublevaban su boca con sabores tan fuertes e imprevisibles que no podía disimular una mueca al tragarlas; pero estaba dispuesto a engullir las que hicieran falta, tal era su obstinación por ser padre.

«¡Querida, si es que no comes ni una!», gritaba a menudo a Estelle. Le exigía que comiera tantas como él. Era necesario para asegurar el resultado, afirmaba. No obstante, Estelle argüía que el doctor Guiraud nunca había hablado de ella. Pero él replicaba que lo lógico era que ambos se sometieran al tratamiento. Entonces la muchacha se mordía los labios y lanzaba claras miradas hacia su marido, fofo e insulso. Una sonrisa irreprimible marcaba un leve hoyuelo en su mentón. Se callaba, pues no le gustaba herir a los demás. Sin embargo, finalmente, tras descubrir un buen criadero de ostras, comenzó a

incluir una docena de ellas en cada comida. No es que sintiera personalmente que las necesitaba, es que la encantaban.

La vida en Piriac era de una monotonía somnolienta. Había tan sólo tres familias de bañistas, un panadero mayorista de Nantes, un antiguo notario de Guérande, hombre sordo como una tapia y de gran ingenuidad, un matrimonio de Angers que se pasaba el día pescando, con el agua hasta la cintura. Todo ese mundillo se mostraba muy discreto. Se saludaban cuando se cruzaban y poco más. En el muelle desierto, la principal distracción podía consistir en ver, muy de vez en cuando, alguna pelea entre dos perros.

Estelle, acostumbrada al bullicio parisino, se hubiera aburrido mortalmente si Hector no se hubiera dedicado a visitarlos a diario. Se convirtió en el gran amigo de Monsieur Chabre tras un paseo que dieron juntos por la costa. Monsieur Chabre, en un momento de efusión, confió al joven el motivo de su viaje, escogiendo cuidadosamente, eso sí, los circunloquios más castos para no ofender la candidez del buen mozo. Cuando terminó de exponer científicamente por qué comía tantas caracolas, Hector, estaba tan estupefacto que hasta olvidó ruborizarse y lo miró de la cabeza a los pies, sin ocultar su sorpresa de que un hombre pudiera necesitar llevar a cabo tal régimen. A pesar de lo cual, al día siguiente se presentó en su casa con un paño lleno de almejas que el comerciante retirado aceptó con reconocimiento. Desde entonces, siempre acompañaba su visita con un presente de caracolas, curtido como estaba en las artes de la pesca y puesto que conocía hasta la última roca de la bahía. Le regalaba mejillones soberbios que iba a recolectar cuando bajaba la marea, erizos de mar que abría y limpiaba pinchándose los dedos, lapas que arrancaba de las rocas con la punta de su cuchillo, todo tipo de bichos que denominaba con nombres bárbaros y que no había probado ni él mismo. Monsieur Chabre, encantado por todo el dinero que se ahorraba, se deshacía en agradecimientos.

Ahora Hector ya tenía un buen pretexto para su visita diaria. Siempre que llegaba con su paño y se encontraba con Estelle decía lo mismo: «Traigo unas caracolas para Monsieur Chabre». Y ambos sonreían, con los ojos medio cerrados y relucientes. Les hacía gracia el asunto de las caracolas de Monsieur Chabre.

A Estelle, Piriac le parecía pues un lugar encantador. Todos los días, tras el baño, se daba un paseo con Hector. Su marido los seguía a distancia, pues le pesaban las piernas y a menudo avanzaban demasiado deprisa para él. Hector mostraba a la joven los antiguos esplendores de Piriac: ruinas de esculturas, puertas y ventanas con frisos vegetales delicadamente tallados. La villa de antaño había venido a menos hasta convertirse en un pueblillo perdido, con las calles salpicadas de estiércol y de casas desvencijadas y negruzcas. Pero emanaba una soledad tan deliciosa que Estelle superaba a zancadas montones

de desperdicios para interesarse por el menor resto de muralla o para lanzar ojeadas sorprendidas al interior de las casas, en cuya tierra batida se desparramaban auténticos batiburrillos de miseria. Hector la hacía detenerse a contemplar higueras soberbias con sus largas hojas de cuero velludo, tan abundantes en los jardines y que extendían sus ramas sobre las vallas bajas. Se perdían por las callejuelas más estrechas, se inclinaban sobre los brocales de los pozos para ver en el fondo de los mismos sus reflejos sonrientes en el agua clara y blanca como un espejo, mientras, detrás de ellos, Monsieur Chabre digería sus caracolas, resguardado bajo la percalina verde de su sombrilla que siempre llevaba encima.

Una de las mayores diversiones de Estelle eran las ocas y los cerdos, que se paseaban en manada, libremente. Al principio, los cerdos la asustaban, con sus movimientos bruscos; esas masas de grasa corriendo sobre finas patas hacían que temiera que se chocaran contra ella y la derribaran en cualquier momento. Eran además bastante sucios, con la panza siempre negra de barro y el hocico embadurnado, olisqueando el suelo. Pero Hector le aseguró que los cerdos eran totalmente inofensivos. A partir de entonces, se lo pasaba en grande observando sus carreras inquietas a la hora de la pitanza y se maravillaba ante su ropaje de seda rosa, fresco como un vestido de gala, cuando acababa de llover. También se divertía con las ocas. A menudo dos bandadas de ocas coincidían, llegadas cada una por su lado, en un montón de desperdicios, al final de un callejón. Parecían saludarse chasqueando con los picos, se entremezclaban y comían todas juntas restos de verduras. Una de ellas, subida en la cima del montón, con los ojos bien abiertos y el cuello estirado, sólidamente plantada en sus patas y con el plumón blanco de su panza inflado, exhibía una majestuosidad tranquila de soberana, con su gran nariz amarilla; mientras las demás, con el cuello plegado, rebuscaban en el montón, ofreciendo un concierto ronco. De repente, la gran oca descendía lanzando un grito y las de su banda la seguían, con el cuello tendido en la misma dirección, desfilando al paso, con un contoneo de animales tullidos. Si por casualidad pasaba un perro, los cuellos se tendían aún más y arreciaban los silbidos. Entonces, la muchacha batía las palmas y seguía el majestuoso desfile de los dos cortejos que regresaban a sus casas, como personas importantes apresuradas por asuntos no menos importantes. Otra de sus diversiones consistía en contemplar el baño de los cerdos y de las ocas, cuando por la tarde bajaban a la playa como las personas.

El primer domingo, Estelle creyó conveniente acudir a misa. En París, no era practicante, pero en el campo la misa era una distracción, una ocasión para vestirse y dejarse ver. De hecho, allí estaba Hector, leyendo un enorme devocionario de cubierta desgastada. No dejaba de mirarla por encima del libro, manteniendo el tono serio pero con los ojos tan relucientes que se adivinaban sonrisas. A la salida, le ofreció su brazo para atravesar el pequeño

cementerio que rodeaba a la iglesia. Por la tarde, tras el oficio de las vísperas, había otro espectáculo: una procesión hasta un calvario plantado a la salida del pueblo. Un campesino abría la marcha, portando un estandarte de seda violeta briscada de oro y de asta roja. Seguían dos largas filas de mujeres ampliamente espaciadas; en medio caminaba la jerarquía: un cura, un vicario y el preceptor de un castillo cercano, cantando a pleno pulmón. Finalmente, detrás, siguiendo un estandarte blanco llevado por una gruesa muchacha de fornidos brazos, trotaba la tropa de feligreses, en un estrépito de zuecos que recordaba a una manada en desbandada. Cuando la procesión atravesaba el puerto, los estandartes y las cofias blancas de las mujeres destacaban a lo lejos, ante el luminoso azul del mar; este pausado desfile al sol adquiría entonces aires de gran pureza.

El cementerio emocionaba mucho a Estelle, si bien normalmente no le gustaban mucho las cosas tristes. El día que llegaron, sintió un escalofrío al ver todas esas tumbas bajo su ventana. La iglesia se hallaba en el puerto, rodeada de cruces cuyos brazos se tendían hacia las inmensidades de las aguas y del cielo; las noches ventosas, los soplos de alta mar lloraban en ese bosque de túmulos negros. Pero pronto se acostumbró a ese duelo, tal era la dulzura y alegría que rodeaba al pequeño cementerio. Ahí los muertos parecían sonreír entre los vivos. Y es que el cementerio se interponía en el camino que llevaba al mismo centro de Piriac y, como tan sólo estaba cercado por un murete bajo, la gente no tenía reparos en pasarlo de una zanjada y seguir las avenidas del camposanto, apenas visibles entre los densos matorrales. Los niños acostumbraban a jugar ahí, manadas de pequeñuelos correteando por las losas de granito. Los gatos, agazapados bajo los arbustos, brincaban bruscamente, persiguiéndose; a menudo se podía escuchar los maullidos de gatas en celo y ver sus siluetas erizadas y sus colas fustigando el aire. Era un rincón delicioso, invadido de plantas enloquecidas, de hinojos gigantescos con sus amplias umbelas amarillas cuyo aroma resultaba tan penetrante que, tras un día caluroso, alientos anisados procedentes de las tumbas perfumaban a todo Piriac. Por la noche, ¡se transformaba en un parque tan tranquilo y dulce! Toda la paz del pueblo dormido parecía emanar del cementerio. Las sombras ocultaban las cruces, paseantes rezagados se sentaban en bancos de granito pegados al murete mientras el mar, en frente, hacía rodar su oleaje que una brisa salada espolvoreaba por todo el cementerio.

Una noche Estelle, que regresaba cogida al brazo de Hector, sintió ganas de atravesar el solitario cementerio. A Monsieur Chabre la idea le pareció demasiado novelesca y protestó vivamente mientras seguía por el muelle. El paseo era tan angosto que tuvo que desasirse de Hector. Al pasar entre los enmarañados matorrales, su falda iba haciendo un turbador frufú. El olor de los hinojos era tan fuerte que las gatas en celo no huían a su paso, pasmadas bajo el follaje. Según entraban en la sombra de la iglesia, Estelle sintió en su

cintura la mano de Hector. Se asustó y lanzó un chillido.

—¡Qué boba soy! —dijo, cuando salieron de la sombra—. Pensé que era un espectro que venía a llevarme.

Hector lanzó una carcajada y explicó:

—¡Oh! ¡Sería una rama, algún hinojo que ha fustigado sus faldas!

Se detuvieron, observaron las cruces a su alrededor, la profunda calma de la muerte los enternecía; sin añadir ni una palabra, se fueron, muy conmovidos.

«¡Te has asustado! ¡Lo he oído! —dijo Monsieur Chabre—. ¡Te está bien merecido!»

Cuando la marea estaba alta, solían ir a ver llegar los barcos sardineros, por distracción. Cuando se acercaba una vela hacia el puerto, Hector la señalaba al matrimonio. Pero el marido, al cabo de la sexta embarcación, declaraba que siempre era lo mismo. Estelle, al contrario, no parecía cansarse de ello y cada vez le gustaba más acudir al malecón. A menudo se echaba a correr. Brincaba sobre las grandes piedras desencajadas, en un vuelo de faldas que intentaba retener con una mano para no caerse. Llegaba jadeante, con las manos en la blusa, echándose hacia atrás para recuperar el aliento. A Hector le parecía encantadora, así despeinada, con su aire travieso y sus maneras de chico.

Mientras tanto, el barco ya había echado amarras y los pescadores descargaban cestas de sardinas que lanzaban destellos plateados, azules, rosas zafíreos y rubíes pálidos. Entonces, el muchacho daba siempre las mismas explicaciones: cada cesta contenía mil sardinas que se vendían a un precio fijado cada mañana según la abundancia de la pesca; los pescadores se repartían el producto de la venta tras dejar un tercio del mismo al patrón del barco. En seguida se hacía la salazón, en unas cajas de madera agujereadas para dejar pasar el agua de la salmuera. Pero, poco a poco, Estelle y su compañero de correrías dejaron de interesarse por las sardinas. Seguían yendo a verlas pero no se paraban a mirarlas, se echaban a correr y regresaban con una lentitud lánguida, contemplando el mar en silencio.

—¿Tenían buena pinta, las sardinas? —les preguntaba siempre Monsieur Chabre, a su regreso.

—Sí, muy buena —contestaban ellos.

Los domingos por la noche había en Piriac un espectáculo de baile al aire libre. Los mozos y las mozas del lugar, cogidos de la mano, giraban durante horas repitiendo el mismo refrán en el mismo tono sordo y rítmico. Esas voces rústicas, ronroneando con el crepúsculo de fondo, lograban crear un ambiente de encanto primitivo. Estelle, sentada en la playa, con Hector a sus pies,

escuchaba, perdiéndose rápidamente en sus ensoñaciones. El mar iba subiendo, como una enorme caricia. Las olas rompían en la arena con tonos de pasión que se apaciguaban de repente, muriendo su gemido con el agua que se retiraba, en un murmullo lastimero de amor domado. La muchacha soñaba con ser amada así, por un gigante al que trataría como a un niño pequeño.

—Debes de aburrirte en Piriac, querida —inquiría de vez en cuando el marido.

Ella se apresuraba a responder:

—Para nada, querido, te lo aseguro.

Ella se divertía en ese agujero perdido. Las ocas, los cerdos y las sardinas adquirían una gran importancia. El pequeño cementerio le resultaba muy alegre. La vida somnolienta, la soledad poblada únicamente por el panadero de Nantes y el notario sordo de Guérande, le parecía más bulliciosa que la ruidosa vida de París. Al cabo de quince días, Monsieur Chabre, que se aburría soberanamente, quiso regresar a París. Las caracolas ya debían de haber hecho su efecto, afirmaba. Pero ella exclamó: «¡Oh, querido, pero si no has comido bastante!... Necesitas más, eso te lo digo yo».

IV

Una tarde, Hector le dijo a la pareja: «Mañana habrá gran marea... Podríamos aprovechar para ir a pescar camarones».

La propuesta fue acogida con entusiasmo por Estelle. ¡Sí, sí, había que ir a pescar camarones! Hacía tiempo que deseaba realizar esa expedición. Monsieur Chabre, sin embargo, puso un montón de objeciones. Para empezar, nunca pescaban nada. Además, era más sencillo comprar, por veinte céntimos, la pesca de alguna lugareña, sin necesidad de calarse hasta los riñones ni de despellejarse los pies. Pero tuvo que ceder ante el entusiasmo de su esposa. Los preparativos fueron considerables.

Hector se encargaba de traer las redecillas. Monsieur Chabre, a pesar de su miedo por el agua fría, declaró que se unía a la expedición; puesto que finalmente accedía a ir de pesca, quería hacerlo bien. Por la mañana, mandó que le engrasaran un par de botas. Se vistió con una combinación de tela blanca pero su mujer no logró que renunciara a su corbata, que anudó como si acudiera a una boda. La corbata era su protesta de caballero civilizado contra el desaliñado océano. En cuanto a Estelle, se puso simplemente su traje de baño y pasó por encima una blusa. Hector también fue en traje de baño.

Los tres partieron hacia las dos. Cada uno llevaba su redecilla al hombro. Había que andar media legua entre arena y algas para alcanzar una roca donde Hector aseguraba que había auténticos bancos de camarones. Guiaba a la pareja con decisión, atravesando grandes charcas, siempre en línea recta, sin preocuparse demasiado por los accidentes del camino. Estelle lo seguía animosamente, disfrutando del frescor de esos parajes húmedos donde sus piecitos chapoteaban. Monsieur Chabre, que iba el último, no veía en cambio por qué tenía que mojar sus botas antes de llegar al lugar de pesca, por lo que rodeaba concienzudamente las charcas, vadeaba los ríos cavados en la arena por las corrientes descendentes, buscaba los pasos más secos con una concentración de funámbulo, como un parisino buscando los adoquines que afloran en la calle Vivienne un día de lluvia y barro. Resoplaba y preguntaba cada dos por tres:

—¿Queda mucho, Monsieur Hector?... ¡Mire! ¿Por qué no pescamos aquí mismo? Se ven camarones, se lo aseguro... De hecho, están por todas partes, ¿no? Si basta con que eche la red en cualquier lado...

—Échela, échela, Monsieur Chabre —respondía Hector.

Y éste aprovechaba para retomar el aliento y lanzaba su redecilla en un charco del tamaño de una mano. Pero el agua del agujero estaba tan vacía y clara que no sacaba nada, ni un hierbajo. Retomaba entonces la marcha, con aires de dignidad, mordiéndose los labios. Pero, empeñado en demostrar que estaba todo infestado de camarones, iba perdiendo terreno hasta que acabó quedándose considerablemente rezagado.

El mar seguía bajando, retirándose a más de un kilómetro de la costa. El fondo pedregoso y rocoso se iba vaciando, desplegando un horizonte de desierto inundado, agreste, de una triste grandeza, parecido a una inmensa llanura devastada por una tormenta. A lo lejos tan sólo se veía una línea verde de mar que no paraba de retroceder, como si la tierra se lo estuviera bebiendo; surgían largas filas angostas de rocas negras que crecían poco a poco en el agua muerta. Estelle admiraba la inmensidad desnuda. «¡Qué grande es!», murmuraba. Hector le señalaba con el dedo ciertas rocas, bloques verdosos desgastados por la ola. «Ése —explicaba— tan sólo se descubre dos veces al mes. Es un buen sitio para pescar mejillones. ¿Ve usted esa mancha marrón? Son las Vaches-Rousses, el mejor lugar para ir a buscar bogavantes. Tan sólo aparecen a la vista en las dos grandes mareas del año... Pero apresurémonos. Nos dirigimos a esas rocas cuyo pico ya empieza a verse.»

Cuando Estelle entró en el mar, la expedición se convirtió en una fiesta. Daba grandes zancadas, batiendo los pies con fuerza y riéndose de la espuma que formaba. Cuando el agua le llegó hasta las rodillas, tuvo que comenzar a luchar contra las corrientes, lo que la animaba a andar aún más deprisa,

disfrutando de esa resistencia, de los remolinos rudos y continuos que fustigaban sus piernas.

«No se asuste usted —decía Hector—, el agua le llegará hasta la cintura, pero el fondo vuelve entonces a subir... Estamos llegando.» Y, en efecto, poco a poco fueron subiendo. Acababan de atravesar un pequeño brazo de mar y ya se hallaban sobre una amplia placa de rocas que las olas habían abandonado. Cuando la muchacha se giró, lanzó un gritito: estaban muy lejos de tierra firme. Piriac, ahí al fondo, a ras de costa, exhibía las pocas manchas de sus casas blancas y la torre cuadrada de su iglesia adornada con postigos verdes. Jamás había visto una extensión parecida, surcada bajo el radiante sol por franjas doradas de arena, por el sombrío verde de las algas, por los tonos húmedos y resplandecientes de las rocas. Parecía un inmenso perímetro de excavaciones con las ruinas del fin del mundo, ahí donde comenzaba la nada.

Estelle y Hector estaban a punto de lanzar sus redes por primera vez cuando llegó hasta ellos una voz quejumbrosa. Monsieur Chabre estaba plantado en mitad del pequeño brazo de mar. «¿Por dónde se pasa? —gritaba—. ¿Me oís? ¿Es todo recto?» El agua le llegaba hasta la cintura y no osaba dar ni un paso más, aterrado ante la idea de caer en un agujero y desaparecer. «¡A la izquierda!», le gritó Hector. Avanzó en ese sentido, pero como se hundía más, se detuvo de nuevo, paralizado por el miedo, incapaz incluso de volver hacia atrás. Se lamentaba en voz alta.

—Venga usted a echarme una la mano. Le aseguro que esto está lleno de agujeros. Los puedo sentir.

—¡A la derecha, Monsieur Chabre, a la derecha! —gritaba Hector.

Pero el pobre estaba tan gracioso, en medio del agua, con su redcilla al hombro y su elegante corbata, que Estelle y Hector no pudieron retener la risa. Finalmente, logró salir del atolladero, pero llegó muy conmocionado y dijo, furioso: «¡Que yo no sé nadar!».

Pero lo que ahora lo inquietaba era la vuelta. Cuando el muchacho les explicó que no convenía que la subida de la marea los sorprendiera en la roca, volvió a sentir la congoja.

—¿Pero usted me avisará, no?

—No tenga miedo; respondo por usted.

Así que se pusieron los tres a pescar. Rebuscaban en los agujeros con sus pequeñas redes. Estelle ponía en ello toda su pasión de mujer. Fue ella la primera en pescar algo: tres hermosos camarones rojos que se agitaban violentamente en el fondo de la redcilla. Se puso a lanzar grititos, pidiendo ayuda a Hector, pues esas bestezuelas tan animadas la inquietaban un tanto;

pero según vio que bastaba con cogerlas por la cabeza para que dejaran de moverse, se envalentonó y las introdujo ella misma en la pequeña cesta que llevaba en bandolera. A veces sacaba todo un paquete de algas, por lo que tenía que rebuscar ella misma ahí dentro; un ruido seco, como un batir de alas, le advertía que había camarones dentro. Entonces trillaba las algas con delicadeza, sacándolas a pellizcos, recelosa ante esa maraña de extrañas plantas viscosas como peces muertos. De vez en cuando, lanzaba una ojeada a su cesta, impaciente por llenarla.

«Es curioso —repetía Monsieur Chabre—, no pesco nada.» Como no se atrevía a aventurarse en los huecos de las rocas, incomodado además por sus grandes botas llenas ya de agua, lanzaba su redecilla en la arena y tan sólo atrapaba cangrejos; cinco, ocho, hasta diez cangrejos de golpe. Pero le daban un miedo terrible, así que luchaba con ellos para expulsarlos de su red. De vez en cuando, se giraba y observaba con ansiedad si el mar seguía bajando. «¿Está usted seguro de que baja?», preguntaba a Hector. Éste se limitaba a asentir con la cabeza.

Hector pescaba como un airoso mozo que conocía los mejores sitios. A cada vez, sacaba puñados de camarones. Cuando lanzaba su redecilla cerca de Estelle, metía el producto de su pesca en la cesta de la muchacha. Ella se reía, guiñaba un ojo hacia el lado donde se hallaba su marido y se llevaba el índice a los labios. Estaba deliciosa, inclinada sobre el largo palo de la red o bien metiendo casi su rubia cabeza en la misma, iluminada por la curiosidad de ver qué había atrapado. Cuando soplabla la brisa, el agua que goteaba de la red salía volando como lluvia, cubriendo a Estelle de rocío mientras su blusa también volaba y se ceñía a su cuerpo, dibujando la elegancia de su fina silueta.

Llevaban ya casi dos horas pescando cuando Estelle se paró para respirar un poco, jadeante, con sus mechones felinos empapados de sudor. A su alrededor, el desierto seguía siendo inmenso, de una paz soberana; tan sólo el mar se estremecía, con un creciente frufrú rumoroso. El cielo, incendiado por el sol de las cuatro, mostraba un azul pálido, casi gris. Pero a pesar de ese tono descolorido de pura brasa, no hacía calor pues el agua exhalaba un frescor que barría y lavaba la cruda claridad. Lo que más entretenía a Estelle era ver en el horizonte y en todas las rocas una miríada de puntos negros que se destacaban claramente. Eran, como ellos, pescadores de camarones, con una silueta de una finura increíble, pequeños como hormigas, ridículas miniaturas en la inmensidad, pero cuyos más mínimos perfiles podían distinguirse claramente, como la línea curvada de la espalda cuando lanzaban sus redes o los brazos tendidos y gesticulantes, parecidos a febriles patas de moscas, cuando trillaban su pesca, luchando contra las algas y los cangrejos.

—¡Le aseguro que está subiendo! —gritó Monsieur Chabre con angustia

—. ¡Mire!, ¡esa roca antes estaba descubierta!

—Claro que sube —acabó respondiendo Hector con impaciencia—. Y es precisamente cuando sube cuando se pueden pescar más camarones.

Pero Monsieur Chabre ya estaba al borde de un ataque de nervios. La última vez que había lanzado la redecilla, había sacado un pez muy extraño, un diablo de mar, que le había pegado un buen susto, con su monstruosa cabeza. Estaba hartó.

—¡Vayámonos! ¡Vayámonos! —repetía—. Es de tontos hacer imprudencias.

—¡Pero si es que se pesca mejor cuando el mar sube! —respondía su esposa.

—¡Y vaya si sube! —añadió Hector a media voz, con cierta maldad.

En efecto, las olas crecían, devorando las rocas de forma cada vez más clamorosa. Un oleaje violento invadía de golpe toda una lengua de tierra. Era un mar conquistador, que recuperaba pulgada a pulgada los dominios que llevaba siglos barriendo con sus corrientes. Estelle había descubierto un charco cubierto de largas algas, flexibles como melenas, donde estaba cogiendo unos camarones enormes, abriendo una zanja entre la vegetación, dejando tras de sí el surco de un segador. Se debatía, no quería salir de ahí.

—¡Pues peor para ti!, ¡yo me voy! —exclamó Monsieur Chabre, con la voz cargada de lágrimas—. Esto no tiene sentido, vamos a morir todos.

Partió el primero, sondeando desesperadamente la profundidad de los agujeros con el palo de su red. Cuando ya se hallaba a doscientos o trescientos metros, Hector por fin logró que Estelle se decidiera a seguirlo. «El agua nos va a llegar hasta los hombros —dijo, sonriente—. Un auténtico baño para Monsieur Chabre... ¡Mire cómo se hunde ya!»

Desde el comienzo de la expedición, el muchacho mostraba el comportamiento ambiguo y preocupado de un enamorado que se ha jurado declararse pero que no logra reunir el valor para hacerlo. Cuando metía sus camarones en la cesta de Estelle, intentaba rozar sus dedos. Pero, evidentemente, estaba furioso consigo mismo por su cobardía. Así que, si Monsieur Chabre se ahogaba, tampoco pasaba nada; por primera vez, se dio cuenta de que le resultaba molesto.

«¿Sabe? —le dijo a Estelle, de repente—. Debería usted montarse a mi espalda, yo la llevaré... Sino, va usted a acabar calada hasta los huesos... ¿Qué le parece? ¡Suba pues!» Y tendió el cuello hacia ella. Pero Estelle rechazó la propuesta, incomodada y ruborizándose. Pero él la atrajo hacia sí, afirmando que era responsable de su salud. Así que montó, posando ambas

manos sobre los hombros del mozo. Éste, sólido como una roca, enderezó la espalda como si llevara un pajarillo en su cuello. Le dijo que se sujetara bien y se puso a avanzar a zancadas en el agua.

—¿Por la derecha, no?, Monsieur Hector... —gritaba la voz suplicante de Monsieur Chabre, que ya tenía el agua a la altura de los riñones.

—Sí, a la derecha; siempre a la derecha.

Como el marido les daba la espalda, temblando de miedo al sentir el agua subiéndole hasta las axilas, Hector se arriesgó y besó una de las manitas que tenía en un hombro. Estelle quiso retirar las manos, pero él le dijo que no se moviera o que no respondía de ella. Así que siguió cubriendo sus manos de besos. Estaban frescas y saladas, bebía en ellas la amarga voluptuosidad marina.

«Se lo ruego, pare —repetía Estelle, afectando indignación—. Está usted abusando... Si vuelve a hacerlo, me tiro al agua.» Pero él volvía a hacerlo y ella no se tiraba al agua. La tenía sólidamente cogida por los tobillos, mientras devoraba sus manos sin decir ni una palabra, simplemente acechando lo que aún sobresalía del agua de Monsieur Chabre, un lamentable resto de espalda que amenazaba con hundirse a cada paso.

—¿A la derecha, dice usted? —imploraba el desdichado.

—¡No, mejor a la izquierda!

Monsieur Chabre dio un paso en la nueva dirección y lanzó un grito. Acababa de hundirse hasta el cuello, su corbata se ahogaba. Mientras Hector, a sus anchas, soltaba su declaración.

—La amo, madame...

—Cállese usted, monsieur, no se lo permito.

—La amo, la adoro... Hasta ahora, el respeto me había sellado la boca...

No la miraba, seguía dando sus grandes zancadas, con el agua hasta el pecho. Estelle no pudo reprimir una carcajada; la situación era muy graciosa. «Venga, cállese» insistió, con tono maternal, dándole una palmada en el hombro. «Sea usted bueno y sobre todo, ¡no me deje caer!»

La palmada llenó a Hector de satisfacción: era un sí. Y como el esposo estaba a punto de naufragar, el muchacho le gritó alegremente: «¡Ahora, siga recto!».

Cuando por fin llegaron a la playa, Monsieur Chabre, avergonzado, quiso dar una explicación.

—A punto he estado de perecer, ¡palabra! —tartamudeaba—. Ha sido por

culpa de las botas...

Pero Estelle abrió su cesta, que estaba repleta de camarones, y se los mostró.

—¿Cómo? ¡Has pescado todo eso! —exclamó estupefacto—. ¡Eres toda una pescadora!

—¡Oh! —respondió ella, sonriendo y mirando a Hector—. Monsieur me ha enseñado bien.

V

A los Chabre tan sólo les quedaba dos días de estancia en Piriac. Hector parecía consternado, furioso y humillado a la vez. En cuanto a Monsieur Chabre, ponía a prueba su salud cada mañana y se quedaba perplejo.

«No podéis ir sin haber visto antes las rocas de Castelli —dijo Hector una tarde—. Podríamos organizar una excursión para mañana.» Y dio muchas explicaciones. Las rocas estaban a tan sólo un kilómetro. Se extendían paralelas al mar a lo largo de media legua y estaban ahuecadas y derruidas por las olas. Escuchando su relato, parecía que no hubiera nada más salvaje que esos parajes.

—¡Vale! Pues vamos mañana —terminó diciendo Estelle—. ¿La ruta es complicada?

—No, hay dos o tres pasos en los que hay que mojarse los pies, eso es todo.

Pero Monsieur Chabre ya no quería mojarse ni la planta de los mismos. Desde su baño durante la pesca del camarón, guardaba rencor al mar, por lo que se mostró muy hostil a ese proyecto de excursión. Era ridículo arriesgarse de esa manera; él, para empezar, no tenía intención alguna de bajar a esas rocas, pues no le apetecía romperse una pierna saltando como una cabra. En todo caso, si era absolutamente necesario, los acompañaría desde lo alto del acantilado, ¡y ya era hacer una gran concesión!

Hector, para calmarlo, tuvo una súbita inspiración.

—Escuche —le dijo—, su paseo pasa por delante del semáforo marítimo de Castelli. ¡Pues bien, puede usted comprar caracolas a los hombres del telégrafo! Tienen siempre de las mejores y las venden por casi nada.

—¡Buena idea! —asintió el comerciante retirado, de nuevo de buen humor—. Compraré una cesta pequeña y me volveré a atiborrar de caracolas...

Y se giró hacia su esposa, con pose bravucona.

—¿Qué te parece? ¡Tal vez sea la buena!

Al día siguiente, tenían que esperar a que bajara la marea para ponerse en marcha. Pero como Estelle aún no estaba preparada, se retrasaron más y no salieron hasta las cinco de la tarde. A pesar de lo cual, Hector afirmaba que les daba tiempo a hacerlo antes de que la marea volviera a subir. La muchacha iba con los pies desnudos dentro de unas botas de dril. Llevaba un atrevido vestido corto de tela gris, que se recogía descubriendo sus finos tobillos. En cuanto a Monsieur Chabre, vestía unos impecables pantalones blancos y un gabán de alpaca. Llevaba también su sombrilla y una pequeña cesta, con el aire decidido de un burgués parisino que sale de compras.

La ruta hasta las primeras rocas fue bastante fatigosa. Caminaban por una playa de arena movediza en la cual los pies se hundían. Monsieur Chabre resoplaba como un buey.

—¡Bueno! Pues yo os dejo. Subo ahí arriba —dijo por fin.

—Eso, que si no, en breve, ya no podrá usted subir al acantilado —respondió Hector—. Siga usted ese camino... ¿Quiere que lo ayudemos?

Y lo vieron subir hasta la cima del acantilado. Una vez ahí, abrió su sombrilla y agitó su cesta gritando: «¡Ya estoy! ¡Aquí se está mejor!... ¡Sin imprudencias!, ¿vale? Os iré vigilando».

Hector y Estelle se metieron por las rocas. El mozo, calzado con botas altas, iba el primero, saltando de roca en roca con la gracia, potencia y habilidad de un cazador de montaña. Estelle, muy osada, escogía las mismas rocas para saltar. Cuando él se giraba para preguntar: «¿Quiere usted que le dé la mano?», ella respondía: «¡Pues claro que no! ¡Acaso me toma usted por una abuela!».

Iban caminando por una enorme explanada de granito desgastado por el mar, que había cavado en ella profundos surcos. Parecían las aristas de algún monstruo atravesando la arena, asomando a ras de suelo la carcasa de sus vértebras dislocadas. Había hilos de agua vertiéndose en sus huecos y algas negras colgando como cabelleras. Ambos seguían pegando saltos, manteniéndose a veces en equilibrio, estallando de risa cuando rodaba alguna piedra.

—¡Se está como en casa! —repetía alegremente Estelle—. ¡Me llevaría al salón de la mía, alguna de estas rocas!

—Pues espere, espere —decía Hector—. ¡Lo que viene ahora!

Llegaron a un pasillo estrecho, donde la roca abría sus fauces en una especie de fisura entre dos enormes bloques. Ahí mismo se había formado un

charco en una cubeta, un pozo de agua que se interponía en el camino. «¡Yo por ahí no paso!» exclamó la muchacha. Hector se ofreció a llevarla a su espalda, pero ella se negó meneando enérgicamente la cabeza: no quería repetir esa situación. Entonces, él se puso a buscar grandes piedras, intentando improvisar un puente. Pero las piedras resbalaban y caían al fondo del agujero. «Deme la mano, voy a saltar», acabó diciendo ella con impaciencia. Pero su salto se quedó corto y metió uno de sus pies en el charco. Esto les hizo reír. Según salieron del pasillo, Estelle no pudo reprimir una exclamación de admiración.

Se abría una cala colmada por una avalancha de rocas gigantescas. Había bloques enormes de pie, como centinelas en avanzadilla a lomos del oleaje. Los temporales habían devorado la tierra desnudando las paredes de granito del acantilado. Se veían bahías cavadas entre promontorios, bruscos zigzags que desembocaban en salas interiores, bancos de mármol negruzco tumbados en la arena, como grandes peces varados. Parecía una ciudad ciclópea asaltada y arrasada por el mar, con murallas derrumbadas, torres medio demolidas, edificios caídos unos sobre otros. Hector invitó a la muchacha a visitar hasta el más recóndito recodo de esta ruina de las tempestades. Caminaban por arenas finas y doradas como oro en polvo, sobre guijarros cuyas láminas de mica resplandecían al sol, sobre rocas desprendidas que a veces obligaban a ayudarse de las dos manos para no rodar por algún agujero. Pasaban bajo pórticos naturales, bajo arcos triunfales que imitaban las sólidas cimbras del románico y las esbeltas ojivas del gótico. Bajaban por huecos llenos de frescor, al fondo de desiertos de diez metros cuadrados. Estelle se entretenía mirando cardos azulados, plantas carnosas de un verde oscuro que moteaban las murallas grises de los acantilados, interesándose por las amables aves marinas, pequeños pájaros marrones que volaban al alcance de la mano, lanzando leves píos cadenciosos y continuos. Y lo que más le maravillaba era girarse de repente en medio de las rocas y encontrar siempre el mar, cuya línea azul reaparecía y se desplegaba siempre entre cada bloque, con su tranquila grandeza.

«¡Ah! ¡Aquí estáis! —gritó Monsieur Chabre desde lo alto del acantilado—. Estaba preocupado, os había perdido de vista... ¡Son horripilantes, todos estos abismos!» Él se mantenía prudentemente a seis pies del borde, resguardado bajo su sombrilla y con la cesta en el brazo.

—¡Tened cuidado! —añadió—. ¡Que el mar está subiendo bien rápido!

—Tenemos tiempo, no se preocupe —respondió Hector.

Estelle, que se había sentado, permanecía muda ante la inmensidad del horizonte. Frente a ella se alzaban tres pilares de granito pulidos por el oleaje, como columnas gigantes de un templo destruido. Detrás se extendía el océano

bañado por la luz dorada de las seis, en un azul majestuoso recamado de oro. Entre dos columnas se veía una vela pequeña y muy lejana, una mota de un blanco resplandeciente, como el ala de una gaviota volando a ras de agua. Del cielo pálido se derramaba la serenidad del inminente crepúsculo. Estelle nunca se había sentido penetrada por una voluptuosidad tan vasta y tan dulce.

«Venga conmigo...», dijo suavemente Hector, rozándola con una mano.

Ella se estremeció y se levantó, dejándose llevar por la languidez y un gran abandono.

«Eso es el semáforo, ¿no?, esa casita con un mástil —gritó Monsieur Chabre—. Voy a por caracolas. Ahora os cojo.»

Entonces Estelle, para sacudirse la pereza que la había invadido, se puso a correr como una niña. Saltaba sobre los charcos, se asomaba al mar, se encaprichó en subir hasta la cima de un montón de rocas que, durante la marea alta, debía de formar una isla. Cuando, tras una ascensión laboriosa entre grietas, llegó hasta arriba, se alzó sobre la piedra más alta y se sintió feliz de poder dominar esa costa trágicamente devastada. Su fino perfil se recortaba en el aire puro, su falda flameaba al viento como una bandera.

Según descendía, se iba asomando a todos los agujeros que veía. En las cavidades más mínimas se formaban pequeños lagos tranquilos, adormecidos, aguas perfectamente cristalinas, cuyos claros espejos reflejaban el cielo. En su fondo, unas algas de color esmeralda formaban románticos bosques. Solitarios cangrejos negros y gordos saltaban como si fueran sapos y desaparecían sin turbar siquiera el agua. La muchacha se sumió en ensoñaciones, como si hubiera penetrado con su mirada en mundos misteriosos, en vastas regiones desconocidas y felices.

Cuando llegaron al pie del acantilado, se dio cuenta que su compañero había llenado su pañuelo de lapas. «Es para Monsieur Chabre —dijo—. Voy a llevárselas.» Precisamente, el marido llegaba, con aire desolado. «En el semáforo no tienen ni un mísero mejillón —exclamó—. Ya sabía yo que no valía la pena venir...» Pero cuando el mozo le mostró las lapas desde la distancia, se calmó. La agilidad con la que trepó por una roca que parecía tan lisa como un muro, siguiendo una vía tan sólo conocida por él, dejó a Monsieur Chabre estupefacto. El descenso fue aún más audaz. «Nada —dijo Hector—, es como una escalera; lo único, que hay que saber dónde están los peldaños.»

Monsieur Chabre pretendía que regresaran ya, pues el mar estaba cada vez más amenazador. Suplicaba a su esposa que por lo menos subiera y buscara un caminito más cómodo. Pero Hector se reía diciendo que ya no había «caminitos para damiselas», que ya no quedaba otra que llegar hasta el final.

Además, todavía no habían visto las grutas. Finalmente, Monsieur Chabre se vio obligado a seguir caminando por la cresta del acantilado. Como el sol ya se estaba poniendo, cerró su sombrilla y comenzó a usarla a modo de bastón. En la otra mano llevaba el paño lleno de lapas.

—¿Está usted fatigada? —preguntó dulcemente Hector.

—Sí, un poco —respondió Estelle.

Y aceptó el brazo que le ofrecía. En realidad, no estaba cansada, pero se dejaba invadir cada vez más por un abandono delicioso. La emoción sentida al ver al muchacho suspendido de las rocas la había dejado estremecida por dentro. Caminaban suavemente sobre una gravilla hecha de restos de caracolas que gritaba bajo sus pisadas como en las avenidas de los parques; se habían quedado mudos. Él le mostró dos enormes fisuras: el Trou du Moine Fou y la Grotte du Chat. Ella entró, alzó la mirada y sintió un pequeño escalofrío. Cuando retomaron su marcha, siguiendo una bella arena fina, se miraron todavía sin hablar pero sonrientes. El mar iba subiendo mediante pequeñas olas rumorosas que ellos no escuchaban. Monsieur Chabre, sobre ellos, se puso a gritar pero tampoco lo oían.

—¡Pero esto es una locura! —repetía el comerciante retirado agitando su sombrilla y su paño de lapas—. ¡Estelle!... ¡Monsieur Hector!... ¿No me oís, o qué? ¡El mar os va a alcanzar! ¡El agua os llega ya a los pies!

Pero ellos no sentían el frescor de las suaves olas.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —murmuró finalmente la muchacha.

—¡Ah! ¡Es usted, Monsieur Chabre! —dijo Hector—. No pasa nada, no tenga usted miedo... Tan sólo nos queda por ver la Grotte à Madame.

—¡Es una locura! ¡Os vais a ahogar! —añadió Monsieur Chabre, con un gesto de desesperación.

Pero ya no lo escuchaban. Para escapar a la marea creciente, avanzaron por las rocas y por fin llegaron a la Grotte à Madame. Era una cueva cavada en un bloque de granito que formaba un promontorio. La bóveda, muy elevada, se redondeaba en una amplia cúpula. Las tempestades habían dado a sus muros un pulido y un brillo de ágata. La masa sombría de la roca estaba surcada de venas rosas y azules que dibujaban arabescos de un estilo soberbio y bárbaro, como si unos artistas salvajes hubieran decorado esta sala de baño para las reinas del mar. La gravilla del suelo, aún húmeda, relucía en su transparencia como un lecho de piedras preciosas. Al fondo había un banco de arena, suave y seco, de un amarillo pálido, casi blanco.

Estelle se sentó en el banco y examinó la gruta. «¡Se podría vivir aquí!», murmuró. Pero Hector, que desde hacía un instante parecía acechar al mar,

simuló de repente consternación: «¡Ay, vaya por Dios! ¡Estamos atrapados! El oleaje ya nos ha cortado el camino... No nos queda más remedio que quedarnos aquí dos horas esperando».

Salió y buscó a Monsieur Chabre oteando con la cabeza. Estaba sobre el acantilado, justo encima de la gruta. Cuando el muchacho le anunció que estaban atrapados, él gritó con tono triunfal:

—¡Qué os dije! Pero como nunca queréis escucharme... ¿Hay algún peligro?

—Ninguno —respondió Hector—. El mar tan sólo penetra en la gruta unos cinco o seis metros. Lo único que no podremos salir de ella antes de un par de horas, pero no se preocupe usted.

Monsieur Chabre se enfadó. ¿Entonces, no iban a cenar? ¡Pues él ya tenía hambre! ¡Valiente excursión, también! Se sentó refunfuñando en la hierba, colocó su sombrilla a la derecha y su paño de lapas a la izquierda. «Pues a esperar, ¡qué remedio! —exclamó—. Vuelva usted con mi esposa e intente que no coja frío.»

En la gruta, Hector fue a sentarse junto a Estelle. Tras un silencio, se atrevió a cogerle una mano que ella no retiró, mientras seguía mirando a lo lejos. En el horizonte, el cielo estaba adquiriendo tonos delicados, de un violeta suave, mientras el mar se extendía ensombreciéndose paulatinamente, sin una sola vela a la vista. El agua iba entrando poco a poco en la gruta, haciendo rodar con un ruido tierno las piedritas translúcidas. Traía consigo la voluptuosidad de alta mar, una voz como una caricia, un aroma excitante, cargado de deseos.

«Estelle, la amo», repetía Hector, cubriéndole la mano de besos.

Ella no contestaba, como a quien le falta el aliento, como si flotara sobre el mar ascendente. Medio recostada sobre la arena fina, parecía una ninfa marina, sorprendida e indefensa.

Y, de repente, les llegó la voz de Monsieur Chabre, leve, lejana. «¿No tenéis hambre? ¡Yo no aguanto más!... Afortunadamente, llevo mi navaja. Me voy a tomar un anticipo; ya sabéis, me voy a comer las lapas.»

«Estelle, la amo», seguía repitiendo Hector, con ella ya totalmente rendida en sus brazos.

La noche era oscura, tan sólo el mar blanquecino iluminaba el cielo. En la entrada de la gruta el agua gemía y, bajo la bóveda, se apagaban los últimos restos del día. Las olas vivas exhalaban un aroma de fecundidad. Estelle dejó caer suavemente su cabeza sobre el hombro de Hector. La brisa nocturna se llevó sus suspiros.

Arriba, al claro estrellado, Monsieur Chabre engullía sus caracolas, metódicamente. Comió hasta la indigestión, sin pan, tragándolo todo.

VI

Nueve meses después de su regreso a París, la hermosa Madame Chabre daba a luz a un niño. Monsieur Chabre, encantado, se llevó aparte al doctor Guiraud y le repitió con orgullo: «¡Ha sido gracias a las lapas, pondría mi mano en el fuego!... Sí, todo un paño de lapas que comí una noche, ¡oh!, en circunstancias bastante curiosas... Poco importa, doctor, ¡el caso es que jamás hubiera imaginado que las caracolas tuvieran tamaña virtud!».

EL ARTE DE MORIR

I

El conde de Verteuil tiene cincuenta y cinco años. Pertenece a una de las familias más ilustres de Francia y posee una gran fortuna. Mal avenido con el gobierno, siempre ha buscado todo tipo de ocupaciones, aportando artículos a revistas científicas, lo que le ha valido una plaza en la Academia de las ciencias morales y políticas, se ha dedicado a los negocios, apasionándose sucesivamente por la agricultura, la ganadería y las bellas artes. Incluso, durante un corto periodo de tiempo, ha sido diputado, distinguiéndose por su oposición recalcitrante al gobierno.

La condesa Mathilde de Verteuil tiene cuarenta y cinco años. Aún se la cita como la rubia más adorable de París. La edad parece haber blanqueado su piel. Siempre fue un tanto delgada; ahora, al madurar, sus hombros han adquirido la redondez de una fruta sedosa. Nunca ha sido tan hermosa como ahora. Cuando aparece en un salón, con sus cabellos dorados derramándose por el satén de su pecho, parece que se produce el amanecer de un astro; las muchachas de veinte años la envidian.

La vida en pareja del conde y de la condesa es uno de esos asuntos de los que no se habla. Se casaron como se casan a menudo en su mundo. Incluso se asegura que durante seis años vivieron muy bien juntos. En esa época tuvieron un hijo, Roger, que ahora es teniente, y una hija, Blanche, a la que han casado

el año pasado con Monsieur de Bussac, relator. Siguen conviviendo por sus hijos. Aunque hace años que se han separado, han quedado como buenos amigos, aunque en el fondo siempre movidos por el egoísmo. Se consultan las decisiones; en público, siempre se presentan como la pareja perfecta; pero luego cada uno se encierra en su habitación, donde reciben a sus amigos íntimos a su libre albedrío.

Sin embargo, una noche, Mathilde regresa de un baile hacia las dos de la mañana. Su dama de compañía la desviste y cuando se va a retirar le dice: «Esta noche, Monsieur el Conde se encuentra un poco indispuerto».

La condesa, medio dormida ya, gira perezosamente la cabeza. «Ah», murmura. Se tumba y añade: «Despiértame mañana a las diez; espero a la modista».

Al día siguiente, durante el desayuno, como el conde no hace acto de presencia, la condesa primero pide nuevas de él y luego se decide a subir a verlo. Lo halla en la cama, muy pálido pero guardando la compostura. Ya han venido tres médicos, han charlado en voz baja y han dejado instrucciones; volverán por la tarde. Es atendido por dos criados que no paran quietos, manteniendo el gesto grave y mudo, amortiguando el ruido de sus pisadas en las alfombras. La enorme habitación dormita con fría severidad; no hay ni un trapo fuera de su sitio, ni un mueble descolocado. Es la enfermedad decorosa e impecable, ceremoniosa, que espera visitas.

—¿Sufrís pues, amigo mío? —pregunta la condesa según entra.

El conde se esfuerza en sonreír.

—¡Oh! Estoy un tanto fatigado —responde—. Tan sólo necesito un poco de reposo... Os agradezco la visita.

Pasan dos días. La habitación conserva su dignidad; cada cosa está en su lugar, las pociones van desapareciendo sin dejar ni una mancha. Los rostros bien rasurados de los criados no se permiten ni siquiera un gesto de aburrimiento. Sin embargo, el conde sabe que está en peligro de muerte; ha exigido a los médicos que le digan la verdad y se ha puesto en sus manos, sin un pero. La mayor parte del tiempo lo pasa con los ojos cerrados, o bien con la mirada fija ante él, como si reflexionara sobre su soledad.

En el mundo exterior, la condesa cuenta que su marido está sufriendo. No ha alterado un ápice de su rutina cotidiana, come, duerme y se pasea a sus horas. Una vez por la mañana y otra por la noche, acude en persona para saber cómo se encuentra.

—¿Qué tal? ¿Os sentís mejor, amigo mío?

—Claro, mucho mejor; os lo agradezco, mi querida Mathilde.

—Si lo deseáis, me quedo a vuestro lado.

—No, no es necesario. Julien y François se bastan... ¿Para qué fatigaros?

Se entienden bien entre ellos; han vivido separados e insisten en morir separados. El conde experimenta ese placer amargo del egoísta que prefiere abandonar el mundo solo, evitándose embarazosas comedias de dolor. Abrevia lo más posible, por su bien y el de la condesa, el fastidioso tête-à-tête supremo. Su última voluntad consiste en desaparecer sin perder la compostura, como hombre de mundo que no quiere molestar ni incomodar a nadie.

Sin embargo, una noche siente que ya no le queda más que un soplo, sabe que no va a ver amanecer. Cuando la condesa sube a hacer su visita rutinaria, le dice, forzando una última sonrisa: «No os vayáis... No me siento bien».

Quiere salvaguardarla de las malas lenguas; ella, por su parte, estaba esperando una señal al respecto, así que se instala en la habitación. Los médicos también se quedan junto al agonizante. Los dos criados prosiguen su servicio con la misma premura silenciosa. Se ha hecho llamar a los hijos, Roger y Blanche, que ya están cerca de la cama, al lado de su madre. Hay otros parientes instalados en una habitación cercana. La noche transcurre así, en una espera grave. Por la mañana vienen a darle los últimos sacramentos y el conde comulga ante todo el mundo, como para dar su último apoyo público a la religión. Una vez terminada la ceremonia, ya puede morir.

Pero no parece tener prisa, incluso recupera fuerzas con el fin de evitar convulsiones y otras escenas escandalosas. Su respiración, en la amplia y severa habitación, parece el desajustado ruido de un reloj trastornado. Desde luego, es la muerte de un hombre de esmerado decoro. Una vez que ha abrazado a su mujer y a sus hijos, los aparta con un gesto, se gira hacia la pared y muere solo.

Entonces, uno de los médicos se inclina sobre él, le cierra los ojos y dice, a media voz: «Ya está».

En medio del silencio, comienzan a elevarse suspiros y lágrimas. La condesa, Roger y Blanche se han arrodillado y lloran entre sus manos juntas; no se puede ver su rostro. Al poco, los dos hijos se llevan a su madre quien, llegada al umbral de la puerta, marca su desesperación bamboleándose en un último sollozo. Desde ese momento, el muerto pasa a manos de las pompas fúnebres.

Los médicos parten, cabizbajos y con aire de vaga desolación. Se pide a la parroquia que envíe a un cura para velar el cuerpo. Los dos criados se quedan con el cura, sentados en sus sillas, rígidos y dignos; se acerca el esperado final de su servicio. Uno de ellos se percata de una cuchara olvidada sobre un mueble; se levanta y la guarda con viveza en su bolsillo, para que la habitación

recupere su orden impecable.

Llegan ruidos de martillazos procedentes de abajo, del gran salón: se trata de los tapiceros que están preparándolo para convertirlo en capilla ardiente. El embalsamamiento ocupa todo el día; se cierra la puerta y dejan a solas al embalsamador con sus ayudantes. Cuando al día siguiente bajan al conde engalanado, para exponerlo; presenta una frescura juvenil.

Desde las nueve de esta mañana de exequias, la casa se llena de murmullos. El hijo y el yerno del difunto reciben al tropel de visitantes en un salón de la primera planta; se inclinan y muestran una cortesía discreta de personas afligidas. Todas las fuerzas vivas están presentes: la nobleza, el ejército, la magistratura; hay incluso senadores y miembros del Institut.

A las diez por fin el cortejo se pone en marcha hacia la iglesia. El coche fúnebre es de primera, empenachado con plumas, ornado de telas con franjas plateadas. Un mariscal, un duque viejo amigo del difunto, un antiguo ministro y un académico llevan las cintas del féretro. Roger de Verteuil y Monsieur de Bussac encabezan el cortejo, seguidos de una tropa de gente enguantada y en corbata de negro, todos personajes importantes que resoplan entre la polvareda y avanzan con el trote de un rebaño en desbandada.

Todo el barrio tomado por el desfile se agolpa en las ventanas; numerosas personas forman vallas humanas en las aceras, se descubren y miran pasar, meneando la cabeza, el coche fúnebre triunfal. La circulación queda interrumpida por una fila interminable de coches fúnebres, casi todos vacíos; los ómnibus y coches simón se aglomeran en los cruces; se pueden oír los juramentos de los cocheros y los restallidos de los látigos. Mientras tanto, la condesa de Verteuil se ha quedado en su casa, encerrada en su habitación; ha dejado dicho que está rota por las lágrimas. Repantigada en una tumbona, se entretiene jugueteando con la hebilla de su cinturón, contemplando el techo, relajada y soñadora.

En la iglesia, la ceremonia dura cerca de dos horas. Todo el clero está en zafarrancho; desde primera hora de la mañana, sólo se ven curas atareados corriendo en sobrepelliz, lanzando órdenes, enjugándose la frente y sonándose la nariz con estruendo. En medio de la nave cubierta de negro flambea un catafalco. Por fin, el cortejo se ha ordenado, las mujeres a la izquierda y los hombres a la derecha; el órgano lanza sus lamentos, los chantres gimen sordamente y los niños del coro cantan con agudos sollozos; de los tederos se elevan altas llamas verdes que tiñen con su fúnebre palidez la pompa de la ceremonia.

—¿No iba a cantar Faure? —pregunta un diputado a su vecino.

—Creo que sí —responde éste, un antiguo prefecto, gran galán que lanza

de lejos sonrisas a las mujeres.

Y cuando por fin un chorro de voz se eleva de la nave estremecida, comenta a media voz, balanceando la cabeza con regocijo: «¡Escuche! ¡Qué método!, ¡qué potencia!».

El cantor ha seducido a todos los asistentes. Las damas, con una difusa sonrisa en los labios, recuerdan sus soirées en la ópera. ¡Este Faure tiene realmente talento! Un amigo del difunto llega a decir: «¡Nunca ha cantado tan bien!... ¡Es una pena que el pobre de Verteuil no pueda escucharlo, con lo que le gustaba!».

Los chantres, con sus capas negras, se pasean alrededor del catafalco. Una veintena de sacerdotes complican la ceremonia, saludan, repiten frases en latín, agitan hisopos. Finalmente, los propios asistentes desfilan ante el féretro, los hisopos pasan de mano en mano. Todo el mundo va saliendo, tras dar la mano a la familia. Una vez fuera, un día luminoso ciega al público.

Es una espléndida mañana de junio. Ligeras briznas revolotean por el aire cálido. En la plazuela delante de la iglesia se producen avalanchas y empujones. El cortejo se toma su tiempo para reorganizarse. Hay quienes aprovechan la confusión para esfumarse. La zona sigue atestada de vehículos cuando, a doscientos metros, al final de una calle, se ve un balanceo de plumas del coche fúnebre avanzando y desapareciendo. De repente, se oyen portazos y el brusco trote de los caballos en los adoquines. Los cocheros logran ponerse en fila y el cortejo se dirige hacia el cementerio.

En los carricoches, la gente se acomoda; se diría un tranquilo paseo hacia el Bois atravesando un París primaveral. Como han perdido de vista el coche fúnebre, olvidan rápidamente el entierro y surgen las conversaciones, las damas hablan del verano, los caballeros de sus negocios.

—Entonces, querida, ¿os vais de nuevo a Dieppe este verano?

—Sí, supongo. Pero en todo caso, no hasta agosto... El sábado partimos a nuestras propiedades en el Loira.

—Entonces, amigo mío, descubrió una carta y se batieron en duelo. ¡Oh!, sin demasiada violencia, algún que otro rasguño... Si esa misma tarde cené con él en el club. Incluso me ganó veinticinco luis.

—La reunión de los accionistas es pasado mañana, ¿no? Quieren nombrarme miembro del comité, pero estoy tan ocupado... no sé si aceptaré.

El cortejo lleva un tiempo siguiendo una avenida. Una fresca sombra se derrama de los árboles y una luz gozosa canturrea en la verdura. De repente, una dama atolondrada se asoma por la portezuela y se le escapa: «¡Vaya! ¡Esto es encantador!».

El cortejo acaba de entrar precisamente en el cementerio de Montparnasse. Las voces se acallan, ya no se oye más que el chirrido de las ruedas en la arena de la avenida. Hay que seguirla hasta el final, pues el panteón de los Verteuil se halla al fondo a la izquierda. Se trata de una gran tumba de mármol blanco, con una especie de capilla adornada con innumerables esculturas. Posan el féretro ante la puerta de la capilla y comienzan los discursos.

Hay cuatro. El antiguo ministro retrata la vida política del difunto, que presenta como un genio humilde, que hubiera salvado a Francia si no hubiera desdeñado tanto las intrigas palaciegas. A continuación, un amigo habla de las virtudes privadas de aquel que hoy todo el mundo llora. Tras lo cual, un desconocido toma la palabra como delegado de una sociedad industrial de la que el conde de Verteuil era presidente honorífico. Finalmente, un hombrecillo de aspecto gris expresa la pérdida que supone para la Academia de ciencias morales y políticas.

Mientras tanto, los asistentes curiosocean por las tumbas vecinas y leen las inscripciones en las lápidas de mármol. Los que tienden el oído captan tan sólo palabras sueltas. Un viejecillo de labios afilados, tras escuchar: «... las cualidades del corazón, la generosidad y la bondad de las personas de carácter...», alza el mentón y murmura: «Claro, claro. Si yo lo conocía bien. ¡Era un perro!».

El viento se lleva las palabras del último adiós. Una vez que los sacerdotes bendicen el cuerpo, la gente se retira y tan sólo se quedan, en una esquina apartada, los enterradores bajando el féretro. Las cuerdas rozan sordamente, el ataúd de roble cruje. Monsieur el conde de Verteuil ya está en casa.

La condesa no se ha movido de su tumbona. Sigue jugueteando con su cinturón, con la mirada en el techo, perdida en ensueños que, poco a poco, provocan un rubor en sus mejillas de deliciosa rubia.

II

Madame Guérard es viuda. Su marido, que falleció hace ocho años, era magistrado. Pertenece a la alta burguesía y posee una fortuna de dos millones. Tiene tres hijos que, a la muerte de su padre, heredaron cada uno quinientos mil francos. Pero esos muchachos, de familia severa, fría y afectada, han crecido sin embargo como retoños salvajes, desarrollando unos apetitos e instintos que nadie sabe de dónde proceden. En pocos años se han comido sus quinientos mil francos. El mayor, Charles, es un apasionado de la mecánica y ha despilfarrado toda una fortuna en inventos locos. El mediano, Georges, se

ha dejado devorar por las mujeres. El pequeño, Maurice, ha sido robado por un amigo, con el cual proyectaba la construcción de un teatro. Hoy en día, los tres hijos están a cargo de la madre, que no tiene inconveniente en alimentarlos y alojarlos pero que prefiere, por prudencia, llevar siempre encima las llaves de los armarios.

Toda esta gente vive en un amplio piso de la calle de Turenne, en el Marais. Madame Guérard tiene sesenta y ocho años. Con la edad, se ha hecho maniática. En su casa exige una tranquilidad y una pulcritud monacales. Se ha vuelto avara; cuenta los terrones de azúcar, aprieta ella misma los tapones de las botellas abiertas, raciona a los criados el suministro de sábanas y de vajilla. Sus hijos sin duda la quieren y ella ejerce sobre ellos una autoridad absoluta, a pesar de que ya rondan la treintena y de su atolondramiento. Sin embargo, cuando se ve sola rodeada de esos tres calaveras, siente una inquietud sorda, teme que le pidan un dinero que no sabría negarles. Por ello ha tenido la precaución de invertir su fortuna en propiedades inmobiliarias: posee tres casas en París y unos terrenos por Vincennes. La gestión de estas propiedades conlleva, es cierto, auténticos quebraderos de cabeza, pero le aportan igualmente la tranquilidad de tener siempre una buena excusa para no desembolsar grandes sumas de dinero.

Charles, Georges y Maurice, de hecho, se mantienen al acecho del botín. Merodean por la casa, disputándose el trozo, reprochándose mutuamente la miseria propia. La muerte de su madre los volverá a hacer ricos; lo saben y les parece una razón de talla para permanecer agazapados, sin hacer nada. Si bien nunca hablan de ello, su constante preocupación consiste en saber cómo se realizará el reparto; si no logran ponerse de acuerdo, habrá que vender, lo que siempre es una opción ruinosa. Piensan en ello sin mala idea, simplemente porque conviene tenerlo todo previsto. Se muestran alegres, buenos hijos, de una honestidad pasable; como todo el mundo, desean que su madre viva lo que tenga que vivir. No les molesta. Se mantienen a la espera, eso es todo.

Una noche, al acabar la cena, Madame Guérard siente cierto malestar. Sus hijos la convencen para que se acueste y, cuando ya les asegura que está mejor, que se trata sólo de una fuerte migraña, la dejan con su doncella. Pero al día siguiente el estado de la anciana dama ha empeorado; el médico de la familia, preocupado, le realiza un examen. Madame Guérard está muy grave. Durante los ocho siguientes días, un drama se desarrolla en torno a la cama de la moribunda.

Su primera precaución, una vez que se ve postrada, consiste en hacerse traer todas las llaves y esconderlas bajo la almohada. Pretende seguir gobernando desde la cama, proteger sus armarios de cualquier derroche. Se debate en luchas internas, las dudas la desgarran. Se pierde en interminables cavilaciones antes de decidirse a confiar en alguien. Sus tres hijos están ahí,

ella los estudia con su mirada cansada, esperando una buena inspiración.

Un día decide confiar en Georges, le hace un gesto para que se acerque y le dice a media voz: «Toma, la llave del aparador... ve a por azúcar, vuelve a cerrarlo bien y me devuelves la llave». Pero al día siguiente ya desconfía de él; en cuanto se mueve, lo sigue con la mirada, como si temiera que se metiera en los bolsillos figuritas de la chimenea en cuanto ella se despistara.

Así que llama a Charles y le confía a su vez una llave, murmurando: «La doncella va a acompañarte. Quiero que la vigiles mientras coge unas sábanas y que cierres tú mismo el armario».

En su agonía, ése resulta ser su verdadero suplicio: no poder seguir controlando los gastos de la casa. Le vienen a la cabeza todas las locuras de sus hijos; sabe que son holgazanes, tragaldabas, descerebrados y manirrotos. Hace tiempo que ha perdido la estima por ellos, que nunca han cumplido sus expectativas, que contrarían sus hábitos de austeridad y severidad. Pero aún perviven restos de afecto que la llevan a perdonarlos. En el fondo de su mirada hay una súplica, les pide la última gracia de que esperen a que ella ya no esté ahí para vaciar los armarios y repartirse su fortuna. Presenciar tal reparto supondría una tortura para su agónica avaricia.

Sin embargo, Charles, Georges y Maurice se portan muy bien. Se han puesto de acuerdo para que uno de ellos permanezca siempre al pie del lecho de su madre. Hasta el menor de sus cuidados parece estar lleno de afecto. Pero, inevitablemente, traen consigo la despreocupación del mundo exterior, el olor a un cigarro que se han fumado, la agitación por las nuevas que corren por la ciudad. Y el egoísmo de la enferma sufre por haber dejado de serlo todo para sus hijos ahora, en su hora postrera. Según se va apagando, su desconfianza genera un malestar creciente entre ella y sus hijos. Si por ventura aún no hubieran pensado por sí mismos en la fortuna que van a heredar, el reconcomio de la madre por defenderla hasta el último suspiro aseguraba que el tema omnipresente. Les lanza miradas tan afiladas que delatan con tanta claridad sus temores, que desvían incómodos la cabeza hacia otro lado. Entonces ella piensa que están al acecho de su muerte; y realmente lo están, pues sus inquisitivas miradas mudas conducen continuamente hacia ese punto. Es pues ella la que fomenta en sus hijos la concupiscencia. Cuando sorprende a uno de ellos distraído, le dice, con el rostro lívido:

—Acércate... ¿En qué piensas?

—En nada, madre.

Pero se sobresalta y ella asiente lentamente, añadiendo:

—No os doy más que problemas, hijos míos. Venga, no os sigáis atormentando, dentro de poco ya no estaré aquí.

Entonces, ellos la rodean, jurándole que la aman y que la van a salvar. Pero ella responde que no, con gesto terco, y se sume aún más en la desconfianza. Es una agonía terrible, envenenada por el dinero.

La enfermedad dura tres semanas. La anciana ya ha pasado por cinco exámenes y han hecho venir a los médicos más célebres. La doncella ayuda a los hijos en el cuidado de madame, a pesar de lo cual el piso está algo desordenado. Ya no hay esperanza alguna, el médico anuncia que la enferma puede sucumbir en cualquier momento.

Una mañana, cuando los hijos creen que su madre duerme, entablan una conversación cerca de una ventana, pues ha surgido un imprevisto. Estamos a 15 de julio y la madre acostumbraba a encargarse personalmente del cobro de los alquileres de sus casas; están en un aprieto, pues no saben cómo cobrar ese dinero. Los conserjes ya han pedido instrucciones. En el debilitado estado en el que está ella, no osan ir a hablarle de asuntos como éste. Sin embargo, si sucediera alguna desgracia, necesitan el dinero de los alquileres para cubrir gastos personales.

—¡Vaya por Dios! —dice Charles, a media voz—. Si os parece bien, ya me encargo yo de presentarme ante los inquilinos... Comprenderán la situación y pagarán.

Pero Georges y Maurice no parecen precisamente entusiasmados por la idea. También ellos se han hecho desconfiados.

—Podemos acompañarte —propone el primero—. Los tres tenemos gastos que cubrir.

—¡Pero bueno! Si os voy a pasar el dinero... ¿No me creeréis capaz de huir con él?, ¿no?

—No, pero es mejor que vayamos los tres juntos. Será más regular.

Los tres intercambian miradas; en sus ojos lucen ya las disputas y rencores del reparto. La sucesión queda abierta y cada uno quiere asegurarse el trozo más grande. Bruscamente, Charles propone en voz alta lo que ya ronda en la cabeza de sus hermanos: «Mirad, lo mejor es que vendamos... Si ya hoy nos estamos peleando, mañana nos vamos a devorar mutuamente».

Pero un estertor les hace girar rápidamente la cabeza. La madre se ha alzado, pálida, con la mirada despavorida y el cuerpo agitado de temblores. Ha escuchado todo, tiende sus escuálidos brazos repitiendo en un tono de voz azorado: «Hijos míos... Hijos míos...».

Una convulsión vuelve a tumbarla en la cama, donde muere con la abominable idea de que sus hijos ya están robándola.

Los tres, aterrados, caen de rodillas ante el lecho. Besan las manos del

cadáver, le cierran los ojos entre sollozos. En ese momento, los recuerdos de infancia se agolpan en sus corazones y se sienten huérfanos. Pero esta horrible muerte queda grabada en lo más profundo de sus entrañas, como fuente de remordimientos y de odio.

La doncella lleva a cabo la limpieza de la muerta. Se hace traer a una monja para que vele el cuerpo. Mientras tanto, los tres hijos se dedican a los trámites; registran la defunción, encargan las esquelas y organizan la ceremonia fúnebre. Por la noche, se relevan para velar por turnos junto a la monja. En la habitación, con las cortinas echadas, la fallecida permanece tendida en mitad de la cama, con la cabeza rígida, las manos cruzadas y un crucifijo de plata en el pecho. A su lado se consume un cirio. Una brizna de boj está a remojo en el borde de un recipiente de agua bendita. La velada termina con el escalofrío del amanecer. La monja pide un vaso de leche caliente, pues no se siente a gusto.

Una hora antes del cortejo fúnebre, la escalera se llena de gente. La puerta cochera está cubierta de telas negras con franjas plateadas. Ahí es donde se expone el féretro, como en el fondo de una estrecha capilla, rodeado de cirios, cubierto de coronas y de ramos. Todo el que pasa dentro toma un hisopo de una pila de agua bendita, al pie del ataúd, y rocía el cuerpo con él. A las once, el cortejo se pone en marcha, encabezado por los hijos de la difunta. Detrás de ellos van magistrados, algunos grandes industriales, toda una burguesía grave e importante que camina midiendo los pasos y lanzando miradas oblicuas a los curiosos que están parados en las aceras. Al final del cortejo siguen doce coches fúnebres. La gente los cuenta y se habla de ellos en todo el barrio.

Los asistentes se apiadan de Charles, Georges y Maurice, trajeados, enguantados de negro, siguiendo al féretro, cabizbajos y con el rostro enrojecido por las lágrimas. La gente es unánime: entierran a su madre de forma irreprochable. El coche fúnebre es de tercera clase, se calcula que les habrá costado varios miles de francos. Un viejo notario apunta, con una leve sonrisa: «Si Madame Guérard hubiera tenido que pagar ella este entierro, se hubiera ahorrado por lo menos seis coches fúnebres».

En la iglesia, la puerta está abierta y el órgano resuena; el cura de la parroquia reparte absoluciones. Cuando los asistentes ya han pasado ante el cuerpo, se topan a la entrada de la nave con los tres hijos formando una fila, ahí situados para recibir los apretones de manos de las personas que no pueden ir hasta el cementerio. Permanecen diez minutos con el brazo tendido, apretando manos sin reconocer siquiera a las personas, mordisqueándose los labios, tragándose las lágrimas. Se sienten muy aliviados cuando por fin se vacía la iglesia y retoman su lenta marcha tras el coche fúnebre.

El panteón de los Guérard se halla en el cementerio de Père-Lachaise.

Muchas personas siguen a pie, otras suben a los coches fúnebres. El cortejo atraviesa la plaza de la Bastilla y sigue la calle de la Roquette. Algunos viandantes alzan la mirada, se descubren. Es un cortejo fastuoso que los obreros de ese barrio popular ven pasar mientras comen sus bocadillos de salchichón.

Al llegar al cementerio, el cortejo gira a la izquierda y se topa inmediatamente con el panteón: un pequeño monumento, una capilla gótica que lleva inscrito en su frontal, en letras negras «FAMILIA GUÉRARD». La puerta de hierro, abierta de par en par, deja entrever una mesa de altar con cirios encendidos. Alrededor del monumento hay otras construcciones similares alineadas y formando calles; se diría el escaparate de un vendedor de muebles, con armarios, cómodas, secreteres recién fabricados y ordenados simétricamente para su exposición. Los asistentes se distraen observando toda esta arquitectura o buscando un poco de sombra bajo los árboles de la avenida vecina. Una dama se aleja para ir a admirar un magnífico rosal, florido y fragante, que ha crecido sobre una tumba.

Mientras tanto, se baja el ataúd. Un cura pronuncia unas últimas palabras mientras los enterradores, en uniforme azul, esperan unos pasos más allá. Los tres hijos sollozan, con la mirada clavada en las fauces abiertas del panteón, donde ya se ha retirado la losa; es ahí, en esa fresca sombra, donde les tocará también a ellos venir a descansar algún día. Unos amigos se los llevan según se acercan los enterradores.

Dos días más tarde, en casa del notario de su madre, los tres discuten, con los dientes chirriantes, la mirada seca y el ánimo encendido de enemigos dispuestos a no ceder ni un céntimo. Les interesa esperar, no precipitar la venta de las propiedades. Pero se lanzan a la cara unas cuantas verdades: Charles lo devoraría todo con sus inventos; Georges debe tener alguna querida que le chupa la sangre; Maurice sin duda se ha vuelto a embarcar en alguna especulación alocada que se tragaría todo su capital. El notario intenta en vano que lleguen a un acuerdo amistoso, pero los tres se separan amenazándose con sus abogados.

La muerta resucita en ellos, con toda su avaricia y sus temores a ser robada. Cuando la muerte está envenenada de dinero, sólo produce odio. La gente se pelea sobre los ataúdes.

III

Monsieur Rousseau se casó con veinte años con una huérfana, Adèle

Lemercier, que tenía dieciocho. Recién casados, entre los dos reunían setenta francos. Comenzaron vendiendo papel de escribir y bastones de cera para sellar, bajo una puerta cochera. Después, lograron alquilar un cuchitril, un puesto pequeño como un gua, en el que permanecieron durante diez años, extendiendo poco a poco su negocio. Ahora ya poseen un comercio de papelería en la calle Clichy, que debe de valer por lo menos una cincuentena de miles de francos.

Adèle no posee una salud muy robusta. Siempre está tosiendo. La escasa ventilación de la tienda, los hábitos sedentarios de mostrador, no le sientan muy bien. Un médico al que consultan le recomienda reposo y paseos cuando haga buen tiempo. Pero ésta es una prescripción que es imposible cumplir cuando se pretende reunir unos cuartos con los que envejecer tranquilamente. Adèle dice que ya reposará y se paseará más tarde, cuando hayan vendido su negocio y se hayan retirado a provincias.

Monsieur Rousseau, por su parte, claro que se inquieta cuando ve la palidez de su mujer, las manchas rojas en sus mejillas, pero su papelería lo absorbe totalmente y no puede estar continuamente detrás de ella, cuidando de que no cometa imprudencias. Durante semanas, no encuentra un solo minuto para hablar con ella sobre su salud. Hasta que le da por pararse a escuchar su pequeña tos seca, se enfada y la obliga a coger su chal y a darse una vuelta con él por los Campos Elíseos. Pero ella suele regresar todavía más cansada, tosiendo aún más. Los pequeños quebraderos de cabeza del negocio vuelven a asaltar a Monsieur Rousseau y la enfermedad es olvidada de nuevo, hasta la siguiente crisis. Así son las cosas en el pequeño comercio: uno se va muriendo poco a poco, sin tener tiempo para cuidarse.

Un día, Monsieur Rousseau se lleva al médico a un rincón y le pregunta con franqueza si su mujer está en peligro. El médico comienza diciendo que depende de la naturaleza de cada uno, que ha visto a gente mucho más enferma recuperarse. Pero, presionado por las preguntas, acaba confesando que Madame Rousseau tiene tisis y que la enfermedad está incluso en un estado bastante avanzado. El marido empalidece al escuchar la verdad. Ama a su mujer por todo lo que han tenido que trabajar juntos para poder comer pan blanco a diario. Para él no es sólo una esposa, es también una socia, cuya laboriosidad e inteligencia aprecia. Su desaparición resultaría una tremenda pérdida, tanto emocional como comercial. Sin embargo, tiene que ser valiente, no puede cerrar la tienda para echarse a llorar en un rincón. Así que se recompone, no quiere asustar a Adèle con sus ojos enrojecidos por las lágrimas. Retoma su día a día. Al cabo de un mes, pensando en estas cosas tristes, acaba convenciéndose de que los médicos se equivocan a menudo. Su mujer no parece más enferma que de costumbre. Así que la ve morir lentamente sin sufrir demasiado, distraído por sus quehaceres, esperando la

desgracia pero retrasándola a un futuro indefinido.

Adèle comenta a menudo: «¡Ay! ¡Cuando nos retiremos al campo ya verás lo bien que me voy a poner!... ¡Dios santo! En sólo ocho años. Eso no es nada».

A Monsieur Rousseau ni se le ocurre plantear que podrían retirarse ya, con unos ahorros más modestos. Para empezar, Adèle no lo aceptaría. Cuando uno se plantea una cifra, hay que alcanzarla.

Y sin embargo, en dos ocasiones ya Madame Rousseau se ha visto obligada a guardar cama. Pero siempre se ha levantado antes de tiempo para bajar a atender el mostrador. Los vecinos ya comentan: «A la pobre mujercilla no le queda mucho». Y no se equivocan. Justo cuando deben hacer el inventario, se ve obligada a guardar cama por tercera vez. El médico aparece por la mañana, charla con ella y firma una receta con gesto distraído. Pero advierte a Monsieur Rousseau de que el fatal desenlace se acerca. Pero el inventario lo mantiene encadenado a la tienda y apenas si puede escaparse cinco minutos de vez en cuando. Sube a verla cuando está el médico, baja con él y reaparece un momento antes de la comida; se acuesta a las once, en un cuartito de la tienda donde se ha hecho instalar una camilla.

Es la criada, Françoise, la que cuida a la enferma. Una chica terrible, esta Françoise, una auvernesa de grandes manazas y de modales e higiene un tanto dudosos. Menea a la moribunda con brusquedad, le trae los medicamentos con desgana, arma un tremendo alboroto cada vez que barre el dormitorio, que deja continuamente desordenado; la cómoda está llena de frascos pegajosos, las cubetas nunca están limpias, hay trapos sucios colgando en los respaldos de todas las sillas; el suelo está tan abarrotado de cosas que no sabe uno donde pisar. Sin embargo, Madame Rousseau no se queja, se limita a dar golpetazos en la pared cuando llama a la criada y ésta no acaba de acudir. Françoise tiene otras cosas que hacer, además de cuidarla; tiene que mantener la tienda limpia, ahí abajo, tiene que cocinar para el patrón y sus empleados, sin hablar de las compras que tiene que ir a hacer por todo el barrio, además de otras tareas imprevistas que siempre surgen. Por lo que madame no puede exigir que esté siempre a su disposición. Se la cuida cuando queda tiempo.

Por otro lado, incluso en cama, Adèle sigue ocupándose del negocio. Hace su seguimiento de las ventas, pregunta cada tarde cómo van las cosas. Está preocupada por el inventario. En cuanto su marido encuentra unos minutos para subir a verla, ella no quiere nunca hablar de su salud, sino de los posibles beneficios. Se siente muy apenada cuando le cuentan que el año ha resultado mediocre: los beneficios han sido menores que el año pasado en catorce francos. Ardiendo de fiebre, repasa con la almohada los pedidos de la semana pasada, aclara las cuentas y organiza los asuntos domésticos. Si su marido se

entretiene demasiado en el dormitorio, ella misma lo manda de nuevo abajo. Su presencia ahí no hace que mejore su salud pero sí que empeoren los negocios. Está convencida que, sin su presencia, los dependientes se dedican a mirar las moscas. Le repite: «Baja, querido, no necesito nada, te lo aseguro. Y no olvides hacer un pedido de cuadernos, que se acerca la vuelta al colegio y nos podemos quedar cortos».

Durante mucho tiempo, se engaña a sí misma sobre su estado de salud. Siempre piensa que al día siguiente se va a poder levantar y bajar al mostrador. Incluso hace planes: cuando pueda levantarse, irán a pasar un domingo en Saint-Cloud. Nunca ha sentido tantas ganas de volver a ver el campo. Pero, de repente, una mañana, su estado se agrava. Por la noche, sola, con los ojos abiertos, comprende que va a morir. No dice nada durante todo el día, reflexiona, con la mirada clavada en el techo. Por la tarde, retiene un poco a su marido, charla tranquilamente con él y le dice, como si le comentara una factura:

—Mira, mañana vas a ir a buscar a un notario. Hay uno aquí cerca, en la calle Saint-Lazare.

—¿Un notario? ¿Para qué? —exclama Monsieur Rousseau—. Pero no pienses en cosas así, cariño, ¡no estás tan mal!

—Puede ser —replica ella con tono calmo y razonable—. Pero me tranquilizaría saberlo todo arreglado... Nos casamos en comunidad de bienes cuando no poseíamos ni una perra chica ninguno de los dos. Hoy hemos ganado algunos dineros entre ambos, no quiero que mi familia pueda venir a saquearte... Mi hermana Agathe no merece que la deje nada; preferiría llevármelo todo conmigo.

Se obstina hasta que su marido, en efecto, va a buscar al notario al día siguiente. Ella le realiza numerosas preguntas, para dejarlo todo bien atado y que no haya líos posibles. Una vez concluido el testamento, el notario se marcha y Adèle se tiende de nuevo, murmurando: «Ahora ya puedo morirme contenta... Me hubiera gustado disfrutar de ese retiro al campo, no digo que no. Pero tú sí podrás ir... Prométeme que te irás al lugar que habíamos elegido, ya sabes, el pueblo donde nació tu madre, cerca de Melun... Eso es lo que me gustaría».

Monsieur Rousseau se deshace en lágrimas, ella lo consuela y le da buenos consejos. Si se aburre solo, lo mejor que puede hacer es volver a casarse. Pero con una mujer de su edad, porque las muchachas jóvenes que se casan con un viudo se casan con su dinero. E incluso le menciona a una dama conocida de ambos con la que no le importaría que él se juntara.

Durante la noche, la agonía es terrible. Se asfixia, reclama aire. Françoise

se ha quedado dormida en una silla. Monsieur Rousseau, de pie en la cabecera de la cama, no puede hacer otra cosa que apretar la mano de la moribunda, diciéndole que está ahí, que no se separa de ella. Por la mañana, de repente, experimenta una gran tranquilidad; está muy pálida, con los ojos cerrados, respirando lentamente. Su marido aprovecha para bajar un momento con Françoise para abrir la tienda. Cuando vuelve a subir, Adèle sigue pálida, rígida en la misma posición, pero con los ojos abiertos. Está muerta.

Hace ya tiempo que Monsieur Rousseau se ha hecho a la idea de perderla. Ya no llora, simplemente, se siente agotado. Baja de nuevo, manda a Françoise que vuelva a echar las postigos de la tienda y él mismo escribe en una hoja: «CERRADO POR DEFUNCIÓN» y la pega hacia afuera con cuatro obleas.

En la parte de arriba, toda la mañana es dedicada a limpiar y a preparar la habitación. Françoise friega el suelo con un trapo, hace desaparecer los frascos, coloca cerca de la difunta un cirio encendido y un cuenco de agua bendita; pues se espera la visita de la hermana de Adèle, la tal Agathe que tiene una lengua viperina, y la criada no quiere que la acusen de llevar mal la casa. Monsieur Rousseau ha enviado a un dependiente para que arregle los papeleos necesarios. Él acude a la iglesia para negociar largo y tendido las tarifas del funeral. Que esté triste no quiere decir que se deje robar. Amaba mucho a su esposa y, si ésta pudiera verlo, seguro que se ponía contenta al verle regatear con los curas y los empleados de pompas fúnebres. A pesar de lo cual, desea que el entierro esté a la altura, por el qué dirán en el barrio. Finalmente, llegan a un acuerdo: ciento sesenta francos para la iglesia y trescientos francos para las pompas fúnebres. Calcula que, sumando otros pequeños gastos, no le saldrá por menos de quinientos francos.

Cuando Monsieur Rousseau regresa a su casa, se topa con Agathe, su cuñada, instalada cerca de la difunta. Agathe es una mujer grande y seca, con los ojos enrojecidos y los labios azulados y afilados. Hace tres meses, se enfadaron con ella y no la habían vuelto a ver. Se levanta ceremoniosamente y abraza a su cuñado. Ante la muerte, las rencillas se disipan. Monsieur Rousseau, incapaz de llorar durante todo el día, se echa entonces a sollozar, al volver a ver a su pobre mujer blanca y rígida, con la nariz aún más puntiaguda y la cara tan consumida que apenas la reconoce. Los ojos de Agathe permanecen secos. Se ha instalado en el mejor sillón; pasea lentamente la mirada por toda la habitación, como si estuviera realizando un minucioso inventario de los muebles que la adornan. Aún no ha sacado el tema de la herencia, pero está visiblemente ansiosa de hacerlo, preguntándose sin duda si existe testamento.

Llegada la mañana de las exequias, en el momento del traslado del cuerpo al ataúd, resulta que las pompas fúnebres se han equivocado de caja y han traído una demasiado corta. Los sepultureros se ven obligados a ir a buscar

otra. Mientras tanto, el coche fúnebre espera ante la puerta; el barrio está revolucionado. Es una nueva tortura para Monsieur Rousseau. ¡Aún si sirviera para resucitar a Adèle, guardarla tanto tiempo! Por fin bajan a la pobre Madame Rousseau, pero el féretro tan sólo se deja diez minutos expuesto, bajo la puerta cubierta de negro. Hay un centenar de personas esperando en la calle: comerciantes del barrio, inquilinos de la casa, amigos de la pareja, algunos obreros trajeados. El cortejo parte conducido por Monsieur Rousseau.

A su paso, las vecinas se santiguan rápidamente, cuchicheando. «Es la papelera, ¿no? Esa mujercilla amarillenta que estaba en los huesos. Ya... Unos comerciantes bien instalados que trabajaban para lograr una buena vejez tranquila. No como nosotros. ¡Pues buen negocio ha hecho! ¡Ahora sí que va a estar tranquila, la papelera!» Y las vecinas ponderan la buena actitud de Monsieur Rousseau, andando tras el coche fúnebre, con la cabeza descubierta, solo, pálido y con sus cuatro pelos revoloteando al viento.

En la iglesia, los curas resuelven la ceremonia en cuarenta minutos. Agathe, que se ha sentado en primera fila, parece contar el número de cirios encendidos. Sin duda piensa que su cuñado podría haber sido menos ostentoso ya que, si finalmente no hay testamento y ella hereda la mitad de su fortuna, tendría que pagar la mitad de los gastos fúnebres. Los curas dicen una última oración, el hisopo pasa de mano en mano y la gente sale. Casi todo el mundo se va. Se adelantan los tres coches fúnebres, en los que se han subido las damas. Detrás del coche ya no queda más que Monsieur Rousseau, siempre con la cabeza descubierta, y una treintena de personas, amigos que no se atreven a escaquearse. El coche fúnebre está decorado con sencillez con una tela negra con una franja blanca. Los viandantes se descubren y aceleran el paso.

Monsieur Rousseau carece de panteón familiar, sólo tiene una concesión de cinco años en el cementerio de Montmartre, pero pretende comprar más adelante una concesión a perpetuidad, exhumar a su mujer e instalarla definitivamente en la misma.

El coche fúnebre se para al final de una avenida y se porta en brazos el féretro entre lápidas bajas hasta un foso recién cavado en la tierra fresca. Los asistentes pisotean el suelo, en silencio. El cura ya se está retirando tras mascullar entre dientes una veintena de frases. Por todas partes hay pequeños jardines enrejados, sepulturas decoradas de alhelí y de plantas verdes; las lápidas blancas, entre tanta verdura, parecen todas nuevas y alegres. Monsieur Rousseau se queda fascinado ante un monumento, una columna fina encumbrada con una urna simbólica. Por la mañana, un marmolista se había dedicado a atormentarlo con todas sus ideas. Así que piensa que, cuando compre la concesión a perpetuidad, hará instalar sobre la tumba de su mujer una columna parecida, con una urna tan bonita.

Pero Agathe se lo lleva y, ya de vuelta en la tienda, por fin se decide a preguntarle sobre la herencia. Cuando se entera que existe un testamento, se levanta con rigidez y se marcha dando un portazo. Jamás volverá a poner los pies en ese antro. Monsieur Rousseau aún siente, por momentos, una enorme pena que lo ahoga; pero lo que más ansiedad le genera, lo que hace que le zumbe la cabeza y mantiene sus miembros en constante agitación, es que la tienda esté cerrada entre semana.

IV

Enero ha sido duro. Sin trabajo, sin pan y sin fuego en casa. Los Morisseau se hunden en la miseria. La mujer es lavandera y el marido albañil. Habitan en Batignolles, en la calle Cardinet, en una casa renegrida y envenenada. Su piso, en la quinta planta, está tan deteriorado que la lluvia entra por las grietas del techo.

Pero no se quejarían si no fuera porque el pequeño Charlot, un muchacho de diez años, necesita comer bien para hacerse hombre. El niño está enclenque, un nada lo tumba en la cama. Cuando acudía al colegio, se aplicaba tanto que quería aprenderlo todo de golpe y regresaba febril a casa. Es por lo demás muy inteligente, un sapito muy bueno que habla como una persona mayor. Los días que no tienen pan para darle, los padres lloran de rabia. Sobre todo porque los niños caen como moscas, arriba y abajo, en aquella casa malsana.

En las calles, la gente está rompiendo el hielo. El padre logra que lo contraten para picar el hielo del río, así que por las tardes regresa con cuarenta céntimos en el bolsillo. Suficiente para no morirse de hambre mientras esperan que la construcción se reactive.

Pero un día, al volver a casa se encuentra a Charlot guardando cama. La madre no sabe qué le pasa. Lo ha enviado por la mañana a Courcelles a visitar a su tía, que es trapera, para ver si conseguía una chaqueta que abrigara más que su blusa de tela, con la que tiritaba de frío. Pero su tía no tenía más que viejos gabanes de hombre demasiado amplios y el pequeño ha regresado con escalofríos, con aspecto ebrio, como si hubiera bebido. Ahora está rojo como un tomate y no dice más que tonterías; se imagina que juega a las canicas y canturrea canciones.

La madre ha colgado un jirón de chal ante la ventana para tapar un cristal roto; en lo alto tan sólo quedan dos cristales intactos que dejan penetrar el pálido gris del cielo. La miseria ha desvalijado la cómoda, toda la ropa está en

el monte de piedad. Hace poco han vendido una mesa y dos sillas. Charlot dormía en el suelo, pero desde que ha enfermado le han dado la cama, aunque no está muy cómodo en ella, pues han ido vendiendo la lana del colchón puñado a puñado de media libra, por cuatro o cinco céntimos cada vez. Ahora son los padres los que se acuestan en un rincón, sobre un jergón de paja que no querrían ni los perros.

Ambos se quedan mirando al pequeño Charlot, que no para quieto en la cama. ¿Qué le pasa pues al mocoso, que parece que tiene el baile de San Vito? Tal vez lo ha picado algún bicho o le han dado algo malo de beber. Una vecina, Madame Bonnet, olisquea al pequeño y afirma que es una calentura. Ella sabe de qué habla, pues ha perdido a su marido por una enfermedad parecida.

La madre se echa a llorar abrazando a Charlot. El padre sale como un loco a buscar a un médico. Trae a uno alto y estirado; éste pega el oído a la espalda del niño y le da golpecitos en el pecho sin decir ni una palabra. Entonces, Madame Bonnet tiene que ir a su casa en busca de un lápiz y papel para que pueda escribir la prescripción. Cuando se va a retirar, sin haber dicho nada, la madre lo interroga, con voz ahogada:

—¿Qué es, monsieur?

—Una pleuresía —responde con sequedad, sin más explicaciones. Y pregunta a su vez—. ¿Están ustedes inscritos en la oficina de la beneficencia?

—No, monsieur... Es que hasta el verano estábamos bien. Es este invierno el que nos está matando.

—¡Lástima, sí, lástima!

Y promete regresar. Madame Bonnet les presta veinte céntimos para que vayan al farmacéutico. Con los cuarenta céntimos de Morisseau han comprado dos libras de carne de buey, carbón y candela. La primera noche pasa sin mayores problemas. El fuego se mantiene; el enfermo, adormilado por el calor, deja de hablar solo. Sus manitas arden pero como la fiebre aplasta su agitación, los padres se tranquilizan. Pero al día siguiente, cuando el médico sacude la cabeza ante la cama, con una mueca de desaliento, los padres se quedan aturdidos y espantados.

Durante cinco días las cosas siguen igual. Charlot duerme, medio inconsciente sobre la almohada. En la habitación, la miseria sopla con rabia, parece entrar con el viento por los agujeros de la techumbre y de las ventanas. Al segundo día, se han visto obligados a vender la última camisa de la madre; al tercero, más puñados de lana que han tenido que retirar bajo el enfermo para pagar al farmacéutico. Ahora, ya no queda nada para vender.

Morisseau sigue picando hielo, pero sus cuarenta céntimos ya no alcanzan. El frío cruel puede matar a su hijo, por lo que desea que llegue el deshielo, pero también lo teme. Cuando sale a trabajar, se alegra al ver las calles blancas, pero entonces piensa en su pequeño, que agoniza ahí arriba, y pide ardientemente que un rayo de sol y la tibieza primaveral barran la nieve. Si tan sólo se hubieran inscrito antes en la oficina de beneficencia, tendrían un médico y medicinas por poca cosa. La madre ha acudido a la alcaldía pero ahí le han dicho que hay demasiadas peticiones, que tienen que esperar. Sin embargo, ha logrado unos pocos bonos de pan y una dama caritativa le ha dado cinco francos. Pero una vez consumidos, la miseria se ha vuelto a instalar.

Al quinto día, Morisseau trae a casa los últimos cuarenta céntimos. El deshielo ha comenzado y le han dado las gracias por su trabajo. Es el fin: la estufilla se queda fría como el metal, no hay pan y ya nadie baja a la farmacia a por medicamentos. En la habitación, chorreante de humedad, el padre y la madre tiritan de frío frente al niño, que lanza estertores. Madame Bonnet ya no pasa a visitarlos porque es muy sensible y se entristece demasiado. Ante su puerta, los vecinos aceleran el paso. A veces la madre, presa de un ataque de llantina, se abalanza sobre la cama para abrazar a su hijo, como si así pudiera aliviarlo y sanarlo. El padre, estupefacto, pasa horas delante de la ventana, alzando el viejo chal para observar el chorreo del deshielo, el agua cayendo de los tejados a goterones y oscureciendo las calles. Tal vez le venga bien a Charlot.

Una mañana, el médico declara que ya no va a volver. El niño está perdido. «Es este tiempo húmedo lo que lo está rematando», asegura.

Morisseau alza un puño rabioso hacia el cielo; ¡cualquier tiempo es bueno para reventar a la pobre gente! Si hiela, malo; si deshiela, peor. Si su mujer accediera, prenderían fuego a un puñado de carbón y se irían los tres juntos. Y asunto acabado.

Pero su mujer ha vuelto a la alcaldía; han prometido enviarles socorro y ellos esperan. ¡Horrible jornada! De la techumbre se desprende un frío oscuro; en un rincón llueve, hay que colocar un balde para recoger el agua. No han comido nada desde ayer, el niño tan sólo ha bebido una tisana que le ha subido la portera. El padre, sentado ante la mesa, con la cabeza entre las manos, permanece pasmado, con los oídos zumbándole. A cada ruido de pasos, la madre se precipita a la puerta, creyendo que es el socorro prometido. Suenan las seis y no ha venido nadie. Cae un crepúsculo fangoso, pesado y siniestro como una agonía.

De repente, en la noche rampante, Charlot balbucea palabras entrecortadas: «¡Mamá... Mamá...!». La madre se aproxima, recibe en el rostro un aliento

fuerte pero ya no oye nada, tan sólo distingue vagamente al niño, con la cabeza volcada y el cuello rígido. Ella grita, enloquecida, suplicante: «¡Luz! ¡Rápido, un poco de luz!... ¡Charlot, háblame!». Ya no queda candela. Rasca apresuradamente cerillas y se le rompen entre los dedos. Se pone entonces a palpar con sus manos temblorosas el rostro de su hijo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Está muerto!... Morisseau, ¡está muerto!

El padre alza la cabeza, cegado por las tinieblas.

—¿Qué querías? Está muerto, sí... ¡Casi mejor así!

Al oír los sollozos de la madre, Madame Bonnet se ha decidido a aparecer con su lámpara. Ambas mujeres están ocupadas adecentando a Charlot cuando llaman a la puerta; es el socorro que por fin llega con diez francos y bonos de pan y de carne. Morisseau ríe estúpidamente, diciendo que los de la beneficencia siempre pierden el tren.

¡Qué penita de cadáver, flaco, ligero como una pluma! Si hubieran posado en el colchón a un gorrión muerto de frío, recogido en la calle, no ocuparía mucho menos espacio.

Sin embargo, Madame Bonnet, de nuevo muy servicial, insiste en que ayunar no va a resucitar al pequeño Charlot. Se ofrece a ir a buscar pan y carne, añadiendo que también va a traer un poco de candela. La dejan hacer. Cuando regresa, pone la mesa y sirve unas salchichas calientes. Los Morisseau, hambrientos como lobos, devoran con glotonería junto al cadáver, cuya pequeña silueta blanca puede percibirse entre las sombras. La estufilla ronronea de forma reconfortante. Por momentos, los ojos de la madre se humedecen y deja caer lagrimones sobre el pan. ¡Qué bien estaría ahora Charlot al calorcito! ¡Con qué ganas comería salchichas!

Madame Bonnet se empecina en quedarse a velar el cuerpo. Hacia la una, cuando Morisseau se queda dormido al pie del catre, las dos mujeres preparan café. Invitan a otra vecina, una costurera de dieciocho años que trae consigo un culo de botella de aguardiente, por aportar algo. Entonces, se toman su café a traguitos, hablando en voz baja, contándose historietas increíbles de muertos; poco a poco, sus voces se van elevando, pasan a cotillear de la casa, del barrio, de un crimen cometido en la calle Nollet. De vez en cuando, la madre se levanta, va a mirar a Charlot, como para asegurarse de que no se haya movido.

Al no haber tramitado la declaración de defunción por la tarde, tienen que quedarse con el pequeño todo el día siguiente. Como tan sólo tienen una habitación, viven con Charlot, comen y duermen con él. A veces, se olvidan de él y cuando vuelven a encontrárselo, es como si lo perdieran otra vez.

Por fin, al segundo día, traen el ataúd, tan pequeño que parece una caja de

juguetes, cuatro planchas mal clavadas cedidas gratuitamente por la administración gracias al certificado de indigencia. ¡En marcha! Van corriendo a la iglesia. Detrás de Charlot va el padre con dos colegas que ha encontrado de camino, la madre, Madame Bonnet y la otra vecina, la costurera. Todos chapotean hasta el tobillo en el barro. No llueve, pero la niebla es tan espesa que cala su ropa. En la iglesia, la ceremonia se despacha velozmente y retoman la carrera por el fangoso adoquinado.

El cementerio está en el quinto pino, fuera de las murallas. Bajan por la avenida de Saint-Ouen, pasan las puertas de la ciudad y por fin llegan. Es un vasto recinto, un descampado cerrado por un muro blanco. Dentro crecen matojos de hierbas, la tierra removida forma hondonadas y al fondo hay una fila de árboles escuálidos que ensucian el cielo con sus ramas negruzcas.

El cortejo avanza, ya lentamente, por la tierra blanda. Ahora está lloviendo y hay que esperar bajo el chaparrón a que un viejo cura se decida a salir de una pequeña capilla. Charlot va a ir a descansar al fondo de la fosa común. El campo está sembrado de cruces tumbadas por el viento, de coronas podridas por la lluvia; es un descampado de miseria y duelo, arrasado, pisoteado, como una escombrera sudada de cadáveres ahí apilados por el hambre y el frío de los suburbios.

Todo ha terminado. La tierra cae, Charlot está en el fondo del agujero y sus padres se van sin haberse podido arrodillar en el barro líquido en el que se hunden. Ya fuera, como sigue lloviendo, Morisseau, al que todavía le quedan tres francos de los diez regalados por la beneficencia, invita a sus amigos y vecinos a tomar algo en una venta de vinos. Se instalan en una mesa, se beben dos litros de vino acompañados de un trozo de queso de Brie; los colegas, a su vez, invitan a otra ronda. Cuando toda esta parroquia regresa a París, tienen el ojo bien alegre.

V

Jean-Louis Lacour tiene setenta años. Ha nacido y envejecido en La Courteille, una aldea de ciento cincuenta habitantes perdida en un país de lobos. En toda su vida tan sólo ha ido una vez a Angers, que se halla a unas quince leguas. Pero era tan joven que ya no se acuerda. Ha tenido tres hijos, dos varones, Antoine y Joseph, y una mujer, Catherine. Ésta se casó, pero su marido ha muerto y ha regresado a casa de su padre con un chaval de doce años, Jacquinet. La familia vive de unas pocas tierras, lo justo para comer y no andar desnudos por ahí. No son los más miserables de la región, pero tienen que trabajar duro. Se ganan el pan a golpes de azada. Cuando se toman un

vasito de vino, lo han sudado antes bien.

La Courteille se halla en el fondo de un valle; los bosques la rodean totalmente, encerrándola y ocultándola. No tiene iglesia, pues el municipio es muy pobre; es el cura de Les Cormiers el que viene a decir misa, pero como está a dos leguas, tan sólo hace la visita cada quince días. La aldea consiste en una veintena de casas desvencijadas y desordenadamente salpicadas a lo largo del camino. Unas cuantas gallinas picotean el estiércol ante sus puertas. Que un forastero se aventure a pasar por el camino es un suceso tan extraordinario que todas las mujeres alargan el cuello mientras los niños, repantigados al sol, huyen despavoridos lanzando gritos de bestezuelas.

Jean-Louis nunca ha estado enfermo. Es grande y nudoso como un roble. El sol ha curtido y agrietado su piel, aportándole el color, la dureza y la tranquilidad de los árboles. Al envejecer, ha perdido la lengua; ya no habla pues encuentra las palabras inútiles. Mira siempre hacia el suelo, su cuerpo se ha encorvado en postura de labor.

El año pasado aún era más vigoroso que sus hijos; se reservaba siempre las labores más duras, silencioso en su terruño, que parecía conocerlo y temblar en su presencia. Pero un día, hace dos meses, se cayó y se quedó dos horas tendido a través de dos surcos, como un tronco abatido. Al día siguiente retoma la labor, pero, de repente, ha perdido sus dos brazos, la tierra ya no lo obedece. Sus hijos menean la cabeza, su hija quiere retenerlo en casa. Pero él se empecina así que hacen que Jacquinet lo acompañe, para que pegue un grito en caso de que el abuelo vuelva a caerse.

—¿Pero qué haces aquí, holgazán? —le dice Jean-Louis al chaval, que no se aparta de él—. Yo, a tu edad, ya me ganaba el pan.

—Cuidarlo, abuelo —responde el niño.

El anciano se estremece; no añade ni una palabra más. Por la tarde, regresa, se acuesta y ya no vuelve a levantarse. Al día siguiente, cuando los hijos van a salir al campo, pasan a ver a su padre, al que no han oído moverse. Lo hallan tendido en el catre con los ojos abiertos y aspecto meditabundo. Tiene la piel tan curtida y tostada que no se puede ni saber el color de su enfermedad.

«Y bien, padre, ¿algo no va bien?» Él lanza un gruñido y niega con la cabeza. «Entonces, ¿no viene, nos vamos sin usted?» Sí, les hace un gesto de que partan sin él. La cosecha ha comenzado y no sobra ningún brazo. Si pierden una mañana, puede llegar una tormenta y estropearlo todo. Incluso Jacquinet acompaña a su madre y tíos. El viejo Lacour se queda pues solo. Por la tarde, cuando sus hijos regresan, lo encuentran en el mismo sitio, boca arriba, con los ojos abiertos y aspecto meditabundo.

«Y bien, padre, ¿no va mejor?» No, no va mejor. Gruñe y mueve la cabeza. ¿Qué podrían hacer por él? A Catherine se le ocurre hervir un poco de vino con hierbas. Pero resulta demasiado fuerte, casi lo mata. Joseph dice que mañana será otro día y todos se acuestan.

Al día siguiente, antes de partir a cosechar, los hijos se quedan un rato frente al catre. Definitivamente, el viejo está enfermo. Tal vez convendría ir a buscar al médico. El problema es que hay que ir a Rougemont; seis leguas de ida y otro tanto de vuelta, doce leguas. Echarían todo el día. El viejo, que está escuchando a sus hijos, se agita y se enfada. Él no necesita a ningún médico; es demasiado caro.

«¿No quiere médico, padre? —pregunta Antoine—. ¿Podemos entonces ir a trabajar?» Claro que pueden ir a trabajar. ¿De qué serviría que se quedaran ahí? La tierra necesita más cuidados que él. Si él revienta, eso es cosa entre él y el buen Dios; pero si se pierde la cosecha, todo el mundo lo va a pasar mal. Pasan así tres días, los hijos acuden cada mañana al campo, Jean-Louis se queda solo, inmóvil, bebiendo de una jarra cuando tiene sed. Es como uno de esos viejos percherones que se desploma agotado en un rincón, donde se le deja morir. Ha trabajado duro durante sesenta años, ya es hora de irse, pues ya no vale para nada salvo para ocupar sitio y molestar a sus hijos. ¿Acaso alguien duda en talar un árbol que está seco? Ni siquiera los hijos sienten gran tristeza. La tierra los ha resignado a aceptar las cosas como vienen. Viven demasiado pegados a ella para reprocharle que se lleve al viejo. Un vistazo por la mañana, otro por la tarde, poco más pueden hacer. Si por lo menos el padre se levantara de nuevo, eso demostraría de qué madera está hecho. Si ya no se levanta, es que tiene la muerte en el cuerpo y todo el mundo sabe que cuando se tiene la muerte en el cuerpo no hay manera de espantarla; no valen ni rezos ni medicamentos. Aun a una vaca sí se la cura pues, si se logra salvarla, son por lo menos cuatrocientos francos ganados.

Por las tardes, Jean-Louis les pregunta con una mirada sobre la cosecha. Cuando los escucha recontar las gavillas cosechadas o hablar del buen tiempo que facilita la labor, parpadea satisfecho. Vuelven a replantearse la idea de ir a buscar al médico, pero, definitivamente, está demasiado lejos; Jacquinet nunca podría llegar y los hijos no pueden distraerse. El viejo tan sólo pide que vayan a buscar al guarda forestal, un antiguo camarada. El viejo Nicolás es mayor que él, ha cumplido setenta y cinco años el día de la Candelaria. Él sigue recto como un ciprés. Acude y se sienta junto a Jean-Louis, meneando la cabeza. El moribundo, que desde esa mañana ya no puede hablar, lo mira con sus pequeños ojillos pálidos. El viejo Nicolás, poco hablador de por sí, le devuelve la mirada, no sabiendo qué decirle. Y los dos ancianos permanecen así, cara a cara, mirándose durante una hora, sin pronunciar una palabra, felices de volver a verse, sin duda recordando mil cosas lejanas, perdidas en el pasado. Esa

misma tarde los hijos, al regresar de la cosecha, hallan al viejo Lacour muerto, tendido boca arriba, rígido y con los ojos abiertos.

Sí, el viejo ha muerto sin agitar un dedo. Ha lanzado al frente su último aliento, un soplo de más en el vasto campo. Como las bestias que, resignadas, buscan un lugar donde morir a escondidas, no ha molestado a los vecinos, ha resuelto el asunto por sí mismo, lamentando tan sólo dejar a sus hijos el estorbo de su cuerpo.

«Padre ha muerto», anuncia el mayor, Antoine, llamando a los demás. Y todos, Joseph, Catherine, incluso Jacquinet, repiten: «Padre ha muerto».

No están sorprendidos. Jacquinet alarga el cuello con curiosidad, la mujer saca su pañuelo, los dos hombres se van sin decir nada, con el rostro grave y pálido bajo su tez de bronce. ¡Ha durado lo suyo, el buen viejo, todavía era recio! Los hijos se consuelan con esta idea, orgullosos de la dureza de la familia.

Por la noche, velan al padre hasta las diez, tras lo cual todos van a acostarse. Jean-Louis se queda solo, con los ojos abiertos. En cuanto amanece, Joseph parte hacia Les Cormiers para avisar al cura. Pero como aún deben recolectar algunas gavillas, Antoine y Catherine salen al campo por la mañana y dejan el cuerpo a cargo de Jacquinet.

El pequeño se aburre con el abuelo, que está como petrificado, así que de vez en cuando se asoma a la calle para lanzar piedras a los gorriones, observa a un vendedor ambulante que exhibe fulares a dos vecinas. Cuando se acuerda del viejo, vuelve correteando a casa, se asegura que no se haya movido y vuelve a escabullirse para ver a dos perros peleándose. Como deja la puerta abierta, entran las gallinas y se pasean tranquilamente alrededor del catre, picoteando convulsamente el suelo. Un gallo rojo se alza sobre sus patas, alarga el cuello, redondea sus ojillos de ascuas, inquieto por la inexplicable presencia de ese cuerpo; es un gallo prudente y sagaz, que sabe que el viejo no acostumbra a quedarse tumbado una vez que ha salido el sol; acaba lanzando un sonoro quiquiriquí, comprendiendo tal vez, cantando la muerte del viejo, mientras las gallinas van saliendo una a una, sin dejar de cloquear y de picotear el suelo.

El cura de Les Cormiers deja dicho que no podrá llegar hasta las cuatro. Desde la mañana, se oye al carretero serrando madera y plantando clavos. Los que aún no saben la noticia, se dicen: «¡Vaya! Eso es que Jean-Louis ha muerto», pues las gentes de La Courteille conocen bien esos sonidos. Antoine y Catherine ya están de vuelta, la cosecha ha terminado y no se pueden quejar, pues hace años que no veían granos tan hermosos. Toda la familia se emplea en sus quehaceres para hacer tiempo mientras esperan al cura: Catherine pone la sopa al fuego, Joseph saca agua. Envían a Jacquinet a que se asegure de que

en el cementerio ya está cavado el agujero. Finalmente, hasta las cinco no llega el cura. Aparece en un carricoche con un chaval que hace de monaguillo. Desciende a la entrada de la casa de los Lacour, saca de un paquete una estola y una sobrepelliz y, mientras se atavía, comenta: «¡Venga, daos prisa! Que tengo que estar de vuelta a las siete».

A pesar de lo cual, nadie se apresura. Van a buscar a los dos vecinos de buena voluntad que se prestan a portar la camilla. Hace cincuenta años que utilizan siempre la misma camilla y el mismo trapo negro, ya recomido por los gusanos, raído y descolorido. Los propios hijos son los que introducen al viejo en la caja que acaba de traer el carretero, con unas planchas tan gruesas que parece un auténtico cofre para amasar pan. Cuando ya van a salir, Jacquinet llega corriendo y dice que el agujero aún no está cavado del todo, pero que se puede ir para allá, de todas formas.

Entonces, el cura avanza el primero, leyendo en voz alta en latín. El pequeño monaguillo lo sigue, portando una vieja benditera de cobre de la que asoma un hisopo. Cuando llegan a mitad de la aldea, otro niño sale de la granja donde se dice misa cada quince días y toma la cabeza del cortejo con una gran cruz acoplada a un palo de madera. Sigue el cuerpo en la camilla portada por los dos campesinos y después la familia. Poco a poco se unen todos los habitantes del pueblo; una bandada de niños, sin sombrero, desaliñados, descalzos, cierran la procesión.

El cementerio está al otro lado de La Courteille. Así que los campesinos sueltan la camilla un par de veces en mitad de la ruta, resoplan un poco, se escupen en las palmas mientras todo el cortejo se detiene; retoman la marcha, se escucha el pisoteo de los zuecos en la endurecida tierra. Cuando llegan al cementerio, el agujero, en efecto, aún no está acabado, el enterrador todavía está en el fondo, trabajando, se le ve hundirse y reaparecer con regularidad, lanzando paletadas de tierra.

¡Qué calma la del cementerio, dormido bajo el sol radiante! Está rodeado por una valla sobre la cual anidan las currucas. Las zarzas han crecido y los niños siempre andan por aquí en septiembre, en busca de moras. Es como un jardín entre campos segados, donde todo crece a su aire. Al fondo hay unos groselleros enormes; en un rincón, un peral ha crecido hasta el tamaño de un roble; en medio, una avenida de tilos invita a un fresco paseo, derramando una sombra bajo la cual los viejos vienen a fumar sus pipas en verano. En el camposanto, abierto e inculto, proliferan hierbas altas, cardos magníficos, matojos floridos sobre los cuales dibujan sus vuelos blancas mariposas. El sol arde, los saltamontes crepitan, moscas doradas ronronean en el calor tembloroso. El silencio está colmado de vida, se puede escuchar la alegría zumbando entre los muertos, la savia de esta grasa tierra floreciendo en la sangre roja de las amapolas.

El ataúd es posado al lado del agujero mientras el enterrador sigue lanzando paletadas de tierra. El chaval que traía la cruz la planta en el suelo, a los pies del ataúd mientras el cura, de pie frente a la cabeza del mismo, sigue leyendo en latín. Los asistentes se interesan sobre todo por el trabajo del enterrador. Rodean el agujero, siguiendo con la mirada el movimiento de la pala. Cuando por fin se dan la vuelta, el cura ya ha desaparecido con los dos chavales, sólo queda ahí la familia, esperando.

Por fin el agujero parece acabado. «¡Ya es bastante hondo, va!», grita uno de los campesinos que ha portado el cuerpo.

Todo el mundo ayuda a bajar el ataúd. ¡Ah, el viejo Lacour estará a gusto en este agujero! Conoce bien la tierra y la tierra lo conoce bien. Hacen buena pareja. Hace ya más de cincuenta años que ella le susurró este rendez-vous, cuando él la desfloró con su primer golpe de azada. Sus amores tenían que terminar así, tarde o temprano la tierra iba a abrazarlo y guardarlo en su seno. ¡Qué buen reposo le espera! Tan sólo escuchará las patas ligeras de los pájaros brincando en la hierba. Nadie lo pisará, permanecerá años en su rincón, sin que nadie lo moleste, pues no mueren ni dos personas al año en La Courteille; los jóvenes pueden envejecer y morir a su vez sin importunar a los antepasados. Es la muerte apacible y soleada, el sueño eterno en medio de la serenidad del campo.

Sus hijos se acercan. Catherine, Joseph y Antoine toman un puñado de tierra y lo lanzan sobre el ataúd. Jacquinet, que ha cogido amapolas, también las lanza. Tras lo cual, la familia regresa a casa, el ganado vuelve de los campos, el sol se acuesta y una noche tibia adormece a toda la aldea.

LA MUERTE DE OLIVIER BÉCAILLE

I

Morí un sábado a las seis de la mañana, tras tres días de enfermedad. Mi pobre mujer llevaba unos instantes rebuscando ropa en una maleta cuando, al levantar la cabeza y verme rígido, con los ojos abiertos y sin un soplo, acudió, creyendo que se trataba de un vahído, tocándome las manos, inclinándose sobre mi rostro. Tras lo cual, fue presa del pánico, se puso a tartamudear y estalló en lágrimas: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Está muerto!».

Yo podía oírlo todo, aunque débilmente, como si los sonidos llegaran de

muy lejos. Tan sólo mi ojo izquierdo aún percibía una luminosidad confusa, una luz blanquecina en la que se fundían los objetos; el ojo derecho se hallaba totalmente paralizado. Era un síncope de todo mi ser, como si un rayo me hubiera fulminado. Mi voluntad estaba muerta, ni una sola fibra de mi cuerpo me obedecía. Y, en medio de este vacío, flotando sobre mis miembros inertes, sólo subsistía mi pensamiento, ralentizado y plomizo, pero dotado de una perfecta claridad de percepción.

Mi pobre Marguerite lloraba, arrodillada ante el catre, repitiendo con tono desgarrado: «¡Está muerto, Dios mío! ¡Está muerto!».

¿Era esto pues la muerte?: ¿este singular estado de torpeza?, ¿la inmovilidad de la carne mientras la inteligencia seguía activa? ¿Acaso mi alma se estaba demorando en mi cabeza antes de echarse a volar? Ya desde la infancia había sido víctima de crisis nerviosas. En dos ocasiones, siendo muy joven, unas fiebres agudas habían estado a punto de llevarme. A mi alrededor, todo el mundo se había acostumbrado a mi enfermiza salud; yo mismo prohibí a Marguerite que llamara a un médico cuando me fui a acostar un rato, la mañana de nuestra llegada a París, a este hotel amueblado de la calle Dauphine. Un poco de reposo sería suficiente, el viaje me había agotado. Sin embargo, sentía una angustia terrible. Habíamos abandonado bruscamente nuestra región, sin apenas nada, casi ni con qué aguantar hasta que yo cobrara el sueldo de mi primer mes, pues acababa de conseguir una plaza en la administración. ¡Y ahora una crisis fulminante acababa conmigo!

¿Era esto acaso la muerte? Yo me había imaginado una noche más oscura, un silencio más pesado. Ya desde muy pequeño he tenido miedo a la muerte. Como era muy endeble y la gente me dedicaba compasivas caricias, siempre pensaba que no iba a vivir demasiado, que me enterrarían pronto. Y la idea de estar bajo tierra me provocaba un espanto al que no podía habituarme, aunque me rondara día y noche. Al crecer, esta fijación no se disipó. A veces, tras días de reflexiones, creía haber vencido mis miedos. ¡Y bien!, ¡vale!, había que morir, ya está; todo el mundo moría tarde o temprano, por lo que no podía haber nada más natural y llevadero. Casi llegaba a alegrarme, conseguía mirar a la muerte a la cara. Hasta que un súbito escalofrío me helaba la sangre, me volvía a rendir a mis vértigos, como si una mano gigante me hubiera lanzado a un abismo oscuro. Mi fijación por la tierra volvía a invadirme y desbarataba todos mis razonamientos. Cuántas veces me había despertado sobresaltado en mitad de la noche, como si un aliento hubiera envenenado mi sueño, juntando ambas manos con desesperación, balbuciendo: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a morir!». Una angustia saturaba mi pecho; que la muerte fuera inevitable se me hacía más abominable en la turbación del despertar. Me costaba mucho volver a dormir, pues el sueño me inquietaba por su parecido a la muerte. ¡Y si me quedaba dormido para siempre! ¡Y si cerraba los ojos para no volver a

abrirlos!

Ignoro si los demás han sufrido también alguna vez estos mismos tormentos, solo sé que han asolado mi vida. La muerte siempre se ha alzado ante todo lo que he amado. Recuerdo los momentos de mayor felicidad con Marguerite. En los primeros meses de casados, cuando ella dormía a mi lado y yo soñaba despierto en nuestro futuro; inevitablemente, el temor a una separación fatal envenenaba mis alegrías, destruía mis esperanzas. Tal vez ocurriera al día siguiente, tal vez en una hora. Me sumía en un inmenso desaliento, me preguntaba qué sentido tenía la felicidad de nuestra unión si, tarde o temprano, acabaría en un desgarró tan cruel. Entonces mi imaginación se recreaba con la muerte. ¿Quién se iría primero, ella o yo? Cualquiera de las opciones me conmovía hasta las lágrimas, desplegando ante mí el cuadro de nuestras vidas rotas. Incluso en los mejores momentos de mi existencia sufrí pues este tipo de súbitas melancolías que nadie alcanzaba a comprender. Cuando la suerte me sonreía, la gente se extrañaba al verme sombrío. Era porque, de repente, mi fijación por la muerte había atravesado mi felicidad. El terrible pensamiento «¿Qué sentido tiene?» sonaba como un tañido en mis oídos.

Pero lo peor de todos estos tormentos es que hay que soportarlos con una especie de vergüenza secreta. No se osa confiar los males propios a nadie. A menudo, marido y mujer, tumbados uno junto a otro, deben de sentir el mismo estremecimiento al apagar la luz pero ninguno de los dos habla de ello, pues no se debe hablar de la muerte, al igual que no se deben pronunciar ciertas palabras obscenas. La tememos hasta el punto de no mentarla; la ocultamos como ocultamos nuestro sexo.

Estaba meditando todo eso mientras mi querida Marguerite sollozaba. Me apenaba mucho no poder calmar su tristeza diciéndole que yo no estaba sufriendo. Si la muerte no era más que esto, este desvanecimiento de la carne, había sido realmente desacertado temerla tanto. Era como un bienestar egoísta, un reposo en el que se disipaban todas mis preocupaciones. Mi memoria, sobre todo, estaba extraordinariamente viva. Toda mi existencia desfilaba ante mí como un espectáculo del que yo me sentía ajeno. Era una sensación extraña y singular que me divertía: como si una voz lejana me contara mi propia historia.

Había un rincón campestre, cerca de Guérande, en el camino a Piriac, cuyo recuerdo me perseguía. El camino gira por un pequeño bosque de pinos que desciende en desbandada por un montículo rocoso. Cuando tenía siete años, acudía ahí con mi padre, a una casa medio derruida; íbamos a comer crepes con los padres de Marguerite, unos paludiers que vivían, ya precariamente en aquella época, de las salinas circundantes. Luego recordé el colegio de Nantes, donde crecí entre el tedio de cuatro muros viejos, con el continuo deseo de

recuperar al amplio horizonte de Guérande, contemplar las marismas saladas que se abrían desde la parte baja de la ciudad hasta donde se perdía la vista y el mar inmenso, desplegado bajo el cielo. Tras esto, los hechos de mi vida se fueron encadenando de forma oscura: mi padre murió, yo entré como empleado en la administración de un hospital, iniciándose para mí una existencia anodina, cuyas únicas alegrías consistían en las visitas dominicales a la vieja casa del camino a Piriac. Por ahí las cosas iban de mal en peor, pues las salinas ya no producían casi nada y toda la región se estaba sumiendo en una gran miseria. Marguerite no era aún más que una niña que me quería porque yo la sacaba a pasear en una carreta. Pero más tarde, la mañana en la que le pedí que se casara conmigo, comprendí, ante su gesto de espanto, que yo le parecía horrible. Pero sus padres me la dieron inmediatamente; una carga menos para ellos. Ella, sumisa, no se negó y se fue haciendo a la idea de ser mi esposa. El día de la boda, en Guérande, recuerdo que llovía a mares; y que, cuando regresamos a casa, Marguerite tuvo que quedarse en enaguas, pues su vestido estaba calado.

Ésa fue toda mi juventud. Llevábamos viviendo una temporada ahí cuando, de repente un día, al volver a casa, sorprendí a mi esposa desecha en lágrimas. Estaba hastiada de esa vida, quería partir a otro lugar. Al cabo de seis meses, yo había logrado ahorrar algún dinero, céntimo a céntimo, gracias a trabajos suplementarios. Un viejo amigo de mi familia había logrado encontrarme una plaza en París, así que me llevé a mi querida niña, para que ya no llorara más. Ya en el tren, no paraba de reír. Por la noche, como los asientos de tercera eran muy duros, la puse sobre mis rodillas para que pudiera dormirse tranquilamente.

Así fue mi pasado. Ahora, acababa de morir en el estrecho catre de un hotel amueblado mientras mi esposa, arrodillada en el suelo, se lamentaba. La mancha blanca que aún percibía mi ojo izquierdo iba palideciendo poco a poco, pero podía recordar claramente la habitación. A la izquierda había una cómoda, a la derecha, una chimenea, sobre la cual un reloj averiado, sin péndulo, marcaba las diez y seis minutos. La ventana daba a la calle Dauphine, oscura y profunda. Parecía como si todo París desfilara bajo ella, provocando tal bullicio que podía oír el temblor de los cristales.

No conocíamos a nadie en París. Habíamos adelantado nuestro viaje, hasta el lunes siguiente no me esperaban en mi trabajo. Desde que me vi obligado a guardar cama, tuve una extraña sensación de encarcelamiento, de haber sido arrojados por el tren hasta esta habitación, aún desconcertados por quince horas de traqueteo ferroviario, aturdidos por el griterío callejero. Mi esposa me había atendido con su sonriente dulzura de siempre, pero yo podía sentir hasta qué punto estaba turbada. De cuando en cuando se acercaba a la ventana para lanzar una ojeada a la calle, pero regresaba en seguida toda pálida, asustada

por el gran París que desconocía totalmente, que rugía de forma tan terrible ahí fuera. Si yo no me despertaba, ¿qué iba a ser de ella?, ¿sola en esta ciudad inmensa, sin el apoyo de nadie, ignorándolo todo?

Marguerite había tomado una de mis manos que colgaba inerte del borde de la cama y cubriéndola de besos, repetía enloquecida: «Olivier, respóndeme... ¡Dios mío! ¡Está muerto! ¡Está muerto!».

La muerte no era pues la nada, puesto que yo podía oír y razonar. Lo que me horrorizaba desde mi infancia era la nada. No podía imaginarme la desaparición de mi ser, la supresión total de lo que era y para siempre, por los siglos de los siglos, sin que jamás pudiera volver. Cuando en un periódico leía una fecha del futuro o una referencia al siglo que viene, sentía un escalofrío: seguramente yo ya no viviera para entonces y ese año del futuro que no iba a ver, en el que ya no iba a estar, me llenaba de angustia. ¿Acaso todo el mundo no estaba en mí y no se iba a acabar cuando yo me fuera?

Siempre había tenido la esperanza de poder soñar la vida, una vez que me hubiera muerto. Pero esto no era sin duda la muerte. Seguramente me iba a despertar a no muy tardar. Sí, en breve me iba a agachar y a abrazar a Marguerite, para secar sus lágrimas. ¡Qué alegría, volvernos a encontrar! Descansaría aún un par de días y acudiría a ocupar mi puesto en la administración. Comenzaríamos una nueva vida, más dichosa, más rica. Pero sin prisas. Antes me sentía agobiado. Marguerite no debería desesperarse tanto, lo único que me pasaba es que no tenía fuerzas para girar la cabeza en la almohada y sonreírle. Dentro de un rato, cuando repitiera «¡Está muerto! ¡Dios mío! ¡Está muerto!», la abrazaría y murmuraría muy bajito, para que no se asustara: «Que no, mi niña. Sólo estaba durmiendo. Como puedes ver, estoy vivo y te quiero».

II

A los gritos de Marguerite siguió un portazo y una voz que exclamaba: «¿Qué pasa, vecina?... ¿Otra crisis?».

Reconocí la voz. Era de una señora ya madura, Madame Gabin, que vivía en la puerta de al lado. Desde nuestra llegada se había mostrado muy amable, conmovida por nuestra precaria situación. En seguida nos contó su historia. Un propietario despiadado había vendido hasta sus muebles el invierno pasado, por lo que desde entonces se alojaba en este hotel con su hija Adèle, una chiquilla de diez años. Ambas se dedicaban a recortar pantallas de papel, pero apenas si ganaban cuarenta céntimos con este trabajo.

«¡Dios mío! ¿Acaso todo ha terminado?», preguntó, bajando el tono de voz. Comprendí que se estaba acercando. Me miró, me tocó y prosiguió, emocionada: «¡Pobre pequeña! ¡Pobre pequeña!».

Marguerite, agotada, sollozaba como una niña. Madame Gabin la levantó, la sentó en el sofá cojo que se hallaba cerca de la chimenea e intentó consolarla.

«Venga, que le va a dar algo... Que su marido se haya ido no significa que deba usted hundirse en la desesperación. Claro que cuando yo perdí a Gabin estaba como usted; pasé tres días sin probar bocado. Pero eso no apañó nada, al contrario, me hundió más... Venga, por el amor de Dios, sea usted razonable.»

Poco a poco, Catherine se fue calmando. Estaba exhausta, aunque de vez en cuando un nuevo ataque de lloros sacudía todo su cuerpo. Mientras tanto, la vecina tomó las riendas con una autoridad que rozaba la rudeza.

«No se preocupe usted por nada —repetía—. Precisamente, Dédé acaba de ir a cobrar la producción; entre vecinos, hay que ayudarse... ¡Vaya!, aún no han deshecho ustedes las maletas; pero hay trapos en la cómoda, ¿no?» Oí cómo la abría, sin duda para coger una servilleta que extendió en la mesilla. Después, rascó una cerilla por lo que supuse que estaba encendiendo una de las velas de la chimenea para colocarla a mi lado, a modo de cirio. Podía seguir cada uno de sus movimientos en la habitación, hasta la menor de sus acciones. «¡Pobre monsieur! —murmuró—. Es una suerte que haya escuchado sus gritos, querida.» De repente, la difusa luz que aún percibía por mi ojo izquierdo desapareció. Madame Gabin sin duda acababa de cerrarme los párpados, aunque no había sentido sus dedos sobre los mismos. Cuando comprendí lo ocurrido, un ligero escalofrío se amparó de mí.

La puerta se volvió a abrir. Dédé, la niña de diez años, entró gritando con su tono chillón.

—¡Mamá, mamá! ¡Ah, ya sabía yo que te iba a encontrar aquí!... Toma, el dinero, tres francos y cuatro céntimos... He traído también para veinte docenas de pantallas...

—¡Chitón! ¡Silencio! —repetía, en vano, su madre.

Como la niña seguía parloteando, le mostró el catre. Dédé enmudeció de golpe; pude sentir su inquietud, mientras retrocedía hacia la puerta.

—¿Monsieur está durmiendo? —preguntó en tono muy bajo.

—Eso es, vete a jugar —respondió Madame Gabin.

Pero la niña no se iba. Debía de estar observándome con ojos como platos, asustada, comprendiendo vagamente lo que ocurría. De repente, pareció presa

de un ataque de pánico y huyó corriendo, tropezándose con una silla. «¡Está muerto!, ¡oh, mamá!, ¡está muerto!»

Volvió a reinar un profundo silencio. Marguerite, derrumbada en el sofá, ya no lloraba. Madame Gabin seguía rondando por la habitación, hablando entre dientes. «Los niños de hoy en día lo saben todo. Mire ésta. ¡Dios sabe que la educo correctamente! Cuando la envío a hacer algún recado o a llevar la producción, controlo el tiempo para que no ande trasteando por ahí... Da igual, lo sabe todo, le ha bastado un vistazo para comprender qué pasaba. Sin embargo, sólo una vez ha visto a un muerto, a su tío François, y en esa época sólo tenía cuatro años... En fin, ¡ya no hay infancia, qué quiere usted que le diga!» Se interrumpió a sí misma y cambió de repente de tema. «¡Pero, niña, hay que pensar en todo el papeleo! La declaración en el ayuntamiento, todos los detalles del entierro... No está usted en condiciones de ocuparse de todo eso, déjemelo a mí. Pero tampoco quiero dejarla sola... ¡Oiga! Si me lo permite usted, voy a ver si Monsieur Simoneau está en su cuarto.»

Marguerite no respondía. Yo asistía a todas estas escenas como si me hallara muy lejos. Me parecía a veces estar volando, como un rayo sutil, por toda la habitación mientras un extraño, una masa informe, reposaba inerte en el catre. Hubiera preferido que Marguerite hubiera rechazado la ayuda de ese Simoneau. Había aparecido tres o cuatro veces durante mi enfermedad. Estaba alojado en una habitación cercana y se mostraba muy servicial. Madame Gabin nos había contado que sólo estaba de paso por París, que había venido a cobrar viejas deudas de su padre, retirado en provincias y recientemente fallecido. Era un buen mozo, bien hermoso y fuerte. Yo lo detestaba, tal vez porque era muy amable. Nos había visitado la noche anterior y sufrí mucho cuando lo vi sentado junto a Marguerite. ¡Ella parecía tan linda y tan blanca a su lado! ¡Y él la miraba tanto, mientras ella le sonreía, diciendo que era muy amable por interesarse tanto por nosotros!

«Aquí está Monsieur Simoneau», anunció Madame Gabin, ya de vuelta. Él entró suavemente y en cuanto Marguerite lo vio, estalló de nuevo en lloros. La presencia de este amigo, del único hombre que conocía aquí, despertó en ella de nuevo el dolor. Él no intentó consolarla. Aunque no podía verlo, en medio de las tinieblas que me envolvían, podía evocar su figura con claridad, turbada y triste al hallar a la pobre muchacha sumida en tal desesperación. Con todo, ¡qué hermosa debía de estar, con sus cabellos rubios sueltos, la cara pálida y sus adorables manitas de niña ardientes de fiebre!

«Me pongo a su disposición, madame —murmuró Simoneau—. Si le parece bien que me encargue de todo...» Ella respondió sólo con frases entrecortadas.

Madame Gabin acompañó al muchacho a la puerta y pude oír que le

hablaba de dinero, cuando ambos pasaron a mi lado. Era todo muy costoso y ella temía que la pobre niña no tuviera ni un céntimo. En cualquier caso, podían preguntárselo. Simoneau no quiso ni oír hablar del tema, no estaba dispuesto a que se atormentara más a Marguerite. Iba a pasar por el ayuntamiento y a encargar el funeral.

Cuando reinó de nuevo el silencio, me pregunté cuánto tiempo iba a durar esta pesadilla. Yo estaba vivo, puesto que percibía hasta el mínimo acontecimiento exterior. Cada vez veía más claro lo que me estaba pasando: debía de tratarse de un caso de esos de catalepsia de los que había oído hablar. Ya en mi niñez, en la época de mis crisis nerviosas, sufrí síncope de varias horas. Evidentemente, se trataba de una crisis de la misma naturaleza que me mantenía rígido, como muerto, confundiendo a todo el mundo que me rodeaba. Pero, a no muy tardar, el corazón relanzaría sus latidos y la sangre volvería a circular relajando los músculos; me despertaría y podría consolar a Marguerite. Gracias a estos razonamientos, me armé de paciencia.

Mientras tanto, pasaban las horas. Madame Gabin había traído su comida. Pero Marguerite se negaba a probar bocado. Transcurrió así la tarde. Por la ventana, que estaba abierta, entraban los ruidos de la calle Dauphine. Un ligero tintineo metálico del candelero sobre la mesilla me indicó que acababan de cambiar la vela. Simoneau por fin reapareció.

—¿Qué tal? —le preguntó a media voz la vecina.

—Todo está arreglado —respondió—. El cortejo fúnebre será mañana a las once... No se preocupe usted por nada y, sobre todo, no hable de estas cosas delante de esta pobre muchacha.

—El médico de los muertos aún no ha venido —señaló Madame Gabin.

Simoneau fue a sentarse cerca de Marguerite, le transmitió ánimos y se quedó callado.

¡El cortejo fúnebre era al día siguiente a las once! Estas palabras retumbaban en mi cráneo como un tañido. ¡Y el médico ése que no llegaba, el médico de los muertos, como decía Madame Gabin! Él se daría cuenta en seguida de que yo estaba simplemente paralizado. Y haría lo que hiciera falta, sabría cómo despertarme. Yo lo esperaba con una angustia insoportable.

Sin embargo, el día fue pasando. Madame Gabin, para no perder su tiempo, había traído pantallas. Incluso, tras pedir permiso a Marguerite, hizo venir a Dédé, pues, como ella decía, no le gustaba dejar a la niña sola demasiado tiempo. «Venga, pasa —dijo al traerla a nuestra habitación— y no hagas tonterías; no mires hacia ese lado o te las tendrás que ver conmigo.» Le prohibió que me mirara, pues no le parecía decente. Dédé seguramente lanzaba vistazos de vez en cuando, pues podía oír las tortas que le daba su

madre en los brazos, repitiendo enfadada: «¡A trabajar o te vas de aquí! Y esta noche este señor irá a tirarte de los pies».

Ambas, madre e hija, se habían instalado en nuestra mesa. Podía escuchar perfectamente el ruido de sus tijeras recortando las pantallas, operación muy delicada que sin duda exigía unos cortes milimétricos, pues no iban muy deprisa; yo seguía cada movimiento con atención, para combatir mi creciente angustia.

En la habitación tan sólo sonaba el ruidito de las tijeras. Marguerite, vencida por la fatiga, debía de haberse dormido. En dos ocasiones, Simoneau se levantó. Me torturaba el abominable pensamiento de que aprovechara el sueño de Marguerite para rozar con los labios sus cabellos. No conocía a ese hombre, pero sentía que amaba a mi mujer. La pequeña Dédé lanzó una risilla que me irritó aún más.

«¿De qué te ríes, idiota? —le preguntó su madre—. ¡A que te echo al rellano!... Venga, responde, ¿qué te hace tanta gracia?» La niña balbució que no se había reído, que había tosido. Yo me imaginaba que había visto a Simoneau agachándose sobre Marguerite y que eso le había hecho gracia.

La lámpara estaba encendida cuando llamaron a la puerta. «¡Ah!, aquí está el médico», dijo la mujer. Y, en efecto, era el médico. No dio ni una explicación de su enorme retraso. Sin duda había tenido que subir muchas escaleras a lo largo de la jornada. La lámpara iluminaba muy tenuemente la habitación, por lo que preguntó:

—¿El cuerpo está aquí?

—Sí, monsieur —respondió Simoneau.

Marguerite se levantó, temblorosa. Madame Gabin expulsó a Dédé al rellano, porque una niña no tenía por qué asistir a escenas como éstas; intentaba incluso llevar a mi mujer hacia la ventana, para ahorrarle semejante espectáculo.

El médico se acercó a paso rápido; adivinaba en él cansancio, prisas, impaciencia. ¿Me tocó una mano? ¿Posó la suya en mi corazón? No sabría decirlo. Pero me dio la impresión que simplemente se agachó con indiferencia.

—¿Quiere que acerque la lámpara para iluminarlo? —propuso Simoneau diligentemente.

—No es necesario —respondió el médico distraídamente.

¿Cómo que no era necesario? ¡Ese hombre tenía mi vida entre sus manos y no consideraba necesario llevar a cabo un examen a fondo! ¡Yo no estaba muerto! ¡Me hubiera gustado gritar que yo no estaba muerto!

—¿A qué hora murió? —preguntó.

—A las seis de la mañana —respondió Simoneau.

Un furioso sentimiento me sublevaba por dentro, bajo las terribles cadenas que me inmovilizaban. ¡Ay!, ¡qué rabia no poder hablar, no poder mover nada!

El médico añadió: «Este clima tan cargado es malo... No hay nada tan agotador como los primeros días de primavera». Y se fue alejando y con él se me iba la vida. Yo me ahogaba en gritos, lágrimas e insultos, que desgarraban mi garganta convulsa por la cual ya no circulaba ni un aliento. ¡Ay, el muy miserable!, ¡cuya práctica profesional lo había convertido en un autómatas y que acudía al lecho de los muertos como quien cumple con una simple formalidad! ¡Ese hombre no tenía pues ni idea! ¡Toda su ciencia no era sino un engaño, puesto que no era capaz de distinguir de un vistazo a un vivo de un muerto! ¡Y ahora se iba! ¡Se iba!

«Buenas noches, monsieur», dijo Simoneau. El médico debió de inclinarse ante Marguerite, que ya había vuelto mientras Madame Gabin cerraba la ventana. Tras lo cual, salió de la habitación y oí sus pasos bajando por la escalera.

Todo había acabado, estaba condenado. Mi última esperanza acababa de esfumarse con ese hombre. Si no lograba reanimarme antes del día siguiente a las once, me iban a enterrar vivo. Y este pensamiento era tan horrible que perdí conciencia de todo lo que me rodeaba. Fue como un desmayo dentro de la propia muerte. El último ruido que oí fueron los tijeretazos de Madame Gabin y de Dédé. El velatorio había comenzado. Ya nadie hablaba. Marguerite se había negado a irse a acostar en la habitación de la vecina. Permanecía ahí, medio recostada en el fondo del sofá, con su linda cara pálida, los ojos cerrados con las pestañas empapadas de lágrimas, mientras que Simoneau se mantenía silencioso en la sombra, sentado frente a ella, mirándola.

III

Me resulta imposible describir lo horrible que resultó mi agonía durante la mañana del día siguiente. Sigue siendo para mí una pesadilla pavorosa, llena de momentos tan singulares, tan turbadores, que me resulta difícil relatarlos con exactitud. Lo más horripilante era que seguía alimentando la esperanza de reanimarme de repente por lo que, a medida que se acercaba la hora del entierro, un puro espanto me asfixiaba cada vez más.

Hasta la mañana no volví a tener conciencia de las personas y objetos que me rodeaban. El chirrido de la ventana me sacó de mi somnolencia. Madame

Gabin acababa de abrirla de par en par. Debían de ser alrededor de las siete, pues se podían oír los gritos de los comerciantes en la calle, la voz aguda de una niña vendiendo alpiste, otra voz ronca anunciando zanahorias. Todo este alboroto del despertar parisino tuvo en un principio un efecto calmante: me parecía imposible que me fueran a enterrar en medio de tanta vida. Un súbito recuerdo me tranquilizó aún más. Me vino a la memoria un caso parecido al mío, cuando trabajaba en el hospital de Guérande. Un hombre durmió durante veintiocho horas con un sueño tan profundo que los médicos no se atrevían a aventurar un diagnóstico; al final, el hombre se incorporó de repente y pudo levantarse inmediatamente. Yo llevaba ya veinticinco horas durmiendo. Si me despertaba hacia las diez, aún estaría a tiempo.

Intentaba cobrar conciencia de quiénes se hallaban en la habitación y qué hacían. La pequeña Dédé debía de estar jugando en el rellano, pues al abrirse la puerta se oyó una risa infantil procedente de fuera. Simoneau no parecía estar ahí; ningún ruido delataba su presencia. Tan sólo se oían los zapatos de Madame Gabin arrastrándose por el suelo.

Por fin, alguien habló: «Querida —dijo la vecina—, debería usted tomarlo ahora, que aún está caliente; la reanimará». Hablaba a Marguerite y el leve goteo del filtro en la chimenea me indicó que estaba preparando café. «No es por nada —prosiguió—, pero yo lo necesito... A mi edad, trasnochar sienta muy mal. Y es tan triste, la noche, cuando hay una desgracia en casa... Pero tome usted café, querida, sólo una lagrimita.» Y obligó a Marguerite a tomar una taza.

—Mejor, ¿no? Está calentito y reconforta. Necesita usted fuerzas para aguantar hasta el final de la jornada... Y ahora, sea usted buena, vaya a mi habitación y espere ahí.

—No, quiero quedarme —respondió Marguerite con tono resuelto.

Su voz, que no había vuelto a oír desde la noche anterior, me conmovió profundamente. Era diferente, estaba rota por el dolor. ¡Ay!, ¡amada esposa! La sentía cerca de mí, como mi último consuelo. Sabía que no separaba la mirada de mí, que me lloraba con todas las lágrimas de su corazón.

Pero los minutos seguían corriendo. Se produjo, en el rellano, un ruido que no identifiqué en un principio. Parecía como si estuvieran haciendo una mudanza y un mueble se chocara contra las paredes demasiado estrechas de la escalera. Pero cuando escuché de nuevo las lágrimas de Marguerite, comprendí. Era el ataúd.

«Venís demasiado pronto —dijo Madame Gabin con tono malhumorado—. Ponedlo detrás de la cama.» ¿Pero qué hora era? Tal vez las nueve. Así que el ataúd ya estaba ahí. Podía verlo a través de la noche espesa, todo nuevo, con

sus planchas apenas cepilladas. ¡Dios mío! ¿Acaso era el final? ¿Me iban a llevar en esa caja que sentía a mis pies?

Pero aún me aguardaba un supremo consuelo. Marguerite, a pesar de su flojera, quiso encargarse ella misma de vestirme. Lo hizo, ayudada por la vecina, con una ternura de hermana y de esposa. Sentía que volvía a sus brazos cada vez que me ponía una prenda. Se detenía, sucumbía a la emoción, me estrechaba, me bañaba con sus lágrimas. Me hubiera gustado devolverla el abrazo gritando «¡Estoy vivo!» pero seguía impotente, rendido como una masa inerte.

—¿Pero no se da cuenta que todo lo que le ponga es como tirarlo? —repetía Madame Gabin.

—Déjeme, quiero que lleve puesto lo mejor que tenemos —respondía Marguerite con la voz entrecortada.

Comprendí que me estaba vistiendo como en nuestro día de bodas. Había traído mi traje a París, donde no esperaba ponérmelo más que en las grandes ocasiones.

Se desplomó en el sofá, agotada por el esfuerzo que acababa de realizar.

De repente, Simoneau habló. Acababa de llegar.

—Ya están abajo —murmuró.

—Vale, ya era hora —respondió Madame Gabin, bajando también el tono de voz—. Dígales que suban, hay que acabar con esto.

—Es que temo que la pobre muchacha sufra un ataque de desesperación...

La vecina meditó un momento y dijo:

—Escuche, Monsieur Simoneau, va usted a obligarla a ir a mi habitación... No quiero que esté aquí. Es un favor que la hacemos... Según se la lleve, despacharemos el asunto en un abrir y cerrar de ojos.

Estas palabras me conmocionaron. ¡Y qué impotencia cuando presencié la horrible lucha que se iba a entablar! Simoneau se acercó a Marguerite suplicándole que no se quedara en la habitación.

—Se lo imploro, venga usted conmigo, ahórrese un dolor inútil.

—No, no —repetía mi mujer—, me quedo, quiero quedarme hasta el final. Piense que sólo lo tengo a él en este mundo y que, cuando ya no esté aquí, me quedará sola.

Sin embargo, cerca del catre Madame Gabin bisbisaba al oído del muchacho: «Llévesela pues, agárrela, llévesela en brazos, si es necesario». ¿Acaso iba a atreverse Simoneau a forzar así a Marguerite, a llevársela contra

su voluntad? En seguida sonó un grito. Quise alzarme con un impulso furioso, pero los resortes de mis músculos estaban quebrados. Y me quedé rígido, sin poder ni siquiera levantar los párpados para ver lo que estaba pasando ahí, delante de mí. La lucha se prolongaba, mi mujer se agarraba a los muebles repitiendo: «¡Ay, por favor, por favor, monsieur!... ¡Suélteme, no quiero!».

Pero él debía de haberla tomado en sus vigorosos brazos, pues Marguerite ya tan sólo lanzaba algunos lamentos infantiles. Se la llevó y los sollozos se fueron perdiendo; pero yo me los seguía imaginando, él grande y fornido, llevándosela contra su pecho, colgada de su cuello; ella, desolada, rota, abandonándose, dejándose ya llevar donde él quisiera.

«¡Diablos! ¡Ha costado lo suyo! —murmuró Madame Gabin—. ¡Ahora, vamos! ¡Aprovechemos que tenemos vía libre!»

Yo estaba enloquecido por los celos, había vivido la escena como un rapto abominable. Es cierto que no podía ver a Marguerite desde el día anterior, pero hasta entonces por lo menos había podido escucharla. Ahora, todo había terminado, acababan de robármela; un hombre se la había llevado antes incluso de estar yo enterrado. Y estaba con ella, al otro lado del tabique, consolándola, ¡tal vez incluso abrazándola!

La puerta se volvió a abrir y resonaron unos pasos pesados en la habitación. «¡Deprisa, deprisa! —repetía Madame Gabin—. ¡La muchacha puede volver en cualquier momento!» Hablaba con unos desconocidos que tan sólo contestaban con gruñidos. «No soy de su familia, tan sólo soy una vecina. No gano nada con esto. Me ocupo de sus asuntos por pura bondad. Y no es que sea algo muy alegre, que digamos... Sí, sí, he pasado la noche aquí. Y no hacía precisamente calorcito, a las cuatro de la mañana. En fin, qué le voy a hacer... de buena, tonta.»

En ese momento, colocaron el ataúd en medio de la habitación y lo tuve claro: estaba condenado, puesto que no me reanimaba. Mis pensamientos perdían claridad, todo daba vueltas a mi alrededor, me envolvía un humo negro; estaba tan agotado que me pareció un alivio poder por fin dejar de aferrarme a cualquier esperanza.

—No han escatimado en madera —dijo la voz ronca de un enterrador—. La caja es demasiado larga...

—¡Mejor! Así estará más cómodo dentro —replicó otro, con tono de chanza.

Se alegraron de que yo no pesara demasiado, pues tenían que bajar tres pisos. Me estaban cogiendo por los hombros y por los pies, cuando Madame Gabin se enfadó de repente. «¡Maldita mocosa! —gritó—. Tiene que andar husmeando por todas partes... Espera, que te voy a enseñar yo a mirar por las

rendijas.» Era Dédé, que había entreabierto la puerta y asomado su cabeza despeinada. Quería ver cómo metían al señor en la caja. Resonaron dos potentes tortazos seguidos de un estallido de sollozos. Cuando la vecina regresó, se puso a charlar sobre su hija con los hombres que me introducían en el ataúd.

—Tiene diez años. No es mala, pero sí una curiosa... No la pego a diario, sólo cuando tiene que obedecerme.

—¡Oh, bueno! —dijo uno de los enterradores—. Todas las niñas son iguales... En cuanto hay un muerto en algún sitio, siempre están rondando.

Me habían tendido cómodamente, tanto que me parecía seguir en la cama, sin una sola molestia, aunque con el brazo izquierdo algo presionado contra una plancha. Según ellos, cabía muy bien gracias a mi pequeño tamaño. «¡Esperen! —exclamó Madame Gabin—, he prometido a su esposa que le pondría una almohadilla bajo la cabeza.» Pero los hombres tenían prisa, así que remetieron la almohadilla con cierta rudeza. Uno de ellos buscaba el martillo por todas partes, entre juramentos. Se lo habían dejado olvidado abajo y tuvieron que ir a por él. Posaron la tapa y sentí un estremecimiento en todo el cuerpo cuando hundieron el primer clavo de dos martillazos. Ya era un hecho, me podía despedir de la vida. Los clavos fueron entrando uno a uno, al cadencioso son del martillo. Parecían empaquetadores sellando una caja de frutos secos, con una pericia despreocupada. A partir de entonces, los sonidos tan sólo me llegaban ensordecidos y prolongados, retumbando de una forma peculiar, como si el ataúd de pino se hubiera convertido en una gran caja de resonancia. La última frase que llegó hasta mis oídos en el hotel de la calle Dauphine fue una frase de Madame Gabin: «Bajad poco a poco y no os fieis de la rampa del segundo piso, que está un poco suelta».

Me llevaban. Tenía la sensación de flotar en un mar picado. A partir de entonces, mis recuerdos se difuminan. Aunque sí recuerdo que, a pesar de todo, mi única preocupación en ese momento, bastante absurda pero inconsciente, consistía en fijarme en la ruta que seguíamos hacia el cementerio. No conocía realmente ni una sola calle de París e ignoraba la ubicación exacta de los grandes cementerios, cuyos nombres había escuchado alguna vez, pero eso no me impedía concentrar los últimos esfuerzos de mi inteligencia en intentar adivinar si girábamos a la derecha o a la izquierda. El coche fúnebre traqueteaba con rudeza sobre los adoquines. A mi alrededor, el rodar de los coches y el pisoteo de los paseantes generaban un clamor confuso amplificado por la sonoridad del ataúd. Al principio, pude seguir el itinerario con bastante claridad. Se produjo entonces una parada, me sacaron a pasear y comprendí que estaba en la iglesia. Pero cuando el coche se volvió a estremecer al ponerse en marcha, perdí toda noción de los lugares que atravesamos. Unas campanadas me advirtieron que pasábamos junto a una

iglesia; un ritmo más suave y continuo me hizo pensar que seguíamos una alameda. Era como un condenado de camino al cadalso, aturdido, esperando el golpe de gracia que no llegaba.

El coche fúnebre se detuvo y me sacaron de él. El asunto se despachó con presteza. Ya no escuchaba ruidos, me sentía como en un lugar desierto, bajo los árboles y con el vasto cielo sobre mi cabeza. Pero algunas personas habían venido en cortejo, los inquilinos del edificio, Simoneau y otros, pues llegaron hasta mí algunos susurros. Hubo un salmo, un cura farfulló algo en latín. Comenzaron a sonar pasos durante un par de minutos, hasta que, de repente, sentí que me hundía, mientras los ángulos del ataúd rascaban las cuerdas como si fueran arcos, produciendo un sonido de contrabajo desafinado. Era el final. Un impacto terrible, como el estampido de un cañonazo, estalló a la izquierda de mi cabeza; un segundo impacto resonó a mis pies; otro, más violento aún, chocó a la altura de mi vientre, con tanto estrépito que creí que había partido el ataúd en dos. Entonces, me desmayé.

IV

¿Cuánto tiempo permanecí así? No sabría decirlo. Una eternidad y un segundo duran lo mismo en la nada. Yo no estaba, pero, poco a poco, fui recuperando la conciencia. Seguía dormido, pero esta vez me puse a soñar. Una pesadilla surgió del fondo negro de mi horizonte. Se trataba de una fantasía extraña que antaño me había atormentado a menudo cuando abría los ojos en la oscuridad y, debido a mi propensión a tener horribles imaginaciones, saboreaba el placer atroz de inventarme catástrofes.

Me imaginaba que mi esposa me esperaba en algún sitio, en Guérande, creo, y que yo había tomado un tren para ir a su encuentro. Cuando el tren pasaba por un túnel, de repente se producía un espantoso ruido, como el estrépito de un trueno. Acababa de producirse un doble derrumbamiento. Nuestro tren no había sufrido ni un golpe, los vagones estaban intactos, pero a ambos lados del túnel, delante y detrás de nosotros, la bóveda se había venido abajo y nos hallábamos en el corazón de una montaña, emparedados por bloques de rocas. Entonces comenzaba una larga y horrible agonía. No había esperanza alguna de salvamento; haría falta un mes para desescombrar los accesos y además, era un trabajo que exigía unas precauciones infinitas así como máquinas muy potentes. Estábamos aprisionados en una especie de cueva sin salida. Nuestra muerte no era más que una cuestión de horas.

A menudo, mi imaginación había trabajado pues con esta horrible situación. Elaboraba infinitas variaciones del drama. Contaba con más de cien

personajes, hombres, mujeres y niños, como actores del mismo, toda una muchedumbre que me aportaba incesantemente nuevos episodios. Había algunas provisiones en el tren, pero se agotaban rápidamente y, sin llegar al extremo de comernos entre nosotros, un hambre intolerable nos impulsaba a pelearnos ferozmente por un último mendrugo de pan. Había un viejecillo que era zarandeado a puñetazos y agonizaba; había también una madre que luchaba como una tigresa para defender los tres o cuatro bocados reservados a su hijo. En mi vagón, dos recién casados lanzaban estertores abrazados, sin esperar nada, inmóviles. Se podía bajar a la vía, por lo que la gente rondaba alrededor del tren como fieras recién escapadas de una jaula, en busca de presa. Todas las clases sociales se mezclaban, un hombre millonario y un alto funcionario lloraban en el hombro de un obrero y lo tuteaban. Al cabo de poco tiempo, las lámparas se habían agotado; más adelante, los faros de la locomotora también acabaron apagándose. Para pasar de un vagón a otro, había que ir palpando las ruedas para no golpearse contra algo; así se llegaba hasta la locomotora, que se podía reconocer por su biela fría y por sus enormes lomos dormidos, potencia inútil, muda e inmóvil en la sombra. No había nada más espantoso que ese tren completamente emparedado bajo tierra, como un muerto viviente, con sus viajeros que iban agonizando uno a uno.

Me regocijaba con mi pesadilla, me entretenía con los detalles más espeluznantes. De vez en cuando, un alarido atravesaba las tinieblas. De repente, un vecino, cuya presencia desconocía y que yo no podía ver, se desplomaba sobre mi hombro. Pero lo que más me hacía sufrir era el frío y la falta de aire. Nunca he sentido tanto frío, era como si una capa de nieve cayera sobre mis hombros, como si me lloviera sobre el cráneo una humedad plomiza. Me asfixiaba y sentía como si la bóveda de roca se derrumbara sobre mi pecho, como si toda la montaña se apoyara sobre mí y me aplastara. De repente, resonó un grito triunfal. Hacía tiempo que creíamos escuchar a lo lejos un ruido sordo y nos aferramos a la esperanza de que los trabajos de rescate ya se aproximaban. Sin embargo, la salvación no llegó por ahí. Uno de nosotros acababa de descubrir un pozo en la bóveda del túnel; corrimos todos y descubrimos que en su parte superior se podía ver una mancha azul, del tamaño de un sello de lacre. ¡Oh, qué inmensa alegría desató esa mancha! Era el cielo, nos estirábamos hacia ella para respirar y se podían distinguir claramente unas motitas negras que se agitaban ahí arriba; se trataba sin duda de obreros que estaban instalando un torno para llevar a cabo nuestro salvamento. Un clamor ensordecedor: «¡Salvados! ¡Salvados!» brotó de todas nuestras gargantas mientras unos brazos temblorosos se alzaban hacia la pequeña mancha de azul pálido.

La violencia de ese clamor fue lo que me despertó. ¿Dónde me hallaba? Aún en el túnel, sin duda. Estaba tendido cuan largo era y sentía, tanto a derecha como a izquierda, unas duras paredes que presionaban mis costillas.

Quise levantarme, pero me golpeé duramente la cabeza. ¿Acaso la roca me rodeaba por todas partes? La mancha azul había desaparecido, el cielo ya no estaba ahí, ni siquiera a lo lejos. Seguía asfixiándome, los dientes me castañeaban y un escalofrío recorría todo mi cuerpo.

De repente, lo recordé todo. El horror erizó todos mis cabellos; sentí el espanto babeando sobre mí, de la cabeza a los pies, como si de hielo derretido se tratara. ¿Acaso ya había superado el síncope que durante horas me había mantenido rígido como un cadáver? Sí, podía moverme, pasear las manos a lo largo de las planchas del ataúd. Me faltaba algo por comprobar: abrí la boca y pronuncié unas palabras, llamé a Marguerite de forma instintiva. Pero había lanzado un alarido y mi voz, dentro de esa caja de pino, tenía un tono tan ronco y horrible que me asusté a mí mismo. ¡Dios mío!, ¿era pues real?, por fin podía moverme, gritar que seguía vivo, aunque nadie oiría mi voz; ¡estaba atrapado, aplastado bajo tierra!

Realicé un esfuerzo sobrehumano para calmarme y pensar. ¿Había alguna manera de salir de ahí? Por momentos, me volvía a asaltar la pesadilla, mi cerebro aún no estaba muy despejado y mezclaba la fantasía del pozo de aire y de la mancha de cielo con la realidad de la fosa en la que me ahogaba. Abrí los ojos desmesuradamente, mirando a las tinieblas. ¡Tal vez pudiera ver algún agujero, una rendija o una gota de luz! Pero tan sólo unos chispazos atravesaban la noche, unos puntos rojos que se expandían y desaparecían. Nada, un abismo negro, insondable. Por fin fui recuperando la lucidez, aparté esa estúpida pesadilla. Iba a necesitar toda mi cabeza bien despejada si pretendía salir vivo de ésta.

En un principio, consideré que el peligro más inmediato era la creciente asfixia. Sin duda, había podido permanecer tanto tiempo con poco aire gracias al síncope que mantenía suspendidas mis funciones vitales; pero ahora que mi corazón volvía a latir y mis pulmones a respirar, iba a morir de asfixia si no me liberaba en breve. Sentía igualmente un tremendo frío y temía que pudiera ampararse de mí ese aturdimiento letal que acaba con los hombres atrapados en la nieve.

Mientras me repetía que me tenía que calmar, sentía conatos de locura asaltando mi cabeza. Apelé a la tranquilidad, concentrando mi mente en recordar todo lo que sabía sobre entierros. Me hallaba sin duda en una concesión de suelo por cinco años, lo que hacía las cosas más difíciles: en Nantes me había fijado que las fosas comunes, en su continuo vaivén de entierros, solían dejar al aire los pies de los últimos ataúdes. Me hubiera bastado, en tal caso, con romper una tabla para escapar. Pero si me hallaba en un agujero totalmente relleno, tenía sobre mí una espesa capa de tierra que se convertía en un obstáculo terrible. Había oído decir que en París se enterraba a seis pies de profundidad. ¿Cómo atravesar una masa tan enorme? Y en cuanto

lograra romper la tapa, ¿no entraría la tierra como arena fina, llenándome los ojos y la boca? Sería la muerte, y una muerte especialmente abominable, ahogado en arena.

Me puse a palpar concienzudamente a mi alrededor. El ataúd era grande, podía mover los brazos con facilidad. No hallé ninguna fisura en la tapa. A derecha e izquierda, las planchas, aunque burdas, eran resistentes y sólidas. Deslicé un brazo plegado por mi pecho para palpar por la cabecera y descubrí, en la plancha del extremo, un nudo que parecía ceder levemente a la presión. Trabajé dificultosamente hasta que logré romper el nudo; hundiendo el dedo hacia fuera, palpé una tierra grasa, arcillosa y húmeda. Esto no me avanzaba gran cosa. Incluso me arrepentí de haber quitado el nudo, no fuera ser que entrara tierra por ahí. Me dediqué entonces a probar otra cosa: me puse a dar golpes por todo el ataúd para buscar alguna bolsa de aire que hubiera podido quedar por azar, a derecha o a izquierda. Pero por todas partes la madera me devolvía el mismo sonido. Pasé a probar con los pies, dando pataditas, y me pareció escuchar un sonido más claro en el extremo de la caja. Aunque tal vez no fuera más que un efecto sonoro de la madera.

Comencé empujando levemente, con los brazos hacia delante, cerrados en puños. Pero la madera resistía. Pasé a usar las rodillas, haciendo palanca con los pies y los riñones. No se produjo ni un chasquido. Acabé empujando con todas mis fuerzas, empleando todo el cuerpo, con tanta violencia que mis maltratados huesos gritaban de dolor. Fue entonces cuando me volví loco.

Hasta ese momento había resistido a los vértigos, a los brotes de furia que me asaltaban por momentos, como vapores ebrios. Y sobre todo, había evitado gritar, pues comprendía que si caía en eso, estaba perdido. Pero entonces, de repente, estallé en gritos, en alaridos. Era superior a mí, los gritos salían solos de mi garganta, como si mi cuerpo se desinflara. Pedía socorro con una voz que me era desconocida, que me enloquecía un poco más a cada nuevo aullido, que decía que no quería morir. Y me puse a arañar la madera con las uñas, retorciéndome con convulsiones de fiera enjaulada. ¿Cuánto tiempo duró esta crisis?, lo ignoro, pero aún puedo sentir la implacable solidez del ataúd en el que me debatía, aún puedo escuchar la barahúnda de gritos y de sollozos que resonaban entre las cuatro planchas. Persistía en mí una endeble lucecita de razón que intentaba retenerme, pero en vano.

Siguió un tremendo abatimiento. Me puse a esperar a la muerte, sumido en una dolorosa somnolencia. El ataúd era sólido como la piedra, jamás iba a lograr quebrarlo y la certeza de mi impotencia me dejaba inane, incapaz de realizar más esfuerzos. Además, un nuevo sufrimiento se había sumado al frío y a la asfixia: el hambre. Estaba a punto de desfallecer. En breve, ese nuevo suplicio se hizo intolerable. Intenté, con el dedo, coger un poco de tierra a través del agujero del nudo y me la comí, lo que incrementó aún más mis

tormentos. Comencé a mordirme un brazo pero sin osar llegar a la sangre; mi propia carne me atraía, me lamía la piel con ganas de clavar los dientes.

¡Ay, cómo deseé la muerte en esos momentos! Me había pasado la vida temiéndola y ahora la quería, la reclamaba; toda oscuridad era poca para mí. ¡Qué infantil me resultaba ahora ese temor al sueño sin sueños, al silencio y a las tinieblas eternas! La muerte era buena pues suprimía el ser de golpe y para siempre. ¡Ay, cómo deseaba poder descansar como las piedras, fundirme en la tierra, dejar de ser!

Mientras, inconscientemente, mis manos seguían palpando y paseándose por la madera. De repente, algo pinchó mi pulgar izquierdo y el leve dolor disipó mi aturdimiento. ¿Qué había sido eso? Volví a palpar y hallé un clavo que se había hundido atravesado, sin llegar a clavarse en el borde del ataúd. Era muy largo y puntiagudo. Su cabeza se hallaba al otro lado de la tapa pero sentí que se movía.

A partir de ese momento, me concentré en una sola idea: hacerme con ese clavo. Pasando mi mano derecha sobre el vientre, comencé a moverlo. Apenas cedía, resultaba muy trabajoso. Cambiaba a menudo de mano, pues la izquierda, mal situada, se cansaba enseguida. Mientras luchaba denodadamente con el clavo, desarrollé todo un plan de acción en la cabeza. Ese clavo era mi salvación, tenía que serlo. ¿Pero estaba aún a tiempo? El hambre me torturaba cruelmente y tuve que detenerme un momento, presa de un vértigo que me aflojaba las manos, con el espíritu vacilante. Antes, había chupado la sangre que salía de mi herida en el pulgar, así que finalmente me decidí a hundir los dientes en un brazo, a beberme mi propia sangre; el dolor me azuzó y ese licor tibio y agrio que empapaba mi boca me reanimó. Retomé la lucha contra el clavo a dos manos y logré arrancarlo.

A partir de entonces, recuperé la esperanza. Mi plan era bien sencillo. Hundí la punta del clavo en la tapa y tracé una línea recta lo más larga posible, repasándola con el clavo a fin de abrir una fisura. Mis manos se estaban entumeciendo pero yo me obstinaba furiosamente. Cuando ya creía haber profundizado suficientemente en la madera, se me ocurrió girarme boca abajo y presionar la tapa con los riñones, alzándome con las rodillas y los codos. Pero aunque la tabla crujió, aún no se quebró. La hendidura no era suficientemente profunda. Tuve que volver a ponerme de espaldas y retomar la labor, lo que me resultó muy penoso. Finalmente, decidí realizar un nuevo intento y esta vez la tapa se rompió de cabo a rabo.

Ciertamente, aún no estaba salvado pero la esperanza me inundó el corazón. Dejé de empujar, por temor a provocar un hundimiento que me hubiera enterrado definitivamente. Mi plan consistía en servirme de la tapa como parapeto mientras intentaba cavar una especie de pozo en la tierra.

Desgraciadamente, la labor presentaba serias dificultades: se desprendían espesos terrones de tierra obstaculizando las planchas y dificultando mis maniobras; jamás alcanzaría así la superficie, había ya hundimientos parciales que me plegaban el espinazo y me hundían la cara en la tierra. El pánico estaba volviendo a apoderarse de mí cuando, según me estiré para buscar un punto de apoyo, me pareció sentir que la plancha que había a mis pies cedía bajo la presión. Así que me puse a golpearla violentamente con los talones, pensando que tal vez hubiera ahí una nueva fosa que estuvieran preparando.

De repente, mis pies golpearon al vacío. Había acertado: había una fosa recién excavada. Me bastó con remover una fina capa de tierra para salir a la misma. ¡Dios mío! ¡Me había salvado!

Me quedé un momento tumbado de espaldas, mirando hacia el cielo, en el fondo del agujero. Era de noche, miles de estrellas brillaban en un azul aterciopelado. De vez en cuando soplabla una brisa que me bañaba en una tibieza primaveral, en un aroma a árboles. ¡Dios mío! Me había salvado, respiraba, tenía calor y lloraba, balbuceaba, con las manos devotamente tendidas hacia el espacio. ¡Oh, qué alegría estar vivo!

V

Lo primero que pensé fue en ir a buscar al guardia del cementerio para que me recondujera a mi casa. Pero una serie de ideas, aún confusas, me cruzaron la cabeza y me detuvieron. Iba a asustar a todo el mundo. ¿Para qué apresurarme, ahora que ya dominaba la situación? Me palpé los miembros, todo estaba bien salvo por el mordisco que me había dado en el brazo izquierdo y una leve fiebre resultante que en realidad me aportaba una energía sorprendente. Ciertamente, podía caminar sin ayuda.

Así que me tomé mi tiempo. Todo tipo de ideas confusas atravesaban mi cabeza. Me había fijado que los enterradores habían dejado ahí mismo, en la fosa, sus herramientas y sentí la necesidad de dejarlo todo como estaba, de volver a tapar el agujero, de disimular mi resurrección. En ese momento tampoco es que tuviera ningún plan claro; simplemente no me placía la idea de hacer pública mi aventura, sintiendo como vergüenza de vivir cuando todo el mundo me creía muerto. En media hora de trabajo logré borrar toda huella de lo ocurrido y salté fuera de la fosa.

¡Qué noche más hermosa! Reinaba un profundo silencio de cementerio. Los árboles negros formaban sombras inmóviles en medio de la blancura de las tumbas. Según buscaba alguna referencia para orientarme, me di cuenta

que la mitad del cielo flameaba con un reflejo de incendio. Ahí estaba París. Me dirigí hacia la ciudad, siguiendo una avenida sumida en la oscuridad de los árboles. Pero al cabo de una cincuentena de pasos tuve que detenerme, jadeando, sin aliento. Me senté en un banco de piedra y, por primera vez, me fijé un poco en el aspecto que tenía. Estaba completamente vestido, incluso calzado, sólo me faltaba un sombrero. ¡Cuánto agradecía a mi amada Marguerite el pío empeño que tuvo de vestirme! El súbito recuerdo de Marguerite me hizo levantarme de nuevo. Deseaba verla.

La avenida acababa en un muro. Me subí a una tumba, me colgué del tejadillo del muro y me dejé caer al otro lado. El aterrizaje fue rudo. Después, caminé durante algunos minutos por una calle desierta que rodeaba el cementerio. Ignoraba totalmente dónde me hallaba, pero tenía la convicción, como una idea fija, que iba a ser capaz de regresar a París y de encontrar la calle Dauphine. Pasaron algunas personas pero ni siquiera les pregunté; estaba lleno de desconfianza, no quería contarle nada a nadie. Hoy en día me doy cuenta que ya era presa de una fuerte fiebre y que mi cabeza desvariaba. En fin, según desemboqué en una gran avenida, sentí un fogonazo y me desplomé en la acera.

A partir de ahí, hay un agujero en mis recuerdos. Permanecí tres semanas inconsciente. Cuando por fin recuperé el sentido, me hallaba en una habitación desconocida con un hombre que me cuidaba. Me contó simplemente que me había recogido una mañana en el bulevar de Montparnasse y me había llevado a su casa; era un antiguo médico que ya no ejercía. Cuando se lo agradecí me respondió con brusquedad que mi caso le había parecido curioso y que había querido estudiarlo. Por otra parte, durante mis primeros días de convalecencia no me permitió hacerle ninguna pregunta. Más tarde, fue él el que no me preguntó nada. Guardé cama durante ocho días, con la cabeza debilitada, sin intentar ni siquiera recordar nada, pues cualquier recuerdo me fatigaba y me apenaba. Me sentía lleno de pudores y de miedos. Cuando me pudiera levantar, ya vería qué hacer. Es posible que en medio de los delirios febriles hubiera pronunciado algún nombre, pero en cualquier caso el médico nunca hizo ninguna alusión al respecto. Su caridad fue muy discreta.

Mientras tanto, llegó el verano. Una mañana de junio por fin me permitió dar un corto paseo. Era una mañana soberbia, con uno de esos soles alegres que rejuvenecen al viejo París. Fui caminando sin prisas, preguntando a los viandantes en cada cruce por la calle Dauphine. Por fin llegué, pero me costó reconocer el hotel amueblado en el que nos alojábamos. Me agitaba un miedo infantil. Si me presentaba de repente ante Marguerite, podía matarla del susto. Lo mejor sería avisar antes a la vecina, a Madame Gabin. Pero me disgustaba la idea de que Marguerite no fuera la primera en saber que yo vivía. No acababa de tomar una decisión. En lo más profundo de mí, sentía un gran

vacío, como si todo estuviera ya perdido desde tiempo atrás.

El edificio brillaba amarillo bajo el sol. Lo reconocí gracias a un restaurante de mala muerte ubicado en la planta baja, donde solíamos encargarnos la comida. Alcé la mirada hacia la última ventana a la izquierda del tercer piso. Estaba abierta de par en par. De repente se asomó una muchacha, despeinada, con un camisón medio deshecho; detrás de ella, un joven que la perseguía sacó la cabeza y la besó en el cuello. No era Marguerite. No me sorprendió. Me pareció que ya lo había soñado, junto a otras cosas que aún estaban por ocurrir.

Permanecí durante un instante en la calle, indeciso, pensando en subir a preguntar a esos enamorados que seguían riendo bajo el sol. Pero finalmente decidí entrar en el pequeño restaurante de abajo. Mi aspecto era irreconocible; me había crecido la barba durante mi convalecencia y mi rostro estaba demacrado. Según me sentaba en una mesa, vi precisamente a Madame Gabin que traía una taza para comprar dos céntimos de café. Se plantó ante el mostrador y se puso a compartir los chismorreos cotidianos con la dueña del establecimiento. Tendí el oído.

—¿Entonces? —preguntó la dueña—. ¿La pobre niña del tercero se ha decidido por fin?

—¿Qué otra cosa iba a hacer? —respondió Madame Gabin—. Es lo mejor. ¡Monsieur Simoneau ha sido tan atento con ella!... Ya ha terminado sus negocios aquí, una buena herencia, ¿sabe? y le ha ofrecido que se vaya con él, a su pueblo, a vivir en casa de una tía que necesita a una persona de confianza.

La señora del mostrador lanzó una risita. Yo hundí mi cara en un periódico, lívido y con las manos temblorosas.

—Seguramente todo esto termine en boda —continuó Madame Gabin—. Pero le juro a usted por mi honor que no hay nada deshonesto en este asunto. La niña lloraba por su marido y el muchacho se ha comportado siempre como un caballero... En fin, se fueron ayer. Cuando ella ya no tenga que guardar luto, serán libres de hacer lo que quieran, ¿no?

En ese momento, la puerta del restaurante se abrió de un portazo y Dédé entró.

—Mamá, ¿no subes?... Que te estoy esperando. Venga.

—¡Ya iré, no me des la lata! —respondió la madre.

La niña se quedó ahí, escuchando a las dos mujeres, con ese aire de mocosa precoz crecida en los adoquines de París.

—¡Demontre! Al fin y al cabo —explicaba Madame Gabin—, el difunto no le llegaba al tobillo a Monsieur Simoneau... No me acababa de convencer a mí, ese alfeñique. ¡Siempre lloriqueando! ¡Y sin blanca! ¡Si es que no puede

ser, se lo digo yo!, un marido así acaba aburriendo a cualquier mujer con sangre en las venas... Mientras que Monsieur Simoneau, un hombre rico, robusto como un turco...

—¡Oh! —interrumpió Dédé—. Yo lo vi un día lavándose la cara... ¡Desde luego, es de pelo en pecho!

—¿Quieres largarte ya? —gritó su madre, propinándole un empujón—. Siempre metiendo las narices en lo que no te importa.

Y concluyó:

—Mire, la verdad es que el otro ha hecho bien en morir. Ha sido realmente una suerte.

Regresé a la calle, caminando lentamente, con las piernas como algodón. Sin embargo, no sufría demasiado. Incluso sonreí, al percibir mi sombra. En efecto, estaba hecho un alfeñique. ¡Vaya idea también, la de casarme con Marguerite! Recordé cuánto se aburría en Guérande, sus desasosiegos, su vida gris y monótona. La buena muchacha hacía lo posible por agradarme. Pero yo nunca había sido su amante, lo que lloró fue la muerte de un hermano. ¿A qué fin volver ahora a molestarla? Un muerto no puede tener celos.

Levanté la cabeza y vi que tenía ante mí el Jardín de Luxembourg. Entré y me senté al sol, perdiéndome en dulces ensoñaciones. Pensar en Marguerite me enternecía; me la imaginaba instalada en provincias, dama de una pequeña villa, muy feliz, muy amada, muy celebrada, hermoheando según maduraba, madre de tres niños y de dos niñas. En el fondo había hecho bien en morirme, no iba a cometer ahora la cruel insensatez de resucitar.

Desde entonces, he viajado mucho y he vivido un poco en todas partes. Soy un hombre mediocre que ha trabajado para comer, como todo el mundo. La muerte ya no me asusta; el problema es que, ahora que ya no tengo motivos para vivir, parece no querer saber nada de mí y temo que se olvide de venir a buscarme.